

9
2e's

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA



EL GENERAL CORONA

Una aproximación histórica novelada

*Tesis que para obtener el título de
Licenciada en Historia presenta:*

Clara Guadalupe García

1993

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

I.- Presentación	3
II.- Corona y Lozada, hoy	9
III.- Algunos temas de la historiografía de la época de Corona	15
1.- Una nación de hombres no tan iguales	
2.- Facciones y más facciones	
3.- La importancia de lo local	
4.- Al fin son indios	
5.- Jalisco y gringos	
IV.- La narrativa histórica. Su valor	31
V.- La novela	39
<i>El general Corona</i>	
cap. 1.- Macuaces contra changos	41
cap. 2.- Bandidos y facciones	51
cap. 3.- El chantaje a Anacleto	65
cap. 4.- Las guerrillas	77
cap. 5.- El desastre del Espinazo del diablo y el triunfo de Veranos	91

cap. 6.- Las muertes de Rojas, Rosales y Riechy	105
cap. 7.- Armas de contrabando.	115
cap. 8.- Regreso a Guadalajara	125
cap. 9.- La espada del Güero	139
cap. 10.- La entrevista con Juárez	155
cap. 11.- La derrota del Tigre	163
cap. 12.- El viaje en barco	175
cap. 13.- El corset de Mary	183
VI.- Conclusiones	191
VII.- Fuentes para el estudio del general Ramón Corona	197
VIII.- Cronología	203
IX.- Bibliografía	219
Indice de ilustraciones	229

I

PRESENTACIÓN

A veces, uno no busca los temas. Estos lo buscan a uno.

La historia de esta investigación tiene su origen en la preferencia por los temas de México en los dos primeros tercios del siglo XIX, las décadas en las que nuestro país se constituyó realmente como nación, en medio de conmociones que parecían no tener fin.

Para la segunda mitad de ese siglo, todo un grupo de mexicanos, formados alrededor de la lucha por el respeto a la Constitución de 1857 y las leyes de Reforma, conformaron una camada de personalidades polifacéticas.

De entre ellos, el poeta, periodista, soldado, orador, diputado, conspirador, novelista y diplomático Ignacio Manuel Altamirano se destacaba como una figura interesantísima. En mi acercamiento a sus textos, por primera vez se me apareció el general Ramón Corona.

Siendo un héroe regional, antes no había tenido conocimiento de su existencia, aunque su retrato aparece en no pocos lienzos dedicados a las épicas épocas de Juárez.

La primera información que tuve acerca de Corona fue a través de una crónica escrita por Altamirano, acerca de la batalla del Cimaterio, durante el sitio de Querétaro, pocas semanas antes de la caída del imperio de Maximiliano. Ahí, Corona aparece como un militar no sólo inteligente y atrevido, sino también con mucha suerte: cuando un cañonazo imperialista hace blanco a pocos pasos de donde se encontraba el general jalisciense, mata a varios de los soldados republicanos, y Corona sale ileso.

Por otro texto, también de Altamirano, de los incluidos en sus Obras Completas, supe que Maximiliano se rindió ante Corona, al caer preso, tras la toma de Querétaro.

Luego, en un gran cuadro del artista mexicano Julio Ruelas (1871-1907), actualmente en una oficina de la Secretaría de la Defensa Nacional, ví esa escena, precisamente de Maximiliano ofreciendo a Corona su espada, en señal de rendición.

En otras oportunidades, Corona apareció ante mis ojos. Durante una investigación hemerográfica al estudiar la materia de Porfirismo y Revolución Mexicana, localicé la noticia del asesinato de Corona. Después, al buscar ya deliberadamente otros datos respecto a este personaje, me pareció que sería interesante un estudio precisamente sobre su biografía. Así, me enteré de la rivalidad que mantuvo, hasta la muerte, con Manuel Lozada, "El Tigre" de Alica, otro personaje fascinante del México decimonónico.

Amigos jaliscienses me informaron de la creencia popular que atribuye a Corona la paternidad del príncipe español Alfonso XIII. Su procreación habría tenido

lugar durante los años en que el jefe republicano fue ministro plenipotenciario de México en España.

Estos mismos jaliscienses, orgullosos de su paisano, me comentaron también la creencia generalizada en la región de que en la última década del siglo pasado Corona se preparaba para disputar a Porfirio Díaz la Presidencia de la República. Serían entonces causas relacionadas con éste hecho, que el entonces gobernador de Jalisco fue asesinado el 10 de noviembre de 1889.

Al seguir todos estos incidentes y anécdotas, fueron apareciendo una serie de problemas de investigación que remitían a profundizar en la historia general de la época y en la de la región en que Corona desarrolló sus actividades. La biografía de Corona se convirtió así en una especie de ventana para asomarse a todo un periodo de la historia del país.

Toda esta riqueza de informaciones y la interpretación de las causas del proceso en que se desarrolló la vida del general Ramón Corona encontraron en una novela el medio para expresarse. Fue la posibilidad de escribir el resultado de la investigación e incluir además muchos elementos de la vida cotidiana, de las costumbres de la época, de los mitos, de la discusión de la élite y de la gente común.

En la estructura de la novela, aparecen una serie de cartas, bajo el rubro "Del archivo personal de Corona". Es conveniente aclarar que la mayoría de esas misivas son auténticas, y así están identificadas, con la referencia precisa de su origen y localización. Sin embargo, algunas están redactadas por la autora, considerando —como lo hace el novelista inglés Thorton Wilder en la presentación de su novela epistolar *Los Idus de Marzo* (1948)— que bien pudieron ser escritas en la época y por los personajes en cuestión, porque los elementos que incluyen son todos absolutamente verdaderos.

El único personaje de ficción que aparece repetidamente en la novela es el arriero don Urbano, cuyos ojos y percepción me permitieron describir cuestiones accesibles a alguien que se trasladaba de un lado a otro, de un campo político a otro.

Esta investigación y su escritura tuvieron muchos apoyos, por lo que quiero dejar constancia de mi agradecimiento.

Entre los historiadores que me auxiliaron y apoyaron, están mi asesora Gabriela Cano, el experto en la historia de esa época Miguel Soto, así como el jalisciense José María Muria y el nayarita Pedro López González.

También quiero agradecer el apoyo que recibí de la profesora Mireya Lamoneada, quien me estimuló a presentar una novela histórica como tesis de licenciatura, y a Virginia Avila, directora de mi seminario de tesis.

Agradezco también, al señor Roberto Vargas, archivista del Fondo Reservado

de la Biblioteca Nacional, así como al escritor Paco Ignacio Taibo II, quien me auxilió en la importante tarea de definir la estructura de la novela que, como inexperta escritora, antes de hablar con él estaba planeada como algo muy complicado en el manejo de los tiempos.

A don Miguel Angel Granados Chapa le agradezco el haber compartido conmigo algunos comentarios de la investigación que realiza para su tesis de doctorado, sobre el liberalismo decimonónico.

A Francisco Javier Pérez Romero y a Daniel García, del Ayuntamiento de Guadalajara, agradezco su ayuda para acceder a los archivos históricos locales y para acercarme a algunos temas de la vida regional.

A José Ramón Corona Ojeda y a la señora Esperanza Camacho Corona, bisnietos del general, agradezco el haber compartido conmigo algunas de las anécdotas familiares, que en ninguna otra fuente hubiera podido localizar.

México, D. F., julio de 1993.

La zona en que anduvo Corona



II

CORONA Y LOZADA, HOY

Abordar la historia política de México en la segunda mitad del siglo XIX es referirse de manera muy directa a la construcción de la nación que ahora somos.

Tras la Independencia, después de décadas de luchas que pusieron en riesgo de atomización al naciente país, según apunta Carlos Bosh García (1), las ideas que preconizaron los dirigentes que triunfaron en la Guerra de los Tres años y sobre el Imperio de Maximiliano se impusieron como base en la organización de una sociedad que ellos quisieron muy moderna.

La ideología del liberalismo nuevamente es motivo de análisis en la actualidad; otra vez se discute como alternativa de desarrollo para México un modelo en el que el individuo dejado "libremente" a su propia iniciativa logre su beneficio personal y como resultado de la suma de todos los individuos el beneficio colectivo.

También se discuten en nuestros días asuntos como el de la soberanía y la independencia nacionales, que fueron temas centrales en la época a que se refiere el presente estudio.

La vida de Ramón Corona Madrigal (2), general liberal jalisciense, refleja muchos de los episodios y temas centrales del periodo histórico que abarca desde 1860 —fin de la guerra de los tres años—, hasta las primeras reelecciones de Porfirio Díaz, éste último compañero de armas del propio Corona.

Aunque se trata de un personaje más conocido en su región que en el resto del país, la actuación de Corona tiene como referencias problemáticas nacionales e incluso internacionales. Así, su insistente combate al cacique tepiqueño Manuel Lozada y su posición ante la escisión del entonces séptimo cantón de Jalisco —el ahora estado de Nayarit—, tuvo como marco la definición nacional sobre la política agraria de los gobiernos liberales.(3)

La relación de conflicto que existió entre Corona y Lozada continúa siendo también un asunto de importancia actual. En el estado de Nayarit y en el de Jalisco se considera al dirigente de los indios coras y huicholes como un precursor del agrarismo o como un bárbaro sin escrúpulos. Jean Meyer, uno de los principales estudiosos del fenómeno del lozadismo, considera que está por hacerse todavía un estudio a fondo del proceso que marcó la actividad del que fuera galardonado por Napoleón III con la *Legión de Honor* de Francia por sus servicios prestados al Imperio de Maximiliano. A ello se refirió Meyer cuando tituló *Esperando a Lozada* (4) al libro que recopila varios de sus artículos al respecto. Ciertamente estamos en espera de ese estudio.

La división territorial del cantón de Tepic, preconizada por Lozada y que Corona preveía y a la que se oponía, es en nuestros días motivo de áspera disputa por miles de hectáreas limítrofes con el municipio jalisciense de Bolaños. (5)Una

comisión para definir el límite exacto trabaja desde hace varios años, pero no ha llegado a una conclusión. En dicha comisión participan, entre otros especialistas, los historiadores José María Muriá y Pedro López González. Uno de los puntos pendientes es precisamente a cuál de las dos entidades pertenecen los terrenos que el municipio de Bolaños se adjudica para sí.

En sendas entrevistas realizadas en agosto de 1992, el doctor José María Muriá y el maestro Pedro López González, presidente del Colegio de Jalisco e investigador de la Universidad Autónoma de Nayarit respectivamente, fue posible confirmar la referencia actual de los hechos del siglo pasado que se estudian.

El maestro López González, en Tepic, expuso la vigencia en Nayarit de varias leyendas en torno a Lozada y el persistente escorzor que el tema provoca en muchos de sus coterráneos. En la ciudad jalisciense de Tequila, por ejemplo, existe un monumento erigido a los defensores de esa población que lucharon en 1873 contra "las hordas nayaritas", en tanto que en el viejo séptimo cantón muchos se sienten orgullosos de su paisano.

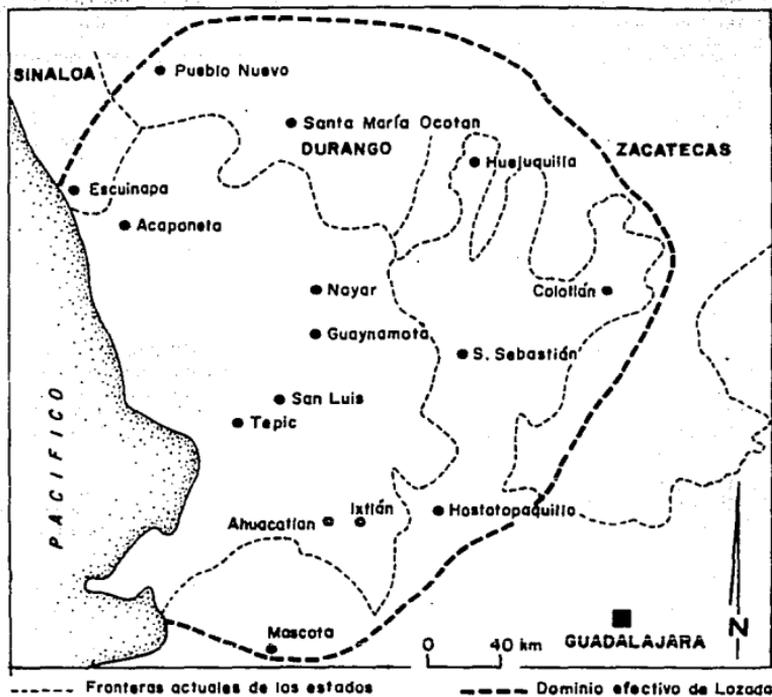
El maestro López González citó también la persistencia de relatos acerca de supuestos tesoros que Lozada habría dejado ocultos en cuevas o enterrados en la sierra de Alica. Aparentemente, la novela *Manuel Lozada*, de Ireneo Paz (1836-1824), quien estuvo en territorios lozadistas acompañando a Porfirio Díaz tras el fracaso del levantamiento de La Noria, habría tenido mucho qué ver para fomentar las versiones de los tesoros (6). Se trata de un personaje totalmente vivo en la memoria popular, especialmente en Nayarit.

Otro texto literario sobre Lozada es el de Mariano Azuela (1873-1952), *El cumpleaños de Doloritos*, donde el autor presenta al cacique como un bandido sin escrúpulos, aunque los militares que lo persiguen tampoco son un ejemplo de pureza. Lozada aparece también, ya como mito, en la novela de Miguel Ángel Menéndez (1915) *Nayar*, donde el escritor de origen yucateco muestra la esperanza de los indios de esa región porque el dirigente reaparezca.

Fernando Benítez, por su parte, cita un canto que los chamanes coras todavía interpretan en relación a un mito cristiano, donde Ramón Corona aparece transfigurado como presidente de la República que se niega a perdonar la vida a Lozada, quien en el canto es visto como uno de los dobles de Cristo (7).

Además, aunque parezca evidente señalarlo, por ser una situación tan generalizada en el país en relación al problema agrario, la lucha de los pueblos indios que en el siglo pasado se levantaron siguiendo a Lozada, sigue viva, aunque asumiendo formas diferentes, en medio de los nuevos proyectos neoliberales (8).

El dominio de Lozada



NOTAS II

1 Carlos Boeh García, *Hispanoamérica, el siglo de la dispersión*, 1989, *passim*. Tal es también una de las principales tesis de Tulio Halperin, en su *Historia Contemporánea de América Latina*, 1989, *passim*, así como uno de los planteamientos básicos del doctor Miguel Soto en su cátedra sobre México en el siglo XIX en el SUAFFyL.

2 Datos de la biografía atribuida por José María Muriá a Juan Bautista Híjar y Haro, *s.f.*, *Homenaje a Ramón Corona*. También el *Expediente personal del general Ramón Corona*, Secretaría de la Defensa Nacional, Archivo Histórico, Archivo de Cancelados.

3 Nayarit adquirió importancia para todo el occidente de México desde mediados del siglo XVIII, a causa del puerto de San Blas y el comercio que a través de él se estableció. Ahí se constituyó una sólida oligarquía, de muchos recursos económicos y apoyo internacional. Nayarit fue el séptimo cantón de Jalisco de 1825 a 1867; distrito militar hasta 1884 y territorio federal hasta 1917, cuando se convirtió en estado de la Federación. José María Muriá y Pedro López, *Nayarit: del séptimo cantón al estado libre y soberano*, 1990, t. I, pp. 9-11.

4 Jean Meyer, *Esperando a Lozada*, 1989, p. 11.

5 Información local en la televisión de Guadalajara. Agosto de 1992.

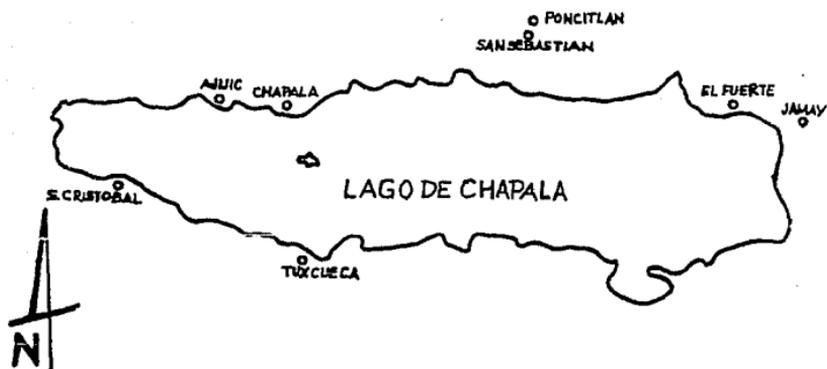
6 Ireneo Paz, *Manuel Lozada*, *passim*.

7 Fernando Benítez, *Los indios de México*, t. III, p. 305.

8 Ramón Vera, "La irreductible nación huichola", en *Ojarasca*, núm. 12, México, septiembre de 1992, pp. 46 a 51.

Tuxcueca, la tierra de Corona

●
GUADALAJARA



III

ALGUNOS TEMAS DE LA HISTORIOGRAFIA DE LA EPOCA DE CORONA

Una nación de hombres no tan iguales

La élite dirigente que asumió la dirección del país tras la derrota del primer Imperio, el de Iturbide, se agrupaba alrededor de las ideas políticas que reivindicaban la igualdad, la libertad y la fraternidad. Sus modelos eran, desde luego, el surgido en la ola ilustradora de Francia y el que llevó a la independencia a Estados Unidos, además de los intentos liberales de España. Incluso los proyectos legislativos tomaron como modelo los elaborados en esos países (1).

Si bien una parte de la élite gobernante se produjo un temor hacia el poderío de los Estados Unidos y elaboraron sus propuestas monárquicas, conservadoras y centralistas, finalmente prevaleció la postura liberal y republicana, a pesar de muchas inconsecuencias y contradicciones entre el decir y el hacer.

Pero en la naciente nación mexicana, con su proyecto liberal-individualista-igualitario, no todos los ciudadanos eran tan iguales; ni siquiera todos los hombres blancos tenían o podían ejercer los derechos de los ciudadanos, como por ejemplo los derechos políticos. No se diga ya de las mujeres u otros grupos.

Especialmente los indígenas, después de siglos de dominio colonial, no se asimilaban automáticamente al liberalismo de raíces europeas (2), que proclamaba a la cultura de entonces y de aquellas regiones como la única "civilización", como la máxima aspiración de todos los países.

El sociólogo Fernando Escalante destaca la contradicción e incongruencia entre el discurso, la teoría proclamada desde los años conspirativos de la Independencia y durante todo el siglo XIX, en relación a la "igualdad" de los ciudadanos y la eliminación de castas, fueros, privilegios y discriminaciones, aunque en la realidad siempre fue una reducida élite la que tomó las decisiones y en su lucha determinó los caminos a seguir. (3) Cualquier otra estructura que se pareciera poco a esa aspiración, era catalogada de "atrasada" y "salvaje" por los liberales decimonónicos. Este criterio "modernizador" prevaleció en el pensamiento de los diferentes dirigentes políticos de todo el siglo XIX, aunque la diferencia entre las posiciones de los independentistas no era exactamente igual a las de los dirigentes que enfrentaron la guerra contra Estados Unidos y los que derrotaron a Maximiliano, aparente no tiene relevancia para Escalante, hecho que no podría ser pasado por alto en un análisis histórico.

La expresión más radical de esta ideología la constituyen las Leyes de Reforma y los movimientos políticos, apoyados por las armas, que lograron su concreción,

crearon como grupo, con vínculos personales, al partido liberal, que acabó por imponerse tras la Guerra de los Tres Años y en la lucha contra el Imperio de Maximiliano, por encima de los demás proyectos de los conservadores y monárquicos (4).

Aquí se ve que la postura juarista ante los fueros, las corporaciones y otros obstáculos al ideal individualista modernizador no fue un "error moral", sino una definición ideológica.

Los liberales contemporáneos del Benemérito, al instrumentar su proyecto de nación, no pretendían intencionalmente llevar a la extrema pobreza y a condiciones de sobreexplotación a los indios, aunque muchos de ellos se beneficiaron personalmente con el despojo de las tierras de las corporaciones "denunciadas" a la autoridad como baldías, sin propietarios. Ideológicamente, lo que proponían —e implementaban— era una "nueva relación entre el hombre-individuo y el Estado" (5).

Así, Francois-Xavier Guerra señala que para el celo reformista de los gobernantes ilustrados, los pueblos indígenas "eran cuerpos privilegiados, mientras que el nuevo ideal era el de un pueblo de individuos iguales; (los pueblos indígenas) poseían bienes inalienables, mientras que el ideal perseguido era la libre circulación de bienes y las mercancías" (6). Se trata, pues, del enfoque económico y político que iba a imponerse al país. Ese era el proyecto general para toda la nación.

Tomando como referencia este marco, se comprende que la figura de Ramón Corona no se explica fácilmente sin la de Manuel Lozada, "el Tigre de Alicia". La trayectoria de uno se relaciona con la del otro. Corona incluso por interés propio coincidía con los liberales que estaban por aplicar la desamortización de las tierras de las corporaciones; Lozada estaba en favor de mantenerlas para su pueblo. El descenso, la derrota y fusilamiento de Lozada, son una instantánea, simbolizada por las fotografías del cacique mestizo muerto, del rumbo que México tomó en ese momento, del triunfo de la concepción liberal individualista.

A partir de la República Restaurada, bajo la sombra única y unificadora de Juárez, el proyecto liberal se ha identificado, en el discurso, con el de la nación misma, hasta convertirse en un símbolo oficial. Esa reiteración trasciende la llegada de Porfirio Díaz al poder y luego es reivindicada por los revolucionarios que derrocaron al tantas veces reelecto presidente, después de 1917, bajo el argumento de que Díaz habría "traicionado" los ideales de los liberales. El proyecto liberal juarista se convirtió en un símbolo al que recurren por igual quienes enarbolan proyectos políticos diferentes e incluso opuestos. Por ejemplo, el proyecto agrario de los revolucionarios vencedores en 1917, respecto a la propiedad indígena, no tiene nada que ver con los planteamientos de la generación de Juárez.

Facciones y más facciones

El panorama de la segunda mitad del siglo XIX no se puede conformar sólo con la división entre liberales puros y conservadores proclericales; otras cuestiones, como la propiedad de la tierra en relación a las comunidades indígenas, también fueron factores que determinaron el desenvolvimiento de los acontecimientos.

La mención de estas pugnas, entre las que se podrían enlistar también las que se suscitaron por la prolongación del mandato de Juárez y posteriormente su reelección, tiene el propósito de destacar la persistencia de los poderes autónomos locales, cuando era sencillo que los militares en casi cualquier zona del país hicieran valer sus propios criterios, por encima del poder federal. El caso más sonado, por supuesto, fue el de Santiago Vidaurri. Esta situación prevaleció hasta el régimen de Porfirio Díaz, un régimen cuya consolidación pasó sobre la muerte —ordenada por el presidente o no— de Ramón Corona.

En Jalisco, es de destacarse el hecho de que las élites económicas, familias que tradicionalmente detentaron el poder económico en la zona, tomaron partido unas por el liberalismo y otras por los conservadores. Esto no obstó, sin embargo, para que muchas de las personalidades políticas en cuestión transitaran sin mayores inconvenientes de uno a otro campo político, según soplaran los vientos, como también lo hicieron muchos otros dirigentes, empresarios y propietarios en otras zonas del país.

Un ejemplo de los vaivenes políticos de la élite lo constituyen los descendientes de la dinastía de los ingleses Barron y Forbes, dueños de lo más importante en la estructura comercial e industrial de Tepic, quienes expandieron sus empresas a partir de esos negocios a casi todo el continente, imperturbables financiaron primero a Lozada en contra de los gobiernos liberales de Jalisco; apoyaron luego al Imperio de Maximiliano y después tranquilamente respaldaron a Juárez en sus proyectos de inversión en los ferrocarriles.

Jean Meyer analizó el enfrentamiento entre la Casa comercial Barron y el gobernador liberal Santos Degollado, que llevó incluso a que el mandatario estatal fuera sometido a un juicio por el Congreso Federal. Degollado, en su defensa, señala los nexos del comerciante, que también era cónsul de la Gran Bretaña, con militantes conservadores, y sus persistentes vínculos con Lozada. (7)

Tal afirmación será retomada diez y seis años después, en 1872-1873, por el periódico tapatío *Juan Panadero*. Más adelante le dará popularidad Ireneo Paz en su libro *Algunas campañas noveladas*, publicado en 1895, y luego retomarían "sin más averiguación escritores e historiadores". (8)

Hay, sin embargo, otros elementos para confirmar el apoyo conservador a Lozada y el respaldo de Barrón al bando conservador en esos años. Por ejemplo, el 12 de octubre de 1861, "el año terrible", estando Ahuacatlán en poder de los liberales, el cónsul de Hamburgo, un individuo de apellido Freyman, acusado de mandar 250 cápsulas a Lozada, estuvo a punto de ser fusilado. Lo salvó Corona. (9)

Todavía más: cuando Lozada tuvo el poder en el cantón de Tepic, inicialmente respetó las tierras adquiridas en propiedad por connotados conservadores, como la familia Rivas, pero no la propiedad de los liberales, como los Corona, Castaños y Weber. (10)

Posteriormente, la intervención de los Barrón en la economía, a través de sus lazos familiares que por matrimonio establecieron con los Escandón, los llevó más tarde a figurar centralmente entre los adinerados del porfiriato (11).

Otra de las familias importantes económicamente en la región —ésta sobre todo en Guadalajara—, la de los Castaños, se apoyó en Ramón Corona como brazo armado en los momentos en que el combate entre conservadores y liberales iba a desembocar en la intervención francesa. En un texto conjunto, Muriá y López González apuntan que fue la defensa de intereses económicos lo que directamente llevó a Corona y a los liberales más connotados a tomar las armas para combatir a Lozada (12).

Ramón Corona, en medio de las guerras, bandidaje, levantamientos y pronunciamientos que eran el pan de cada uno de sus días, tuvo la consecuencia de permanecer siempre bajo la bandera del constitucionalismo y mantuvo siempre su respaldo a Juárez, de quien llegó a ser compadre y amigo. No dejó de tener, sin embargo, enfrentamientos en el seno mismo del campo republicano, lo que fue frecuente en su época. Los poderes caciquiles, resultado de la tendencia a la disgregación en la ex colonia española, persistían con gran fuerza y el sometimiento al gobierno general no era lo más común.

De los principales enfrentamientos de Corona con jefes liberales deben destacarse el que tuvo con el general sinaloense Plácido Vega y el que lo llevó a desconocer al general José López Uruga, en 1864, a pesar de que éste era el jefe en Occidente de las fuerzas juaristas durante los primeros años de la invasión. Estos enemigos de Corona tuvieron a bien transitar a las filas imperialistas tras sus respectivas pugnas con Corona, lo que dejó al joven militar en respetable posición política ante sus correligionarios y jefes.

El motivo de las pugnas, más allá de las consideraciones y ambiciones personales, puede ubicarse en el análisis que no pocos liberales formularon acerca de la imposibilidad material de enfrentar al poderío francés. Para los que así argumentaban —oprobiosamente, según los juaristas— era un desgaste inútil y un sacrificio estéril la guerra contra los soldados de Napoleón. Consideraban que ya llegarían mejores momentos para lograr nuevamente la implantación del siste-

ma republicano. Así pensaban también otros liberales, como Jesús López Portillo y Weber, quien aceptó el nombramiento de comisario imperial del Departamento de Jalisco, y que luego, tras la derrota del Imperio, se reincorporó a las filas republicanas.

Otra divergencia que se presentó en las filas republicanas puede distinguirse en una carta del 18 de diciembre de 1866, cuando era ya evidente el triunfo sobre Maximiliano, del propio Corona, quien escribe a Juárez, diciendo de Lozada que no le parece "conveniente dejar ese foco de desordenes; es necesario combatirlo y destruirlo, ahora que está débil". Lozada había declarado su neutralidad apenas diez y siete días antes. El general en jefe del Ejército de Occidente, Corona, aclara en la misiva que no tiene intención de distraer a sus soldados para esa campaña "hasta que sea más oportuno", ya que sus fuerzas iban de ofensiva contra los restos imperiales. (13)

Quando Juárez fue restituido en el gobierno y llegó a la ciudad de México, que Corona había tomado, dirigiendo un cuerpo de las tropas que jefaturaba Porfirio Díaz en 1867, el general jalisciense solicitó y obtuvo una reunión con el presidente en la que expuso su punto de vista sobre Lozada. El ministro de Guerra, Ignacio Mejía, y el propio Juárez consideraron que no era necesaria esa campaña y el Ejército de Occidente fue reducido apenas a 4 mil soldados, y disminuido nuevamente como la Cuarta División.

Un ejemplo más se encuentra en otra carta del 23 de febrero de 1870, tres años después del triunfo republicano, ésta de Domingo Rubí, gobernador de Sinaloa, que fue nombrado por Corona. Rubí escribió a Juárez, para pedirle que se abriera la campaña sobre Tepic, y califica a Lozada de "bandido y traidor, que como neutral protege a toda clase de rebeldes". Juárez anota de su mano que "tendré presente para meditar y resolver lo que mejor convenga". (14) Nunca ordenó la campaña sobre el Alica.

A pesar de la insistencia de Corona y sus amigos (Ignacio L. Vallarta, Domingo Rubí), el oaxaqueño se mantuvo impassible y declaró distrito militar al cantón de Tepic, sustrayendo del control político de Jalisco a esa región, lo que implicaba la imposibilidad del gobierno jalisciense de actuar sobre un territorio de jurisdicción federal.

Por otra parte, el documento de neutralidad redactado por Lozada y/o sus asesores es muy ilustrativo del análisis que hacen los lozadistas de su propio transitar político. Muestra que su prioridad no era un proyecto gubernamental nacional, sino que la guerra terminara y que en su cantón, o por lo menos en los pueblos indios que le eran adictos, se respetaran sus derechos a la tierra, a mantener su religión y otras cuestiones particulares. (15)

Fue hasta después de la muerte del Benemérito que Corona contó con respaldo federal, proveniente del presidente Sebastián Lerdo. Juárez murió a mediados de 1872 y ya para los primeros días de 1873 estaba en marcha la ofensiva final.

Es cierto que Corona tuvo como aliado para obtener el apoyo federal al propio Lozada, que proclamó una insurrección general de "todas las clases menesterosas" en todo el país.

La importancia de lo local

La promulgación de las Leyes de Reforma (1856 y 1857) tuvo, desde luego, su aplicación de acuerdo a las condiciones locales de los distintos estados. Por ejemplo, Ralph Roeder ha señalado que algunos dirigentes liberales se habían apresurado a aplicar estos ordenamientos en las respectivas zonas donde mandaban (16). El poder central no era suficientemente fuerte para imponerse sobre los poderes locales. Santiago Vidaurri, por ejemplo, no esperó la autorización federal para confiscar los bienes eclesiales en el noroeste, y González Ortega tampoco se había retrasado para organizar las expropiaciones y para introducir el Registro Civil en Zacatecas, antes de que el gobierno federal pusiera e vigor las leyes respectivas.

En Jalisco, la persistencia de los intereses económicos en el séptimo cantón fue uno de los elementos que limitó la adquisición de propiedades rústicas por los particulares. Las sucesivas expulsiones del territorio de liberales y conservadores, según el triunfo momentáneo, volvieron inseguras las compras de ranchos y potreros.

Así, Ramón Corona adquirió en 1861 el rancho *El Armadillo*, al norte de Tepic, pero la propiedad le fue confiscada posteriormente por la autoridad del Cantón cuando en 1862 Lozada se levantó en armas (17). Lozada se cuidó bastante de no confiscar las tierras que los Rivas y los García, conservadores que lo respaldaban, habían adquirido en la región.

Se percibe, además, que la presencia de Lozada, apoyado en la existencia de comunidades indígenas indómitas desde la época de la Colonia, es otro de los elementos locales que dió las características peculiares al proceso en esa región.

Finalmente, sin que sea lo menos importante, las características geográficas de la Sierra Madre Occidental en Nayarit, su abrupta e inaccesible topografía, así como la localización de Jalisco entre los puertos de Mazatlán y San Blas y la ciudad de México, son también factores que influyeron en el proceso que se narra en este texto, por la importancia del comercio en esos puntos y los ingresos que significaban las aduanas.

Al fin son indios

Para el liberalismo del siglo XIX, los indios son indios sin mayores diferencias.

En general, las referencias a las comunidades étnicas en los documentos y periódicos de la época no particularizan cuando se les nombra. Uno puede suponer que los indios que seguían a Lozada eran coras, por su ubicación, y huicholes, por su número, ya que los primeros son realmente pocos y no sumarían las decenas de miles que "el Tigre de Alica" llegó a mandar. Pero en la documentación de la época no hay referencias explícitas a las características particulares de la población indígena en cuestión. No se sabe si hubo entre sus huestes tepehuanes, o mexicanos.

Los indios son para los liberales "lo otro". Los otros, distintos de la élite gobernante que identifica una cultura y sus aspiraciones con el bien común o el bien nacional. Todo lo demás queda catalogado como lo diferente. Esta falta de precisión, evidentemente tiene su base en el desprecio, como inferior, a las culturas indígenas. Simplemente se consideraban como "atrasadas".

En relación a los hechos que se analizan, cuando las acciones de armas se extienden a Sinaloa y hasta Sonora, los partes militares hacen mínimas referencias a los indios mayos, yaquis, pames u ópatas. Los indios son incluidos en la categoría general de indios y ya.

Este hecho no deja de llamar la atención cuando es claro que tanto Juárez como Altamirano provenían de comunidades indígenas, uno a la zapoteca y otro a la nahua, y el asunto de la situación de estas comunidades fue obviamente discutido en diversas ocasiones.

Así, por ejemplo, en una carta de Manuel Cerero, gobernador de Yucatán, a Benito Juárez, fechada el 7 de diciembre de 1870, se denuncia que algunos hacendados, para ensanchar sus propiedades, hacen una "horrible carnicería" entre los habitantes del estado, para "sostener la disimulada servidumbre en que se quiere reducir a los indios y demás proletarios" (18). Este notable señalamiento expresa una visión que generaliza a los desposeídos como un grupo indiferenciado, "las clases menesterosas", sin considerar las diferencias étnicas, sociales y culturales.

El gobernador yucateco previene a Juárez sobre los riesgos de esta situación: "¡Ay de la causa de la humanidad y de la civilización si los indígenas, leales hasta ahora, se unen a los sublevados de 1847, porque es notoria la superioridad numérica que tienen sobre la raza blanca!" (19). No obstante la posición favora-

ble a los indígenas, no hay señalamientos acerca de que se habla de indios mayas. No hay interés por diferenciar a los distintos grupos aborígenes, y, sobre todo, distinguir para respetar sus particularidades culturales.

Acerca de la identificación del proyecto propio con la idea de bienestar nacional, G. T. Powel, en su estudio sobre el liberalismo y el campesinado, cita a Mariano Otero, el teórico liberal, cuando afirmaba que el grupo al que él pertenecía constituía "el elemento principal de la sociedad"; que era el que "contiene la verdadera semilla del progreso", considerando que las clases altas eran pequeñas y débiles, en tanto que las clases bajas se encontraban "reducidas a la última nulidad" y eran "abyectas y miserables". (20)

En el bando liberal, entre los pocos que valoraron la cultura indígena desde los primeros tiempos cuenta sin duda Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. Sorprende su afirmación de que "la sabiduría nacional debe levantarse sobre una base indígena" (21), y no es difícil imaginar a Corona y amigos extrañados escuchando la intervención de Ramírez, orador oficial el 5 de mayo de 1864, cuando en Mazatlán invocaba a Tezcatlipoca ante la amenaza de los buques franceses que se aprestaban a tomar el puerto (22), aunque no era lo mismo invocar al indio histórico que al contemporáneo suyo.

Una de las principales cuestiones acerca de los indígenas fue la de la propiedad de las comunidades, la propiedad de las corporaciones, que dejó de ser legal con las leyes de Reforma. Son contados los liberales que tenían una posición favorable a los indígenas, que repetidamente buscaron defender sus terrenos. Uno de éstos era el patriarca Juan Álvarez, quien no tuvo empacho en dejar sus dominios en Guerrero para trasladarse al estado de México y retar con su presencia al gobernador Mariano Riva Palacio, padre del general y escritor, quien por la fuerza pretendía despojar a los indios. El mismo Powel señala que Manuel Doblado criticaba a Juan Álvarez, "por demasiado tolerante con los revoltosos", y al que sería mártir José María Arteaga, en referencia a la misma actitud del jefe del Plan de Ayutla. Arteaga decía de Álvarez que "si la gente llamada decente comete esas aberraciones, ¿qué podemos esperar de los llamados pelados?". (23)

En la práctica, no es extraño el señalamiento de que casi todos los dirigentes liberales promotores de la propiedad privada se apresuraron a comprar los bienes de las corporaciones, iglesia y pueblos indígenas. Como ya se dijo, la élite identifica el interés nacional con el suyo propio. Los discursos no son disquisiciones teóricas, sino justificaciones de las acciones. Powel informa que la Secretaría de Hacienda registró en 1857 la compra de tierras eclesiales en el Distrito Federal por Miguel Lerdo (con valor de 33 mil pesos); el presidente Ignacio Comonfort (por 22 mil 500 pesos); José María Iglesias (por 24 mil 300 pesos); el ministro Olaguibel (por 30 mil 400 pesos), y Manuel Payno (por 9 mil 5 pesos). En Oaxaca, Ignacio Mejía adquirió tierras de una comunidad indígena (por un valor de 6 mil 933 pesos), y el entonces ministro de Justicia Benito Juárez compró tierras eclesiales en su estado natal (por 3 mil 200 pesos). (24)

Jalisquillos y gringos

Tras la toma de Guadalajara por las fuerzas del Imperio (6 de enero de 1864), el ejército liberal en occidente tiene que emigrar y una parte de ese cuerpo, al mando de José María Arteaga, se traslada a Michoacán. Otra parte, a las órdenes de Corona, se adhiere a las fuerzas que combaten en Sinaloa. La importancia de esta segunda posición era, obviamente, obstaculizar el paso de los franceses entre el puerto de Mazatlán y la ciudad de México.

Instalados en Culiacán, los republicanos bajo el mando de Corona editaron un periódico todavía no estudiado: *El cinco de mayo*. La publicación semanal vio la luz durante casi todo 1866, durante la penúltima etapa del imperio, antes de su derrota. Ese periódico, además de la información que aporta sobre la situación regional y nacional, es un precioso documento que muestra el pensamiento del grupo de intelectuales liberales, hasta ahora ignorado. La inteligencia juarista no son solamente Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano.

Un tema que se destaca en esta publicación es el análisis de la posición del gobierno de Estados Unidos ante México. Tras la guerra civil estadounidense, los republicanos de occidente —muy destacadamente Juan Sepúlveda, amigo del alma de Corona— analizan que la doctrina Monroe podría tener aplicación para atacar a nuestro país, "con el pretexto de la solidaridad", y advierte a los mexicanos a no ser ciegos ante ese riesgo. (25).

Otro ejemplo de una postura cuidadosa ante Estados Unidos es el caso de la toma de Mazatlán, en noviembre de 1866, en que Corona niega intervención a Paul Shirley, comandante del vapor de guerra estadounidense *Suwanee*, surto en la bahía, para garantizar la desocupación del puerto por los franceses. Corona respondió con un mensaje, cuyo tono no permitió ninguna participación al militar estadounidense (26).

Pero a pesar de estas actitudes de gran independencia y reserva ante el poderoso vecino del norte, en las filas del ejército de occidente participaron mercenarios estadounidenses. Unos de ellos fueron los integrantes de la brigada estadounidense, quienes comandados por Francisco Dana protagonizaron importantes episodios en la lucha contra los franceses (27).

No está claro cómo fue que se engancharon, y qué compromisos establecieron, pero supuestamente al pedir sus bajas se les dio a cada uno "las gracias en nombre de la República, por los grandes e importantes servicios que habían prestado a la nación, y se mandó además que se pagara el pasaje de todos aquellos que

desearan embarcarse para San Francisco de California" (28). Las fuentes consultadas no indican nada más preciso.

En las mismas fechas en que ya los imperialistas estaban de capa caída (1866), se presentó ante Corona un ciudadano norteamericano, "que en tiempos anteriores había recibido la comisión de hostilizar al enemigo en las aguas del Pacífico y que habiendo capturado al bergantín *Vasco*, conductor de mercancías de personas empleadas por el imperio, hizo rumbo al puerto de La Paz, en donde creía ser auxiliado' pero que por no haber dado crédito a su misión, fue hecho prisionero y remitido a San Francisco California, en donde continuó recluso hasta que por conducto del cónsul mexicano presentó su patente de corsario, la cual, por haber sido reconocida, fue puesto en libertad" (29).

Dicha patente sólo operaba mientras que los franceses mantuvieran la ocupación de Mazatlán, y se le renovó el contrato, puesto que los puertos de San Blas, Manzanillo y Acapulco estaban todavía ocupados por los franceses. "Pero las bases de este nuevo arreglo se hicieron de conformidad con las restricciones que el gobierno general tuvo a bien imponer", señalan Vigil e Híjar y Haro (30), sin aclarar cuáles fueron esas restricciones.

Pero más en general, la dirigencia principal de los republicanos, Benito Juárez, recurrió a la participación de mercenarios estadounidenses en el conflicto con los franceses.

En carta a su enviado en Washington Matías Romero, Juárez le expresa que debe arreglarse un convenio para llevar colonos estadounidenses a México, "que deben ser soldados", y que debe conseguirse que a su mando venga un jefe de confianza, para que esa fuerza no provoque desorden. (31)

La relación de México con Estados Unidos, tan compleja desde que aquél país surgió, durante la época del imperio de Maximiliano plantea cuestiones que los republicanos resolvieron con pragmatismo, pero también con mucha preocupación por el riesgo que llevaba. Un riesgo no escogido libremente.

Es *El Nigromante* uno de los más claridosos respecto a este asunto: "Yo al yanqui le tengo horror, pero me alegro cuando humilla la frente de los reyes; yo brindo por el yankee y por el negro", escribía a *Fidel*, su amigo Guillermo Prieto. (32)

NOTAS III

1 "Préambulo a la Constitución de 1824", en Felipe Tena Ramírez, *Leyes fundamentales de México, 1808-1883, s.f.*, pp. 162-167.

2 Francois-Xavier Guerra, *México, del antiguo régimen a la Revolución*, 1988, t. I, p. 29.

3 Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios*, 1992, *passim*.

4 Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, 1991, p. 21.

5 Guerra, *op. cit.*, p. 253.

6 *Idem*.

7 Meyer afirma: "En diciembre de 1855 el grupo Barron estuvo implicado en un pronunciamiento en San Blas y Tepic. Degollado corre a establecer el orden, expulsa a Eustaquí Barron hijo y a Guillermo Forbes, lo que desencadena un grave conflicto entre México e Inglaterra y provoca la renuncia de Degollado.

"Barron regresa, recibe una indemnización y se le prepara un proceso al ex gobernador. El 16 de febrero de 1857 el gran jurado declara que no había lugar a formarle causa. En la defensa de Degollado, publicada en periódicos y folletos a lo largo de 1856, se encuentra el único documento que menciona la liga entre la Casa Barron y Manuel Lozada: Degollado escribe que la Casa Barron impulsó a la gente de Tepic a firmar la solicitud deindulto en favor de Lozada en septiembre de 1855 (*El País*, núms. 42 a 44, 53 a 67, 72, 77 y 87 de 1856)", en *La tierra de Manuel Lozada*, 1989, p. 148.

8 *Idem*, pp. 359-360.

9 Archivo Histórico de Jalisco (AHJ), Seguridad Pública, Tep/1368.

10 Jean Meyer, *Op. Cit.* pp. 360. (Cuando se mencione una obra citada anteriormente, se refiere a la que precede en lo inmediato, en el caso de que se mencione más de una obra de un mismo autor).

11 Jean Meyer, *Esperando a Lozada*, 1989, pp. 224-226.

12 José María Muriá y Pedro López González, compiladores, *Nayarit, del séptimo cantón al Estado libre y soberano*, 1990, t. II, p. 8.

13 Benito Juárez, *Discursos, correspondencia y documentos*, 1962, t. 11, p. 650-651).

14 Benito Juárez, *Op. cit.*, t. 14, p. 315.

15 El texto en su integridad reza: Acta de neutralidad levantada en la ciudad de San Luis de Lozada, por los pueblos del Departamento de Nayarit. - ¡Viva México! - ¡Vivan los pueblos de Tepic! - ¡Viva el acta de neutralidad proclamada hoy! - ¡Viva el excmo. Sr. general en jefe D. Manuel Lozada!

En la ciudad de San Luis, a 10. de Diciembre de 1866, reunidas las fuerzas que se organizaron con el nombre de "Auxiliares del Ejército", y las autoridades de los pueblos que componen el Departamento del Nayarit, expusieron: que los pueblos de este Departamento, con el laudable objeto de que México se constituya definitivamente para su bien, y de que cesara la guerra civil que lo ha destruído desde su independencia, se adhirieron sucesivamente al Plan de Tacubaya y luego al Imperio: que lejos de haberse logrado ese objeto, el país está amenazado actualmente de una anarquía más horrorosa que todas aquellas por las que ha pasado: que en situación tan lamentable, conviene que los pueblos del Departamento no sigan sosteniendo idea alguna política, para no exponerse a fomentar con su cooperación el desarrollo de males que han de producir necesariamente la disolución social: que animados de este noble sentimiento las fuerzas mencionadas han depuesto, hace ya algún tiempo, toda su actitud hostil; pero que no siendo esto bastante, y siendo también necesario que todos los pueblos que componen la nación sepan el partido que toman los nuestros acerca de la cosa pública, declaramos desde luego que han resuelto manifestarse neutrales a las agitaciones violentas que van a conmover a México, y que habiendo comenzado ya a practicarlo, consignan su tomada decisión en la presente acta, expresándola en los siguientes artículos:

- 1o. El Departamento se declara neutral a todo partido político.
- 2o. Esta neutralidad subsistirá y será observada estrictamente hasta que cese la guerra civil y se establezca el gobierno que reconozca la nación.
- 3o. Las fuerzas neutrales de los pueblos se armarán, municiarán y equiparán, sin gravar el erario público.
- 4o. Estas fuerzas como voluntarias y armadas sólo para atender a su propia conservación, no percibirán ningún sueldo.
- 5o. El erario del Estado expensará los gastos que tengan que erogarse en la composición de los trenes de artillería y en la construcción del parque que se pueda necesitar.
- 6o. El gobierno del Departamento mantendrá sobre las armas una fuerza de línea de mil hombres de las tres armas, que será pagada por las rentas públicas.
- 7o. El general en jefe de las fuerzas neutrales no tendrá otras atribuciones que las de movilizar las fuerzas de los pueblos cuando lo crea conveniente y la responsabilidad de todos los actos de la administración pública será de las autoridades y empleados a quienes corresponda.
- 8o. Como consecuencia de la neutralidad que ha de guardar este Departamento, desde la publicación de esta acta, cualquiera fuerza beligerante tiene libre el paso por él, con la indispensable condición de que antes de pisarlo, ha de dar aviso al Jefe de ella a la autoridad política, pidiéndole el derrotero que ha de seguir y el señalamiento de un término prudente dentro del que ha de verificar su tránsito. La falta de uno de estos requisitos constituye hostil a toda fuerza que pise el territorio del Departamento.

9o. El gobierno del Departamento protegerá, por todos los medios que estén a su alcance, la correspondencia epistolar, ya privada, ya oficial y cuidará de que sea inviolable el secreto que ella exige.

10o. El mismo gobierno fijará toda su atención en proteger el comercio, procurando a todo trance que exista la más completa seguridad en caminos; haciendo efectivas en nacionales y extranjeras, las garantías que las leyes les tienen concedidas.

11o. Los pueblos que quieran guardar la misma neutralidad, con sujeción al gobierno de este Departamento, quedarán agregados a la comprensión política del mismo, mandando para el efecto al gobierno sus actas de adhesión.

12o. En consecuencia de la neutralidad que queda proclamada, todo individuo que quiera fijar su residencia en este Departamento, podrá hacerlo, sean cuales fueren sus opiniones políticas, con tal que viva pacíficamente; en cuyo caso disfrutará de todas las garantías individuales y sociales.

13o. Se perseguirá como un atentado contra la neutralidad de este Departamento, toda manifestación de ideas políticas, hecha de una manera sediciosa, y se lanzará fuera del Departamento a los culpables. (Obviamente no se precisa qué se considera "manera sediciosa")

14o. Se nombra General en Jefe de las fuerzas neutrales de los pueblos, al Sr. General don Manuel Lozada y con este carácter queda encomendado a su lealtad, la ejecución de la presente acta.

Artículos transitorios

1o. Al siguiente día de publicada esta acta, se nombrará una junta de tantos miembros cuantos sean los pueblos del Departamento, para que proceda a la elección de las autoridades que deben quedar en el Departamento, durante el estado de neutralidad que ha proclamado, señalando al efecto las bases a que deben sujetarse en el ejercicio de su administración.

2o. Esta junta será nombrada por el Sr. General don Manuel Lozada y se instalará el día 8 del presente y quedarán concluidos sus trabajos el día 15 del mismo.

3o. La junta dará cuenta del resultado de su comisión al Ser. General en Jefe de las fuerzas neutrales el día 16, para que en el acto disponga su impresión, publicación y el cumplimiento de sus acuerdos.

4o. Se mandará copia de la presente acta al gobierno imperial como al republicano, para su debida inteligencia.

5o. Interin se publican las bases arriba expresadas y se procede al nombramiento de las autoridades que deben regir al Departamento, continuarán en el desempeño de sus respectivas funciones, las actualmente establecidas.

Y habiéndose acordado una comisión para poner en conocimiento del Exmo. Sr. don Manuel Lozada el anterior acuerdo, tuvo la bondad de presentarse en la junta y dijo: que resuelto como ha estado siempre en acatar la voluntad de estos pueblos, no puede menos que aceptar, como en efecto acepta, el encargo que se le confiere y que lo desempeñará sin carácter oficial, sin percibir sueldo alguno; y firmó con los jefes, oficiales y autoridades ya citadas. "Acta de neutralidad levantada en la ciudad de San Luis de Lozada, por los pueblos del Departamento de Nayarit", en Jean Meyer, *La tierra de Manuel Lozada*, 1969, pp. 261 a 263.

Meses después, como sustento a su levantamiento final, Lozada hizo publicar un "Manifiesto a la nación Mexicana", en el que muestra algunas de sus preocupaciones centrales. Tras recordarle

que para 1873 llevaba quince años al frente de los pueblos de la sierra de Alica, el dirigente explica que "la insurrección de este Estado llevará por base principal la moralidad de sus actos, procurando a la vez el progreso de los pueblos, por medio de: establecimiento de la instrucción pública, quitando al comercio la multitud de infructuosas trabas con que se encuentra, así como la explotación y cultivo de nuestros ricos terrenos (...). Me esmeraré en quemir religión CAAIPI sea respetada debidamente (...). Una de las tendencias de esta insurrección nacional será, el que la clase menesterosa salga del estado de ignorancia y miseria en que se encuentra; así como el que goce de los verdaderos derechos que en justicia les están cometidos. San Luis de Lozada, enero 18 de 1873. Meyer, *Op. Cit.*, pp. 317-119.

Todavía más específicamente en relación a las tierras indígenas, una carta del coronel Domingo Nava dirigida a Lozada, fechada el 12 de abril de 1869, señala que ante las demandas de los pueblos por "cuestiones con las haciendas colindantes", el único recurso legal es recurrir a la autoridad judicial respectiva, "pero he creído que este recurso es enteramente nulo e ineficaz, como lo ha demostrado la experiencia de tantos siglos cuantos hace que existen en Méjico los (ininteligible) encargados de la administración de justicia; pues con muy raras excepciones jamás se ha visto que el débil triunfe del poderoso, sea con justicia o sin ella, de donde resulta que estando yo convencido de que ese recurso tan gastado como efímero no haría más que exasperar a los pueblos, me he abstenido de ordenarles que se sujeten a él, por estar persuadido de que ya se ha ensayado inútilmente varias veces, no obstante la robusta justicia que asiste a los pueblos, según sus títulos. Examinando, pues, detenida y concienzudamente este negocio, al fin he venido a convencerme de que la cuestión de terrenos que tienen pendientes los pueblos, no admite otra solución que la contenida en las siguientes proposiciones: que los pueblos se resignen a perder para siempre el derecho a que tienen a los terrenos que reclaman. O que se decidan a hacerse justicia por sí mismos. Lo primero no me parece justo, ni equitativo, y por lo mismo no puedo, ni debo, ni me conviene aconsejarlo a los pueblos. Lo segundo, aunque es esencialmente justo, ha de ser considerado y calificado como un hecho arbitrario y atentatorio que tal vez podrá ser de trascendentales consecuencias, porque todos los gobiernos de nuestro país han seguido la táctica de castigar todo acto que se oponga a lo prescrito por la ley, aunque sea de mera fórmula, sin tener en cuenta que más vale prevenir los delitos que castigarlos (...) mi parecer es que los pueblos entren en posesión de los terrenos que justamente les pertenecen con arreglo a sus títulos, para que en todo tiempo que se ventile esta cuestión, se convenzan los gobiernos y los demás pueblos del país que si se dió un paso violento no fué para usurpar lo ajeno, sino para recobrar la propiedad usurpada, de manera que el fin justifique los medios". Meyer, *Op. Cit.*, pp. 129-131.

16 Ralph Roeder, *Juárez y su tiempo*, 1972, p. 319.

17 Jean Meyer, *Esperando a Lozada*, p. 170.

18 Benito Juárez, *Op. cit.* Tomo 14, pp. 761 y 762.

19 *Idem.*

20 G. T. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el Centro de México*, 1974, pp. 67-68.

21 Ignacio Ramírez, *Obras*, 1944, t. II, p. 209.

22 *Idem.*, p. 175.

23 Powell, *Op. cit.*, pp. 72 y 73.

22 *Idem*, pp. 75, 75 y 85.

25 *El cinco de mayo*, periódico del Estado de Sinaloa, núm. 30, 14 de septiembre de 1866, p. 1.

26 José María Vigil y Juan Bautista Hijar y Haro, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 433 a 440.

27 *Idem*, p. 455.

28 *Idem*.

29 *Idem*, pp. 474 y 475.

30 Este es un fragmento de la carta de Juárez a Matías Romero: "...Aun lo que se le dice a usted de gastos de alistamiento y transporte de colonos que se entiende deben ser soldados, debe entenderse que han de venir al mando del General americano que, por su categoría, pericia y valor experimentado, preste la garantía de que organizará la fuerza y la sujetará a su obediencia y a la del Gobierno republicano y si no hubiese ese general americano a lo menos el Gral. Carbajal debe hacerse cargo del mando, pues lo que importa es que la fuerza no venga en desorden ni en fracciones independientes, sino subordinada a un jefe.

"Podría suceder que el Gral. Carbajal tenga ya arregada su expedición y en ese caso se le debe auxiliar para que, con la rapidez posible, emprenda su marcha y comience sus operaciones. Hablo de preferencia del Gral. Carbajal porque, como he dicho a usted antes, es jefe de lealtad y de capacidad que, por poseer el idioma inglés, es el más a propósito para entenderse con la gente que traiga. Ya usted sabe lo que es hablarle a las gentes en su mismo idioma y cualquier otro jefe que no tuviera esta cualidad no podría utilizar a los colonos y en los momentos de un combate en que se necesita obrar con la celeridad del rayo y que de la misma manera se comprenda la orden verbal del jefe, sería perjudicial a la causa nacional el mando de un jefe que necesitara de intérprete para hacerse entender de sus soldados...". Juárez, *Op. cit.*, t. X, p. 97.

31 *Idem*.

32 Ignacio Ramírez, *op. cit.*, p. 61.

IV

LA NARRATIVA HISTORICA. SU VALOR

En la actualidad, muchas personas conocen y disfrutan la historia a través de los trabajos de los novelistas o de los cineastas. Son contados los historiadores metidos a novelistas o a producir crónicas populares. Las más recientes novelas históricas publicadas en México, salvo alguna excepción que se citará en seguida, han sido creadas por literatos, propiamente, y no por historiadores.

Una de las críticas ciertas que se hicieron a los libros de texto gratuito de historia de cuarto, quinto y sexto de primaria editados en 1992 —entre muchas otras que no tenían razón— fue precisamente la falta de historia contada, de historia narrada. Independientemente de las motivaciones que los educadores tengan para hacer este planteamiento lo cierto es que la historia está compuesta de historias concretas. Por ello, entre los remedios inmediatos adoptados por las autoridades para desfacer el entuerto de los libros de texto, estuvo la publicación de un libro complementario que contiene una selección de historias, entre las que se incluyen algunas de Martín Luis Guzmán, que se publicaron como complemento.

Es conveniente aclarar la importancia de las historias en la Historia, y la relación entre ambas. Jacques Le Goff aclara la historia de la propia palabra: en todas las lenguas romances y en inglés, deriva del griego antiguo, de una palabra que significa "el que ve", el testigo. Pero en la actualidad, en las lenguas romances, y también en otras, la palabra "historia" expresa dos, cuando no tres, conceptos diferentes. Significa la indagación sobre "las acciones realizadas por los hombres", la ciencia histórica, y también el objeto de indagación, lo que han realizado los hombres. Por añadidura, es también el relato de esos hechos. Una historia es un relato, que puede ser verdadero o falso, basado en la realidad científica, o en la imaginación (1).

Los de lengua inglesa se salvan de esta confusión, pues tienen dos palabras diferentes: *history* es la historia, en tanto que *story* es el relato.

Puede decirse entonces que el conjunto del trabajo de los historiadores, la historiografía, incluye relatos y novelas históricas. No es común, sin embargo, considerar las creaciones de este último género como trabajos de historiografía, pues ciertamente muchas de ellas se preocupan más por sus creaciones literarias que por reconstruir y explicar una realidad humana en un lugar y un tiempo.

Recientemente se han producido varias novelas sobre el fascinante México del siglo XIX. Destacan las de Fernando del Paso, Mario Moya Palencia y Paco Ignacio Taibo II, *Noticias del Imperio* (1987), *El México de Egerton* (1990), y *La lejanía del tesoro* (1993), respectivamente, y en el orden en que fueron editadas.

Otra novela histórica, de próxima publicación es la Carlos Tello Díaz, sobre Porfirio Díaz, que todavía no tiene título definitivo, pero que aborda la época del

exilio de Díaz en Europa. Esta es una de las pocas novelas históricas creadas en los últimos tiempos en nuestro país por un historiador.

La proliferación de novelas históricas y la reflexión sería de varios historiadores sobre la incorporación de este género como parte de la historiografía es en México un tema de discusión actual. Así lo apuntan un reciente texto de Eugenia Revueltas (2) y otro no tan reciente de Josefina Zoraida Vázquez (3). La primera, entusiasmada, considera que la novela histórica aporta a los lectores lo que para Horacio era la meta ideal del arte: enseñar deleitando, en tanto que para la maestra Vázquez la novela es un instrumento importante tanto para escribir la historia, como para enseñarla.

Porque, y este es el punto central sobre la narrativa histórica, el hecho de que se narre no significa que no se haga una interpretación, que no se de una explicación de los temas que se abordan.

Una narración histórica, independientemente de si tiene o no la forma de una novela, tiene un valor explicativo, acerca de cómo se ven desde el presente los procesos del pasado.

En este sentido, Hayden White (4) considera que en la narrativa histórica se revela un significado, una interpretación que el autor realiza. Hay para White una relación entre la narrativa, entendida como una estructura discursiva simbólica o simbolizante, y la representación de los acontecimientos específicamente históricos. Y ya sabemos que los acontecimientos históricos son los que de acuerdo al trabajo del historiador son considerados como tales.

Al narrar las acciones de los seres humanos se produce una creación que no es ni puede ser la reproducción de ellas; es una creación de la mente, como otras obras científicas y de arte; no es nada más una repetición en el tiempo de hechos que de otro modo estarían muertos; es la creación de una representación, que no es ajena al ser social del historiador, muchas veces aficionado y por lo tanto tendiente a gravez imprecisiones, como los de algunos literatos que incursionan en la investigación de la historia.

En la polémica que hace pocos años mantuvieron los historiadores británicos Lawrence Stone y Erick Hobsbawm, el primero recordó en su ensayo (5) que los historiadores siempre han contado historias; desde los escritos de Tucídides.

Pero según Stone hubo una fase en la que, adoptando teorías que pretendían hacer de la historia una ciencia comparable a las naturales, la producción historiográfica se enfocó más a las circunstancias, que a los hombres. En esta fase florecieron varias obras de economía histórica y demografía histórica; se crearon notables obras sobre las estructuras sociales y su desarrollo y grandes series cuantitativas. Entonces llegó un momento en que los académicos se encontraron discutiendo entre sí, sin que la mayoría del público se interesara en su labor, hasta que sobrevino nuevamente el interés central en el hombre, en las acciones de los hombres.

Hobsbawm difiere con su colega en el punto de que el nuevo resurgimiento de la narrativa no significa de una negación y un abandono de los trabajos que en el pasado reciente se realizaron bajo las perspectivas marxista o estructuralista, sino una continuación de los mismos propósitos. (6)

El mismo Stone afirma que "la historia siempre tuvo muchas moradas y debe continuar así si es para florecer en el futuro", y que "nadie ha sido empujado a tirar su calculadora y contar una historia". (7)

Tiene razón el maestro, ya que al preferir hacer una narración, en particular una novela histórica, no se pretende negar el valor de otros trabajos con otras características. Incluso las recopilaciones de documentos, como algunas de las utilizadas como fuente de información en esta investigación, tienen una importancia en el quehacer de los historiadores. Es decir, no se trata de pretender la superioridad de una forma de escribir la historia sobre otra; cada una tiene su lugar y su historiador adecuado, y en cada una de ellas subyace una interpretación, como apunta White.

Hobsbawm dice al respecto que no tiene nada de nuevo elegir ver al mundo a través de un microscopio o de un telescopio, pero que al admitir que se está estudiando el mismo cosmos, no son excluyentes los dos instrumentos, en la medida en que según la magnitud del asunto se sepa seleccionar la técnica apropiada. (8)

Otro teórico de la historia, Trevor Roper, ha considerado que el origen de la historia está en la literatura, el mito y la poesía y que éstos son también uno de los principales depósitos de nuestra materia de estudio. (9)

Al respecto debe hacerse una aclaración acerca de la novela histórica. Hay novelas escritas como contemporáneas, que devienen novelas históricas. El tiempo actúa como un agente en esta transformación. Eugenia Revueltas, en su ensayo citado, menciona a *Calvario y Tabor*, la novela de Vicente Riva Palacio, como una del género histórico (10). Ciertamente para nosotros es una novela histórica, pero en el momento en que fue editada, se trataba de un material costumbrista.

Al respecto, Georgy Lukacs (1885-1971), uno de los teóricos de la filosofía marxista más importantes y estudioso de la historia de la literatura, afirma que a la pregunta de cuáles son los hechos de la vida que subyacen en la novela histórica y que son específicamente distintos de los que constituyen el género de la novela en general, hay que responder definitivamente que "ningunos" (11).

Bajo esas consideraciones, una novela contemporánea, por ejemplo, la del uruguayo Daniel Chavarría, *Allá ellos* (1992), una novela de espionaje que se desarrolla en la Cuba actual, bien podría aparejarse con otras novelas históricas. La cuestión de las clasificaciones parece ser un asunto totalmente arbitrario, es decir, propio del arbitrio. Sin embargo, salta a la vista la notable diferencia entre una novela contemporánea del autor y otra que se refiera al análisis de los hechos del pasado.

Respecto a la producción actual de novelas históricas, no puede dejar de notarse que hay una preocupación actual por reflexionar sobre el pasado, aunque el presente es un elemento inaprehensible, que de inmediato se transforma en pasado.

Y esa era la preocupación del Lukacs militante comunista, honrado en sus convicciones, como cualquier otro científico social que defiende su marco de análisis, acerca de la necesidad de que la novela histórica que se estaba produciendo en los años 30 en Europa tuviera una buena base científica y una cierta calidad artística, que en el "realismo soviético" se convirtió prácticamente en aburrido panfleto.

Don Alfonso Reyes, por su parte, al analizar el rico tema de la relación entre la Literatura y la Historia concluye que al influirse mutuamente, lejos de "contaminarse", ambas quedan "fertilizadas", enriquecidas (12).

Para el regionomontano, en toda novela hay una historicidad latente, y todo autor escribe "desde aquella intersección de líneas históricas que lleva como marca en la frente". Explica, pues, los dos temas que hemos destacado anteriormente: no hay una frontera insalvable entre la novela en general y la novela histórica como género específico, y, por otra parte, el autor realiza una interpretación en su relato. No se trata de una labor "ascéptica" o falsamente objetiva. Siempre hay una intención.

Sin embargo, aclara que existe una novela "auténticamente histórica", donde no debe existir "delación lingüística", ni falsificación de lugares, ni mentalidad increíble de los personajes. El escritor de novela histórica debe manejar los conceptos relativos a la época que analiza, sin adjudicarle gratuitamente los suyos propios o los de su presente.

Alfonso Reyes señala que en la Edad Media, al calor de la idea religiosa, se introduce un concepto providencialista, en donde aparentemente no existe importancia por los hechos, pues se considera a la humanidad en su conjunto como un solo hombre, conducido por su creador hacia la redención. (13) Cuando mucho, la historia se convierte en una repetición de calamidades, en un desfile de lecciones y castigos.

Pero en la "edad moderna" se regresa al "tipo novelesco de los antiguos, mezclando un sentimiento pragmático y de ejemplaridad. El siglo XVIII "pervierte la historia en tesis y epigrama", y cita los textos de Voltaire y Gibbon; uno leve y aéreo, el otro torpe y plomizo.

Inmediatamente se produce una reacción "a modo de apetito romántico", y entonces "fue menester que una mitad de la historia humana saliese de entre los escombros y cenizas, evocada por los conjuros del arte". (14)

Es decir, en el siglo XIX, el romanticismo volvió la mirada a la Edad Media, y surgió un movimiento de literatura episódica, nuestra novela de folletín en México, que significaron, según Reyes, un acicate en el pensar histórico.

La historia de la novela histórica —seguramente motivo de una tesis específica— es analizada por los dos autores citados, el mexicano y el húngaro. Este último, desde luego, limitándose únicamente a su Europa, su ombligo mental. Citando a Walter Scott, pasando por Balzac, Tolstoi y Stendahl, ambos autores coinciden en que la novela histórica conquistó y sigue conquistando el interés hacia la historia por terrenos que no alcanza la historia clásica o tradicional.

Luckacs, sistemático, destaca que el tratamiento del tiempo y el espacio, en las buenas novelas históricas, tienen requiere un manejo especial y relaciona la incorporación de grandes sectores de la población en la Europa de principios del siglo XIX en los movimientos y conflictos sociales, coincidiendo con el movimiento que represento el romanticismo, como las causas directas del surgimiento de la novela histórica. (15)

Reyes, quien también hace un recuento de los autores de novela histórica en Europa, cita algunos ejemplos en lengua española, como Telésforo de Trueba y Cosío, Enrique Gil y el venezolano Benito Pérez Galdós, con sus *Episodios Nacionales*, y de México expresamente menciona a Guillermo Prieto, Justo Sierra el viejo, Manuel Díaz Covarrubias, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio y Victoriano Salado Alvarez.

Pero considera que no es completo este catálogo y apunta que "no sería una torpe manera de despertar la curiosidad histórica el establecer bibliografías metódicas de tales novelas". (16) Es, ciertamente, una veta importante que podría trabajarse: un catálogo de la novela histórica sobre la historia de México, pues a pesar de que han pasado décadas del señalamiento de Reyes, este trabajo no se ha realizado.

En toda una primera época de la novela histórica, una característica de las novelas históricas es que los personajes principales, creados por la ficción, son "ciudadanos medios", envueltos en la vorágine de los cambios sociales, en tanto que los personajes históricos clásicos sólo aparecen como puntos de referencia en la trama que se relata. Eugenia Revueltas apunta que en las novelas históricas recientemente publicadas en México esta característica ha desaparecido. En las producciones más nuevas, Carlota, Juárez y otros personajes históricos importantes aparecen más humanizados, a la altura del resto de los mortales que fueron sus contemporáneos. (17)

Es Lukacs quien señala que "lo importante de la novela histórica no es la ulterior narración de los grandes acontecimientos históricos, sino el despertar poético de los seres humanos que intervinieron en ellos", y asegura que son los únicos documentos en los que se describen las causas que producen los hechos históricos y que se ubican en el corazón humano. (18)

La escritura de la novela histórica plantea dificultades particulares, pues, al igual que en la creación de cualquier otra novela, exige no sólo el oficio, sino también la elaboración teórica que, encima de la del historiador, permita una

calidad artística y de interpretación conciente de lo que se busca explicar.

Pero a pesar de esas dificultades, ciertamente es importante continuar la exploración de este camino, pues, según afirma Reyes, la fertilización de la Historia por la Literatura (o tal vez al revés) es un milagro que permite la incursión gloriosa de la imaginación, uno de los recursos de la sobrevivencia.

NOTAS IV

- 1 Jacques le Goff, *Pensar la Historia*, 1991, pp 21 y sig.
- 2 Eugenia Revueltas, "La Nueva Novela Histórica", en *Revista de la Universidad*, mayo de 1992, pp. 43-47.
- 3 Josefina Zoraida Vázquez, "El uso de las novelas en la historia", en Victoria Lerner, *La enseñanza de Clío*, p. 269-280.
- 4 Hayden White, *El contenido de la Historia*, 1992, pp. 17-74.
- 5 Lawrence Stone, "El renacimiento de la narrativa", en *El pasado y el presente*, p. 77-109.
- 6 Erick Hobsbawm, "El renacimiento de la historia narrativa. Algunos comentarios", en *Historias*, núm. 14, p. 9-13.
- 7 Stone, *Op. Cit.*, p. 79.
- 8 Hobsbawm, *Op.Cit.*, p. 12.
- 9 H. R. Trevor Roper, "Historia e Imaginación", en *Vuelta*, núm. 114, p. 10 y 15.
- 10 Eugenia Revueltas, *Op. cit.*, p. 44.
- 11 Georgy Lukacs, *La novela histórica*, 1976, 1a. ed. en ruso, 1936, p. 275.
- 12 Alfonso Reyes, *El destiende*, 1963, pp 123-127 y 189 y sig.
- 13 *Idem*, p. 126.
- 14 *Idem*
- 15 Lukacs, *Op. Cit.*, pp. 82 a 92.
- 16 Reyes, *Op. Cit.*, p. 128.
- 17 Eugenia Revueltas, *Op. cit.*, p. 47.
- 18 Lukacs, *Op. Cit.*, pp. 42.

V

LA NOVELA

EL GENERAL CORONA

Capítulo 1

MACUACES CONTRA CHANGOS

Sería casi la medianoche cuando don Urbano López, comisario de la Cofradía de la municipalidad de Acaponeta, escuchó cómo se callaban los grillos y supo que alguien llegaba por el camino.

El batir de su corazón sustituyó al ruido nocturno cuando se dió cuenta que se trataba de cuatro bandidos armados.

En otras circunstancias, aquellos hombres podían haber sido tomados como campesinos o carreteros, miembros del elemento indígena. Pero sus machetes, sus fusiles, sus monturas y la hora en que se presentaban, además de la feroz catadura que lucían bajo sus sombreros alacranados, lo confirmaron en su idea. Eran bandidos.

Temió entonces, como nunca había temido, las terribles torturas que se contaba cometían aquellos bárbaros, aquellas gavillas que no respetaban ninguna ley.

Se contaba que a sus pobres víctimas, a más de quitarles todas sus pertenencias y quemar lo que no podían llevarse consigo, las dejaban totalmente desnudas, cuando corrían con suerte, porque cuando no, perdían la vida. Ninguna mujer —niña, joven o vieja— estaba a salvo de ser deshonrada y muchas veces muerta. Cuando los asaltados provocaban la ira de los bandidos, o cuando se trataba de sus enemigos políticos, antes de colgarlos les deshollaban las plantas de los pies. Eso se contaba.

El, directamente, sólo había conocido como actuaban en medio de la guerra, o las guerras. Cierto era que no tenían piedad. Pero entonces nadie tenía piedad.

Don Urbano se quedó de pie junto al caballo que acababa de desmontar. El también recién llegaba a su casa. Su actitud antecedió a la orden que escuchó:

—¡Párese ahí!

El indio que le habló se adelantó junto con otros dos, mientras el cuarto se quedó más allá agarrando las riendas de los caballos y oteando hacia la oscuridad.

—Ten estos papelititos, —dijo el indio que se revelaba con su habla como cora al sorprendido don Urbano, al tiempo que le extendía un fajo de hojas de papel impresas. —Perora tú las llevas con tus jefes, —agregó imperativo y con voz ronca. —Manque nomás nos das un recibo.(1)

El comisario no articulaba palabra. Los tres indios que estaban cerca de él lo llevaron al interior de la casa, modesta construcción de adobe y techo de tejas. Ahí, sentado ante su escritorio y tras encender una vela de cebo con un pabilo que flotaba en una lata llena de aceite, leyó el encabezado del documento que le entregaban: "Proclama de Manuel Lozada a sus compatriotas".(2)

Se trataba entonces de secuaces de Lozada, aquel Manuel Lozada del que se decía que otra vez se había levantado en armas. Entonces era cierto. Por si fuera poco lo de los franceses, también los indios se levantaban otra vez.

La pacificación que los indios de "el Tigre de Alica" habían acatado se acababa. Don Urbano tuvo ante sí las horribles imágenes de las criaturas despeñadas en Colotlán, apenas un año antes, cuando los lozadeños encontraron desierta la ciudad y mandaron bajar a las familias que se habían ocultado en los cerros y en las rancherías.(3)

De sus recuerdos y cabilaciones lo sacó un empujón leve que uno de los indios le dió en un hombro, apresurándolo para que escribiera el solicitado recibo.

Lo que siguió después don Urbano sólo lo recordaba como una sucesión de cuadros borrosos e inconexos.

Los cuatro indios armados, sin dejar sus arcos y flechas a pesar de portar también fusiles, con sus cabellos largos, sus cintas bordadas en la cabeza, levantaron a todos los hombres de la población. Los juntaron en la plaza y el único que siempre habló mencionó una insurrección nacional y que la clase menesterosa saldría de la miseria en que se encontraba, y los intimaron a incorporarse a sus filas.

Nadie movía un pie ni hacía ningún gesto.

Los indios observaban a los hombres en la plaza oscura y ante una señal de su cabecilla se retiraron al galope, lanzando vivas a Lozada y a la religión. Antes que despuntara el alba, López, a pesar de sentirse abrumado, tuvo fuerza para enviar un violento extraordinario, un veloz mensajero que partió a caballo, y vió que le prepararan a él mismo una montura.

+++++

Cuando don Urbano López se incorporó en el hospital de sangre instalado en Santiago Ixcuintla, no fue difícil para el médico hacer que le platicara todo el suceso de Acajoneta.

Todos entre la tropa lo comentaban, pero lo sabían a medias y de tercera mano. La versión más directa era la del enfermo, y el doctor tenía a su disposición esa plática.

Con ese relato se confirmaron las previsiones que todos se hacían; los tratados de paz firmados apenas en febrero, cuatro meses antes entre el propio Lozada y el gobernador Pedro Ogazón (4) estaban rotos.

La orden de marchar hacia el interior del país a sumarse a las fuerzas republicanas que detenían a los franceses en Puebla sería sustituida por la de ir tras el

"Tigre de Alicia".

Pero lo que en realidad le preocupaba al viejo don Urbano era que había tenido que confesar que cuando llegó al pueblo venía de visitar a la hermosa viuda del difunto Cardoso, cuyo marido (que Dios guarde) había sido una de las últimas víctimas de las tropas conservadoras.

Ya hacía cuatro años que la pobre mujer estaba sola, pero el buen don Urbano tenía escocor de las habladurías.

Ahora nadie toma en serio que una fiebra pueda ser causada por una impresión. Pero entonces sí, y el hombre, nomás llegó a Santiago, cayó en cama casi una semana.

El comisario había conocido al oficial en jefe de la guarnición, el coronel Ramón Corona desde que éste se insurreccionó al frente de un pequeño grupo que luego se llamó los "Libres de Motaje", el nombre de una mina de donde Corona era el administrador de la tienda de raya.

Lo había visto desplegar su valentía cuando colaboró a que los liberales recuperaran Guadalajara, sólo para irse luego a dar la puntilla a los conservadores en el centro del país. Lo había visto obedecer al gobernador Ogazón cuando éste lo envió a la campaña contra Lozada, y disciplinarse cuando le mandaron cesarla.

Al comienzo de la invasión francesa, a los veinticuatro años, Corona era ya uno de los jefes militares del liberalismo que persistían en la lucha en el occidente de la República.

—Pues sí, doctorcito —decía don Urbano platicando con el doctor Híjar. —Ai tiene usted que yo he participado desde el principio en defender al gobierno de la Constitución. Yo estaba en Tepic y ahí se supo que Juárez llegó a Guadalajara. Supimos del levantamiento de Landa y que el oaxaca se fue con sus fieles a Colima. Los bandos que aquí se formaron eran los dos de siempre: los macuaces y los changos.

—¿Cómo, don Urbano? ¿Cómo es eso de changos?, —preguntó el doctor intrigado.

—Sí, —respondió el ranchero. —Así les decían a los partidarios de los dos grupos que en Jalisco se peleaban el poder. Unos eran los changos, y otros los macuaces.

—¿Pero quién era quién?, insistió en su pregunta.

—Mira doctorcito Híjar, —le explicó paciente, —los changos eran los constitucionales, que luego se llamaron liberales y los macuaces los clericales, los conservadores. Así se les conocía a unos y otros. Corona, no le quepa duda, estuvo siempre con los changos; nunca ha cambiado de chaqueta, como otros cuando la veían difícil.

—Pero ¿cuándo les pusieron así?, —insistió el doctor Híjar, que aunque algo había oído no sabía el origen de los apodos.

Don Urbano caviló un poco. Meneó la cabeza buscando en su memoria la respuesta al interrogatorio y de pronto se le iluminó la mirada:

—Fue por un folleto que mandó a publicar don Juan Castaños con motivo de una elección en el municipio, —dijo, levantando un dedo. —Castaños era de los liberales. En el impreso explicaba Castaños que los macuaces, los tlacuaches, sus contrarios, eran astutos como ese animalito, y que los changos, los liberales con los que él militaba, eran así, inquietos, hábiles, —continuó. —La gente decía entonces, y era verdad, que los macuaces eran los que apoyaban a Barron, a don Eustaquio Barron chico, el hijo del inglés que hace poco le vendió a Aguirre, aquel inglés que tenía comercios en Tepic, en San Blas y en Mazatlán, donde se vendían sedas chinas y loza, y que luego tuvo minas en las Californias y en Sonora, y compraba perlas y maderas en San Lucas, para venderlas en Europa, y que prestaba dinero y tenía casas y propiedades en el mero centro de Guadalajara... (5)

—Pero don Urbano, —lo atajó Híjar en su ennumeración del poder de Barron, —de tan rico que era, ni modo que no ganara la elección municipal...

Don Urbano replicó:

—¡Ah, qué doctorcito! Pues si por eso estaban los changos. Es que los changos eran los de la Casa Castaños. Esta familia tenía sus principales negocios en Guadalajara, y comerciaba con México y sus importaciones venían más bien de Veracruz, o sea que eran españolas. Castaños puso fábricas textiles, y un ingenio de azúcar, el ingenio de Puga, que luego se lo quedó Barron, pero ese es otro cuento... Con Castaños estaban los Gómez Cuervo, los Ramírez, que tenían y tienen fincas y potreros y muchas fábricas y comercios. El mismo Aguirre era de los changos.

—¿Y quién ganó en esa elección?, preguntó nuevamente.

—Páreceme que ganó el candidato de los changos... Pero eso no importa, porque luego hubo el levantamiento contra la Constitución del cincuenta y siete, y las autoridades municipales servían para un carambas. A fuerza las querían mangonear los nuevos jefes, —dijo el comisario. —Los dos grupos querían controlar sobre todo las aduanas. De todos ellos se decía que contrabandean plata y de la compañía de Barron se dijo siempre que manejaba a Lozada. (6)

—Sí, eso yo también lo había oído, —repuso el médico.

—Pero además, doctorcito, por aquí nos gusta mucho ponerle nombres a los grupos políticos. En Ixtlán, déjeme contarle, llamaban a los criollos los "hueveros", y en la cabecera del municipio se enfrentaban con los de Ahuacatlán, que les decían los "omblicos dulces" (7), —dijo don Urbano y soltó una carcajada,

mostrando sus sanos y parejos dientes, réplica de una blanca mazorca de maíz.

+++++

El coronel Ramón Corona, acompañado de una escolta de unos cuarenta dragones, regresaba de Guadalajara a Tepic luego de haber precisado con el gobernador Ogazón las condiciones en que una fuerza de soldados republicanos se trasladaría al oriente del país para sumarse a las fuerzas que intentaban frenar la embestida de los franceses, detenidos todavía en Puebla. El ya reconocido oficial, a pesar de sus apenas veinticuatro años, llevaba instrucciones para organizar la marcha de la Sección de Tepic bajo su mando, hacia el centro de México.

En la mañana del 30 de mayo de 1862. El cinco de ese mes el general Zaragoza había derrotado a sus enemigos en los campos de Puebla y esa noticia era un gran motivo para que los republicanos jaliscienses quisieran apresurar sus movimientos hacia el interior; sumarse a aquellos patriotas sería un privilegio.

La época de lluvias estaba ya encima y los días tenían que aprovecharse. Luego, los torrentes de agua que bajaban de las montañas y las tempestades del cielo convertirían a varios ríos de la región en barreras infanqueables y a los caminos en gigantescas culebras de lodo, por donde sería imposible el tránsito de hombres y bestias, y ni pensar siquiera en carros o convoyes de acémilas.

Corona era muy alto, delgado, con bigote oscuro muy bien cuidado. Vestía un traje negro al estilo de los rancheros, bufanda de lino y sombrero de ala ancha de piel de conejo. Montado sobre un resistente alazán, abría la marcha al lado de su comandante Angel Martínez, del batallón "Lanceros de Ixtlán". Sus pensamientos iban del cálculo de los bastimentos que todavía necesitaba para equipar a sus tropas, a la pérdida de los ranchos que habían adquirido su tío Loreto Corona y él mismo, y que habían perdido cuando Lozada y los conservadores se habían restituido en Tepic, a pesar del triunfo a nivel nacional de los defensores de la Reforma. Un litigio que no llegaba a solución.

La caravana de jinetes marchaba al paso por el viejo camino real, un camino trazado hacía más de dos siglos y que no había recibido ningún mantenimiento en décadas, como todos los caminos mexicanos de entonces. La dañada pavimentación de piedras de río en muchas partes más bien obstaculizaba el paso de las bestias, porque desprendidas formaban hoyancos. (8)

Al llegar a Ixtlán, el coronel recibió un extraordinario de su amigo Juan B. Sepúlveda, administrador de la aduana terrestre de Santiago.

Ramón Corona, sin bajar siquiera del caballo, quitó el sello al mensaje y lo leyó.

Se trataba de una advertencia de que su vida corría un riesgo casi inevitable.

Septúlveda le suplicaba que regresara a Guadalajara.

Pero Corona tenía apuro. Acostumbrado ya a los riesgos, el militar pensó que no es posible planear cada paso de la vida y siguió adelante.

Sabía, porque de ida hacia Guadalajara ya había escapado a un atentado, que para Manuel Lozada se había convertido en un aborrecible enemigo. Nada ocurre gratuitamente. Corona, a su vez, había sido uno de los perseguidores más tenaces del "Tigre de Alica", precisamente en la campaña que en esa sierra se había llevado a cabo el año anterior, junto con el guerrillero y también famoso bandido Antonio Rojas y Anacleto Herrera y Cairo, una campaña con las órdenes de extinguir los pueblos de San Luis, lugar de nacimiento del cacique mestizo, además de Tequexpan y Pochotitlán. (9)

Pero Lozada había sabido enfrentarlos, teniendo a su lado a los belicosos indios que como fantasmas atacaban a los soldados republicanos en cada pliegue del rocoso terreno. Arrojando grandes piedras desde las inaccesibles alturas, protegidos por su padre el sol e inundando de flechazos a sus enemigos a los que muchas veces dejaron sin provisiones de boca, los indios semidesnudos habían parado la ofensiva en su contra y Ogazón, que había querido exterminarlos les había ofrecido entonces un acuerdo de paz. La presencia de los franceses lo indujo a ello. Ogazón y Lozada firmaron los Tratados de Pochotitán.

Corona no sabía que Lozada se aprestaba a desconocer esos acuerdos. La noche siguiente a la marcha del coronel Ramón Corona, que pronto sería cortada, Lozada enviaría mensajeros a los pueblos tepiqueños para proclamar el fin de la tregua.

Poseído por la idea de concluir los arreglos para ponerse pronto en marcha para Puebla, Ramón Corona continuó su camino.

La comitiva pasó por Ahuacatlán y en un punto llamado El Marquesado, al comienzo del peñascoso sendero que forman las lavas del volcán El Ceboruco hicieron un alto para almorzar. (10)

Habían salido de Guadalajara al despuntar el día y sin preparar fuego, a la sombra de dos gigantes guanacaxtles que crecían casi juntos, los soldados se aprestaban a comer tortillas y queso y tal vez a fumar un cigarro. A lo lejos se divisaban algunos indios que parecían andar cuidando ganado. El receso tomó sólo unos minutos y los hombres retomaron su ruta.

El Ceboruco de cuando en cuando dejaba escapar fumarolas de sus varios cráteres. No engañaba a nadie porque su grandiosa belleza lucía el poderío de la naturaleza. No es como otros paisajes que provocan a los espíritus tranquilidad y calma, sino que, sin ser una vista siniestra, se dejaba ver como un prólogo de la Sierra Madre, y mostraba abiertamente lo agreste de las montañas que continúan hacia el norte.

El camino que seguían Corona y su gente se adentró por un cañón de unos cinco metros de ancho. Las herraduras de la media centena de caballos daban forma a una cascada de percusiones que encontraba eco en las altas paredes de piedra del cañón, tan altas que a esa hora de la mañana la sombra del lado derecho oscurecía todo el paso. El sendero hacía una curva y los soldados intuían ya lo que iba a ocurrir. La escenografía era la adecuada.

Cuando la vanguardia de la gente de Corona se hallaba a pocas varas del final del estrecho, recibieron una descarga de fusilería que les confirmó la celada.

Al frente, una trinchera de piedra obstruía el paso y tras de ella estaba una fuerza lozadista que había iniciado los disparos. De lo alto de las paredes llovían piedras y balas y la retaguardia fue cubierta por un grupo de caballería que apareció de pronto. La sorpresa en la guerra siempre tiene una untadita de miedo, que los causantes pueden aprovechar.

Rodeados completamente por una indιάda, los jinetes de Corona se sentían batidos incluso desde el suelo. Entre los truenos de las armas, los relinchos los gritos, los bramidos, los alaridos, los rugidos, las vociferaciones y las quejas que se desplomaron en un instante sobre el terreno de batalla, Corona mandó contra-marchar para cargar sobre la caballería enemiga:

—¡A machetear a esos!

Martínez, el comandante de la escolta, también ordenó:

—¡Vénganse contra los de esta orilla!

Sin corneta, sólo con la coordinación del grupo de hombres que han pelado juntos, los liberales dieron vuelta sobre sus perseguidores y se abrieron paso por la izquierda del pasillo de piedra.

Los que han combatido teniendo a la vista a sus enemigos saben que la lucha es distinta si se pelea de frente una fuerza contra la otra o si un bando es perseguido o acorralado por el otro.

En el primer caso, la valentía tiene de respaldo la ventaja material y la habilidad de los jefes. En el segundo, si los perseguidos o acorralados de pronto se dan media vuelta y enfrentan a sus perseguidores, durante un instante éstos se percatan de que una furia especial se presenta en el campo de batalla... No se trata simplemente de pelear una victoria, sino de una defensa directa de la vida y eso da un coraje especial. Corona lo experimentó más de una vez en su vida de soldado y en esa ocasión, ante la reacción de su gente, aprovechó ese instante.

Pero una docena de los esperanzados hombres que querían llegar a Tepic supieron que su última comida había sido el austero almuerzo de tortillas de pocos minutos antes, frenados por los machetazos y balas enemigos.

Los indios, descalzos todos, algunos apenas vestidos con taparrabos, pero bien

montados en sus cuacos, también gritaban en su lengua a los chinacos:

—¡Ipiyapan! ¡Ipiyapan malero!, —y descargaban sobre las cabezas de sus enemigos formidables paños y golpes de machete.

Los prófugos que lograron traspasar la barrera de las armas de los lozadistas se apoderaron de una mal delineada vereda que los condujo a una barranca. Bajaron la pendiente. Seguidos de cerca por el doble o el triple de su número, forzando a sus caballos en la carrera llegaron a un río al fondo de la quebrada. Cuando intentaban cruzarlo, Ramón Corona recibió un balazo en la cabeza.

NOTAS Capítulo 1

1 Este pasaje se refiere a un hecho real, sucedido en el pueblo de Jaliaco en el cantón de Nayarit; cambió el sitio a Acaponeta, para no crear confusión entre el nombre de la población y el del Estado. El nombre del comisario es ficticio, porque en el informe citado no aparece. Informe al Gobernador de Jalisco. AHJ, Fondo Gobernación, asunto Seguridad Pública, año 1862, Ja/56.

2 Acta levantada en San Luis desconociendo los Tratados de Pochotitlán. Proclama de Manuel Lozada a sus Compatriotas. AGN, Gobernación, 1620, junio de 1862.

3 Carta del prefecto Ignacio Suárez al gobernador Ogazón. AHJ, Fondo Gobernación, asunto Seguridad Pública, 12 de agosto de 1861.

4 José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, 1874, p. 84.

5 Jean Meyer, "La Casa Barron, Forbes y Compañía: formación y desarrollo de una empresa en México en el Siglo XIX", *Esperando a Lozada*, 1989, pp. 207 a 230.

6 Jean Meyer, *La tierra de Manuel Lozada*, p. 360.

7 Jean Meyer, "Ixtlán de Buenos Aires, 1858: trilogía documental", en *Esperando a Lozada*, p. 200.

8 Albert Evans, *Our sister Republic, a gala trip through tropical México in 1869*, Columbian book Co., 1870, p. 73.

9 José María Muriá y Pedro López González, *Nayarit: del séptimo cantón al estado libre y soberano*, 1990, pp. 11 y 12.

10. Vigil e Híjar y Haro, *Op. cit.*, pp. 94 y sig.

Capítulo 2

BANDIDOS Y FACCIÓNES

Don Urbano se encontraba en una cenaduría en Tepic tras haber concertado la venta de un cargamento de arreos para caballería: fustes, frenos, riendas, espuelas y algunas sillas. Aunque ciertamente el negocio le había sido muy beneficioso, la verdad era que andaba hurgando en la situación militar creada por el levantamiento lozadista.

Don Urbano había recibido el encargo a través del teniente coronel Bibiano Dávalos, otro de los jefes republicanos que acababan de abandonar la ciudad recién ocupada por las huestes de indios, jefaturados por Lozada en persona.

El patrón de la cenaduría, que también funcionaba como mesón, felicitó a don Urbano por haber logrado la venta a pesar de estar muy fresca cruenta batalla. No hubiera sido extraño verse despojado de sus prendas por cualquiera de los bandos que continuaban el combate, no obstante el avasallador avance de Lozada, ya que la fuerza liberal, aunque muy mermada, resistía en Santiago Ixcuintla.

—Sí, señor, ahora que los tiliches los guarde y los use el hacendado de Portillo... Yo nomás tengo cuidado de las mulas... Dios mediante regresaré con bien, —dijo el ahora comerciante.

—A qué don Urbano, usted que se ispone en estos tiempos, —comentó el patrón del mesón, que compartía con su huésped un buen mezcalito que daba calor al cuerpo para olvidar el bochorno de la noche veraniega. —Si no le han quitao los animales los lozadistas estos, se lo han de quitar los rojos, y si no, no faltará bandido en el camino que se le adelante... No sé cómo vino a dar ahora con sus recuas y sus carros. Mejor se había de quedar aunque juera unos dillitas.

—A lo mejor tiene razón, patrón, —respondió don Urbano, que comprendía el riesgo de andar por esos caminos del señor, acompañado nadamás de dos muchachos que arreaban el convoy de carros. —A lo mejor me quedo en Tepic.

En Santiago, apenas don Urbano se restableció de sus males, el moreno y joven teniente coronel Bibiano Dávalos lo mandó llamar. Le dijo la importancia de los servicios de un informante en momentos en que la patria era invadida por los franceses y los indios levantaban la pacificación.

Don Urbano, como comisario de la cofradía de su pueblo, no era nuevo en los asuntos comerciales. No tendría trabajo en establecer contactos y buscar los productos que podría realizar con éxito, si no perdía sus cargamento en el camino. Además, la cofradía tenía años entre que si existía o no existía. Hasta que se aplicaron las leyes de desamortización, la cofradía, con la guía más de nombre que de verdad de la parroquia, rentó terrenos y compró ganado; luego los fundos de la corporación fueron denunciados como baldíos y el que pudo compró o hizo la lucha por comprar las tierras.

Entre expulsiones y guerras, lo cierto era que en los últimos años no había producido ni para el consumo y el título de comisario lo tenía de adorno.

Don Urbano aceptó. Concertó con don Bibiano asumir el trabajo de un pacífico arriero. Al fin que en la guerra la gente también come.

La cenaduría estaba llena de algunos jefes lozadistas. Dos mujeres con faldas de percal y cintas de estambre amarrando sus trenzas servían tejuino y atole xoshco, atole de maíz agrio, con los que los parroquianos, acucillados en el suelo, completaban su yantar de tamales de ceniza y longaniza frita que servían con montones de chiles torendos y gordas que otras dos mujeres, hincadas sobre sus metates, echaban sobre un comal de barro. Esa comida era un manjar para los que estaban acostumbrados a andar semanas enteras por la sierra comiendo solamente pinole, raíces y agua de sus bules. (1)

Urbano procuraba escuchar y era cuidadoso con lo que decía.

A la mesita que ocupaba se acercó uno de los lozadistas. Era un mestizo moreno, enjuto, que vestía mitad como indígena, mitad como catrín. En una mano llevaba un sombrero charro con adornos plateados, y en la otra una botella de mezcal.

—Oiga, —dijo dirigiéndose a don Urbano, —a que no le han salido en el camino los mentaos bandios.

Don Urbano alzó la vista.

—No, y espero en Dios que no me salgan... Quiero llevar mezcal a Rosa Morada y traerme de allá algo de pescado. ¿Piensa usted que haya problema?, —preguntó el arriero con doble intención.

—Ah, ¡adivinar! Yo cabilo que no, porque las mulas se quieren para los movimientos muy largos, o llevar cargamento muy grande. Orita no crioqui se requiera, —expuso el lozadeño que tomó asiento y bebió de su botella.

—¡Que se vuelva enjundial!, —brindó el patrón del mesón.

—A la salud de mi general Lozada, —agregó el de la botella dando un gran trago. —Está gueno este mezcalito, —añadió.

—¿Pero no se ha sabido de gavillas por el rumbo de Acaponeta, o de Rosa Morada?, —interrogó el arriero.

—Saber, saber, pa qué le digo, mi amigo: no. Pero ya sabe usted que por todos laos andan grupos. Que si el "Colimilla", que si Aedo, que si el "Perrucho", que si el "Pata de Palo", que si sabe el diablo cuántos... Agrégele usted a los bandidos que andan con los rojos, como ese Antonio Rojas, o la "Simona Gutiérrez".

—Crioque Rojas anda más bien por el sur, casi casi en Michoacán, (2) —agregó

el mesonero, que como todo el mundo en esa época sabía al dedillo los decires de las acciones militares y no decía una palabra sobre la fama de bandidos de los lozadistas. —Y también parece que los otros bandoleros están por esos rumbos, cercas de Guadalajara, (3)—agregó.

—Pus más le vale a Rojas que se quede por allá. Si acá regresa, nosotros no vamos a dar la noticia falsa de que lo quebramos, como él dijo de mi general Lozada. Nosotros sí nos lo echamos por ésta, —amenazó el lozadista besando una cruz formada con su mano.

—Ah, qué Antonio Rojas, con sus hacheros, siempre ha dado qué decir, —dijo don Urbano trasluciendo su inconformidad con la presencia en las filas liberales de guerrilleros-bandoleros, como Rojas o "La Simona", el famoso Simón Gutiérrez.

—Sí cierto, don Urbano, —agregó el mesonero. —¿Se acuerda usted de las conductas de plata de los ingleses?, esas que Degollado tuvo que devolver al cónsul Barron. —Don Urbano asentía moviendo entre las manos su vaso vacío, mientras el lozadista alertaba su atención. —Don Santos Degollado le reclamó al hachero que se había puesto fuera de la ley, —agregó. —Rojas le contestó entonces: "ay, don Santitos, ¿y cuándo he estado dentro de la ley?".

+++++

Como el coronel Ramón Corona había visto muchas veces los sufrimientos que pasaban los heridos en las guerras, repetidamente había rogado a Dios que si le tocaba una bala, ésta le diera en la cabeza, para morir de pronto, antes que pasar por los suplicios que había presenciado.

Cuando huía del Ceboruco y se sintió herido en la cabeza e inmediatamente bañado en sangre, lo primero que pensó fue que sus súplicas habían sido escuchadas y se arrepintió de lo que había pedido. (4).

Pero la bala que lo hirió dió precisamente en la grampa de su sombrero. Ante ese obstáculo se desvió, siguiendo la curvatura superior del cráneo sin penetrar, por lo que la herida fue sólo superficial.

El comandante Martínez, con los sobrevivientes de la escolta de Corona, ocupó la retaguardia de los hombres que huían y sostuvo el fuego sobre el enemigo, mientras Corona, extraviando el camino con unos cuantos de sus hombres, logró liberarse de la persecución que se les hacía.

Andando todo el día y parte de la noche, llegaron al rancho *El Conchal*, cercano a Compostela. Ahí recibió la noticia de que Tepic era atacado por el mismo Lozada. (5)

Días antes, en el rancho, habían circulado rumores de que los indios se preparaban a romper los pactos de paz.

Varios vecinos habían estado en Compostela y ahí se habían enterado de las asechanzas preparadas contra Corona en El Ceboruco, más otras que otra fuerza lozadista tenía previstas en otro punto del camino por donde debía pasar, por si el militar escapaba a la primera.

Al día siguiente, a pesar de la herida, Corona tomó por la costa de Chila, yendo a pernoctar a un rancho del capitán José Patrón, que en otro tiempo había pertenecido a sus fuerzas.

—Mi coronel, ya mandé exploradores y un correo a Compostela. De inmediato tendremos razón de lo cierto en Tepi, —dijo, ofreciendo su hospitalidad a sus compañeros.

—Ya ves, Patrón, tú y yo estábamos en lo cierto. "El Tigre" no se iba a estar mucho tiempo en su cueva, —dijo Corona, quien todavía no sabía del pronunciamiento en que Lozada desconocía los tratados de Pochotitlán, los tratados de paz que lo mantuvieron calmado menos de cuatro meses.

Los exploradores de Patrón volvieron con pésimas noticias: era preciso que emprendieran la marcha de inmediato; los lozadeños se encontraban en una rancharía cercana y estaban informados del camino que llevaban.

Por terrenos inaccesibles, por caminos extraviados, Corona y sus compañeros, en comunicación con los exploradores de Patrón, se dirigieron a Jalcoctan, población ubicada a unas siete leguas de Tepic. En el camino fueron informados de que el enemigo había contramarchado.

En Jalcoctán se confirmó que el jefe de la Alica se había echado sobre la guarnición de Tepic y había causado un descalabro de consideración. (6)

Un descalabro que significó la pérdida de esa posición.

La noticia del pronunciamiento de Lozada había coincidido con su aparición sobre las lomas de la Cruz, alturas que dominan al occidente de la ciudad.

Un día antes había ocurrido la emboscada en el Ceboruco y la madrugada de ese día los heraldos lozadistas habían difundido en varios pueblos la proclama que desconocía el tratado, como en Acaponeta con Don Urbano. Lozada actuaba prestamente.

Desde las lomas de la Cruz se observaba el trazo recto de las calles tepiqueñas y la amplia Plaza Mayor al centro de la población. (7)

La plaza, enmarcada en la casi totalidad de sus cuatro lados por amplios portales con arcos de aristas biseladas, tenía en su lado oriente el templo parroquial, todavía sin terminar. Junto a esta parroquia, la capilla de Dolores cobijaba a la figura de la patrona de la ciudad.

En ese mismo lado de la plaza también se ubicaba el edificio de gobierno, mien-

tras en el lado poniente estaba la cárcel y en contraesquina el interesante edificio clásico del Hotel de la Bola de Oro, donde en los intersticios entre las guerras se expendía hielo y nieve.

Al centro de la plaza, un bello jardín que lucía una sencilla fuente de piedra al centro, una fuente redonda con cuatro delines de cantera que servían de vertederos ya que por sus bocas salían chorros de agua, de esa deliciosa agua tepiqueña que por tubería de barro se canalizaba desde la caja del agua hasta la fuente.

Algunas bancas de mampostería encuadraban el sitio sombreado por fresnos y unas farolas de aceite de precioso diseño iluminaban, aunque escasamente, la hermosa plaza de Tepic.

En las tiendas, como la Mercería Alemana, o la tienda de los hermanos Menchaca, al igual que las casas que crecían a lo largo de las calles hacia las afueras de la ciudad, las personas permanecían encerradas, olvidadas ya de los arcos de flores y las guirnaldas con que pocas semanas antes habían recibido a Lozada quien, de la mano del jefe sinaloense Plácido Vega, había festejado sus tratados de paz.

El teniente coronel Bibiano Dávalos, al mando de doscientos hombres de la sección de Tepic, y apoyado por una fuerza igual del segundo batallón de Sinaloa, marchó a enfrentar a Lozada. Supuestamente tendría respaldo de otro de los batallones de Sinaloa. Sin embargo, éste último no disparó ni un tiro y se retiró por el camino de San Blas.

Las fuerzas republicanas se dispersaron y muchos de sus integrantes cayeron prisioneros. Lozada quedó en poder de la artillería y de otros materiales de guerra que con grandes trabajos se habían acumulado para las fuerzas que partirían para Puebla.

Con los prisioneros, Lozada manifestó una actitud diversa: los que pertenecían a las fuerzas de Tepic, las fuerzas del coronel Corona, fueron inmediatamente pasados por las armas; los de Sinaloa salvaron la vida.

Cuando Ramón Corona tuvo estos informes, comprendió que no iría a combatir al centro del país. Primero tenía que resolverse, de un modo u otro, la situación en Jalisco.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Sr. Don Esteban Corona, San Francisco de las Californias.

Querido padre:

Espero que ésta lo encuentre bien de salud.

De aquí, puedo decirle que mi hermana y mi tía están bien y seguras, aunque salieron de Tepic por el nuevo levantamiento de Lozada. Me hubiera gustado no haber sabido siempre que no era cierta su pacificación.

La proclama en la que desconoce los tratados de paz alega que no se cumplieron los compromisos de Ogazón de que el nombramiento de las autoridades en el Cantón iba a recaer en personas que no hubieran tenido antecedentes en el conflicto anterior.

Pero lo peor es que refiere una versión acerca de que en San Francisco el coronel americano Miller está haciendo una reunión de filibusteros para que ellos controlen la sierra de Alica, a solicitud y expensas de Ogazón, y que ya están listos 500 hombres.

Nosotros, en la sierra y de acá para allá, no hemos confirmado si es verdad esto. Le agradecería, padre, me remitiera la información para saber en qué situación me nuevo.

También le agradecería me mande decir cuándo y por dónde será posible embarcar los rifles Enfield que Luisito compró en su viaje anterior; no sabe usted la falta que nos hacen. Estoy viendo venir que la guerra va a ser muy larga, por sí los gabachos logran pasar de Puebla. Pero usted tenía razón. Soy muy terco. No es por la carne de mula que muchas veces hemos tenido que comer, sino porque así tienen que ser las cosas. Lo que no se permite, no se permite.

Aunque muchas veces no hemos tenido rifles, los machetes y las lanzas no nos han faltado. Pero no se compara nada a pelear con una buena artillería y con todos los hombres enfilados y municionados. Ya no pido revólveres o rifles de percusión. Me conformo con armas de chispa.

Como eso hace mucho que no se nos da, nos ayudó mucho lo que nos dijo del árbol hinchahuevos. Aunque se nos puso malo un indio de Huajicori que preparó la corteza. Hubiera usted visto a los lozadistas al día siguiente en que se acercaron al arroyo en que la echamos: todo un batallón patizambo. La piel quemada tampoco fue para menos. A nosotros, ya nos tocó que en Alica una noche los alacranes nos acabaron a la mitad, y esos animalitos no se amontonaron solos en el cerro. Los que nos salvamos fue porque Dios nos protegió, como a mí me sigue

protegiendo, y mi madre, desde el cielo, no le quepa duda.

También nos han servido mucho los periódicos americanos que nos mandó. Las noticias de los ingleses y españoles nos llegaron antes por ese medio que desde Veracruz.

Quisiera preguntarle si por fin lo esperamos de vuelta. No es el mejor tiempo, pero usted hace mucha falta a la causa y a mi hermana, más que a nadie. Lo del rancho *El Armadillo* otra vez está perdido, pero si la ley se impone, como sucederá por fuerza, lo hemos de recuperar. Mi tío Loreto tampoco puede estar pendiente de estas cuestiones, aunque gracias a Dios no faltan amigos en los que descargo mi confianza para esas cuestiones de familia, pero nadie mejor que usted para estar al tanto de todo.

Ahora mismo siento que en muchos meses no tendremos sosiego y me estoy preparando para ello. Con toda confianza, como siempre, puede responderme con Luis, que no tardará en volver por estas tierras. Le mando un abrazo,

Su hijo que lo quiere

Ramón.

Ramón Corona. Santiago Ixcuintla, Tepic, 4 de junio de 1862.

+++++

Reuniendo a los dispersos de Tepic y levantando en armas a otros partidarios, Ramón Corona logró rehacer su fuerza durante los siguientes meses y sentó su centro de operaciones en Santiago. No sólo la rehizo, sino que la aumentó hasta dos mil quinientos hombres y decidió ascenderla de sección a la categoría de brigada.

Ese año atacó Tepic tres veces y una de ellas, en octubre de 1862, estuvo a punto de tomarla. Pero sus enemigos se hicieron fuertes en la iglesia y de ahí no fue posible sacarlos.

Después de esta última batalla, la situación de las fuerzas de Corona era extremadamente precaria, pues no tenía ni los elementos necesarios para atender a los heridos. (8)

Debía reportar sus actividades a los gobernadores de Jalisco y de Sinaloa. Al primero, porque Tepic pertenecía a ese Estado y al segundo porque las fuerzas militares de occidente debían coordinarse, según órdenes superiores, en el plan de marchar hacia el oriente a combatir a los franceses, Jalisco debía mandar un número de hombres representando su contribución y la de Sinaloa, en tanto que

este Estado se aprestaba a defender la costa del Pacífico, en la eventualidad de un ataque a México por ese litoral.

Ese había sido el plan, que evidentemente cambió con el pronunciamiento de Lozada. Las nuevas órdenes recibidas ponían a Corona en coordinación con el general don Plácido Vega, gobernador y jefe militar que tenía su sede en Mazatlán.

Del gobernador de Jalisco no podían esperarse auxilios, porque en casi todos los departamentos el bandidaje le había obligado a emplear todos los recursos. Pero don Plácido Vega envió una respuesta sorprendente: resolvió que no mandaría ningún auxilio argumentando que él no había ordenado el movimiento sobre Tepic.

Para entonces los soldados de Corona hacían sus propias balas con pedazos de hierro a fuerza de martillo y hubo casos en que usaran piedras como proyectiles de sus mosquetes.

Sin pólvora, sin plomo, sin dinero, sin poder recurrir más a contribuciones de los pueblos adictos y no adictos —porque ya se habían consumido sus semillas, sus ganados, sus caballos— quedaban muchas veces sin otra posibilidad que la de combatir con armas blancas, porque la inacción, consideraba Corona, era un mal desgastante. Y esto ocurría cuando la autoridad en Sinaloa tenía a su disposición los ingresos de la aduana de Mazatlán.

Ramón Corona envió al teniente coronel Bibiano Dávalos y a don Francisco Sepúlveda cerca del gobernador Vega en un renovado intento de conseguir recursos. Pero don Plácido no dió su brazo a torcer; se mantuvo en su negativa.

Don Bibiano y don Francisco llevaban indicaciones precisas de recurrir a los oficiales de las fuerzas de Sinaloa, a quienes pidieron en calidad de préstamo una parte de sus haberes personales. Pero aquí tampoco tuvieron resultado favorable.

Entonces ejecutaron la siguiente parte de sus instrucciones.

El teniente coronel Bibiano Dávalos se entrevistó con el comandante don Jesús Toledo, que mandaba una de las fuerzas de Sinaloa. A él el propio don Plácido estuvo a punto de fusilarlo y, por ello, había expresado en más de una ocasión que sería el primero en colaborar en derrocar a la administración de Vega.

—Vea usted, comandante, —dijo don Bibiano, —los franceses asedian a Puebla y todos los pueblos gritan que están al borde del abismo; el país entero llama a nuestra conciencia, pero estamos como el enfermo en vísperas de su muerte.

—¿Y qué podríamos hacer, don Bibiano? —preguntó Toledo, mirando a su amigo de otros tiempos.

—Me parece que la única salida que tenemos es deponer a Vega, asunto en el que usted tendría un papel principal para poner sobre aviso a los jefes que estuvieran de acuerdo, —expuso el teniente coronel.

La entrevista se desarrollaba en el cuarto del hotel en Mazatlán que ocupaban Dávalos y Sepúlveda. Este último hacía guardia en la entrada de la habitación, acompañado de dos señoras que daban pretexto para la estancia del militar y el administrador en el cuarto a media mañana.

El comandante Toledo alzó las cejas mientras parecía repasar mentalmente con cuántos de los oficiales podría contar.

Bibiano Dávalos abundó en sus argumentos:

—El momento es crítico, comandante. Comprendo que le estoy proponiendo desconocer a una autoridad que mal que bien ha sido concedida por el gobierno supremo, pero nosotros sabremos explicar ante el mismo presidente por qué adoptamos esta medida extrema. ¡No quiero ni pensar qué pasaría si los franceses avanzan hacia el interior del país, o si se presentan por mar frente a Jalisco o Sinaloa!

—Don Bibiano, por mí pueden contar para todo y el coronel Corona puede ordenar sobre mis fuerzas. Pero me parece prudente ver cuál es la postura de los demás oficiales, antes de actuar, —repuso Toledo.

—Dice usted bien, don Jesús —dijo el teniente coronel. Pero recuerde que todos nuestros compañeros ya están bien al tanto de la miseria en que don Plácido nos mantiene a la sección de Tepic, y hasta algunos han comentado su connivencia con Lozada.

—Sí don Bibiano, muchos expresamos nuestra inconformidad por el trato que le dió en febrero cuando se firmaron los tratados aquellos —dijo Toledo torciendo la boca en un gesto de desprecio; que si el general don Manuel para acá, que si los festejos y los bailes para allá. Don Plácido y Lozada se entendieron desde entonces, no le quepa duda.

—¿Entonces, comandante?

—¿Le parece a usted bien que yo vea cómo se pronuncian los otros jefes de la brigada de Sinaloa y que nos entrevistemos nuevamente aquí a las oraciones?

—Me parece bien, —contestó Bibiano Dávalos.

El comandante Toledo se despidió y el teniente Coronel Dávalos hizo pasar a Sepúlveda y a sus acompañantes. La reunión nocturna ya no se realizó porque don Bibiano fue detenido por órdenes de don Plácido Vega. Don Francisco Sepúlveda evitó la aprehensión ocultándose en una casa consular de las varias que había en el puerto.

Preso en el cuartel de artillería, Dávalos entendió que Toledo había referido a Vega el intento. Evidentemente sería sujeto a juicio y su vida peligraba.

Durante los días de esa desgraciada prisión, Dávalos tuvo la protección de va-

rias damas, amigas suyas, que entre otras medidas , establecieron un sistema para observar día y noche el cuartel donde se hayaba encarcelado. Doña Amada Sánchez, doña María Pantoja de Merino y sus hijas las señoritas Dolores y Guadalupe, así como la señorita Carlota Cosío, estuvieron pendientes de si había cualquier movimiento que amenazara la vida del teniente coronel, y tenían el propósito de impedirlo.

A la segunda noche de su encarcelamiento, un ayudante del general Lamberg, segundo de Vega, se presentó al prisionero diciendo que dicho señor quería entrevistarse con Dávalos. Este contestó que con gusto asistiría a esa reunión, siempre que concurrieran también dos personas respetables, como don Ignacio Cruz, el presidente del Tribunal de Justicia del Estado, y el coronel Jesús García Morales, formalmente gobernador.

La noche siguiente se verificó la reunión en la que Lamberg interrogó al detenido acerca de las motivaciones de su conducta.

Bibiano Dávalos expuso en detalle la situación por la que atravesaba la sección de Tepic y las consideraciones de los futuros movimientos militares que seguramente habrían de realizarse, en vista de los acontecimientos nacionales.

Lamberg aseguró a Dávalos que informaría a la autoridad superior y prometió solemnemente no permitir el fusilamiento del teniente coronel tepiqueño.

Al mismo tiempo, Corona había enviado a Guadalajara a don Juan Sepúlveda, hermano de don Francisco, con el objeto de poner en conocimiento de la autoridad los acontecimientos que se suscitaban.

Pocos días después, Juan Sepúlveda regresó al centro de operaciones de Corona, trayendo consigo una carta de Manuel Doblado, que a la sazón había asumido la gubernatura de Jalisco y la jefatura de las fuerzas republicanas en el occidente.

Dicha carta, junto a elogios a la conducta que como militar y patriota había asumido Corona, establecía instrucciones para el administrador de la aduana de Mazatlán para que suministrara a la brigada de Tepic todos los haberes que requiriera, y una copia de otra misiva enviada a Vega, en términos bastante severos, extrañando su conducta y mandándole que inmediatamente saliera de Mazatlán con sus fuerzas hacia el oriente, en donde debía hayarse hacia mucho tiempo, conforme a las órdenes superiores que se le tenían dadas.

Sepúlveda llevaba además el despacho de general de brigada, conferido a Ramón Corona.

NOTAS Capítulo 2

1 La descripción de la cenadería y algunos giros del lenguaje están inspirados principalmente en las que escribió Victoriano Salado Álvarez en sus *Episodios Nacionales*, fundamentalmente el tomo VI, que tiene una parte dedicada a Corona. Las referencias a la comida están tomadas de varios pasajes de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frio*, y en particular del ensayo de Janet Long, "La comida como catalizador en *Los bandidos de Río Frio*, en *Históricas*, Boletín del III, UNAM, mayo-agosto 1990.

2 Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco*, vol. III, 1911, pp. 212 y sig.

3 Pérez Verdía, *Op. Cit.*, p. 194.

4 Vigil e Híjar y Haro, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 98 y sig.

6 *Idem*.

7 Noriega Robles, "Tepic durante 1880-1884, en Muria y González López, *Nayarit, del Séptimo Cantón al Estado libre y soberano*, t. 2, p. 162 a 164.

8 Vigil e Híjar y Haro. *Op. Cit.*, p. 111.

General Bibiano Dávalos



Capítulo 3

EL CHANTAJE A ANACLETO

De los llanos en que se asienta Guadalajara a la tierra caliente de Mazatlán, en Sinaloa, los arrieros continuaban realizando sus viajes llevando su pequeña tropa de mulas. También iban de Manzanillo o de San Blas. De la costa a la gran ciudad en la meseta, y de regreso.

Todo mundo sabía que tenían ojos y oídos para ver y oír, y los bandos que combatían buscaban hacerlos sus confidentes. También eran buscados por la gente sencilla para enterarse de las noticias, aunque éstas volaban por entre los montes y cruzaban los pantanos. ¡Cuántos viajeros presenciaban a su salida de un pueblo de la sierra un acontecimiento y al llegar a Guadalajara cuando la campana de la Catedral repicaba para anunciar las noticias recién llegadas, las viejas del mercado, las criadas que iban de compras, las beatas de las iglesias y los pordioseros ya estaban al tanto hasta de los más minuciosos detalles.

Don Urbano había pasado una y otra vez por su adorada Acaponeta, la ciudad de las gardenias, llevando siempre un hilo de perlas de San Lucas, o unos pendientes de coral de San Blas o dulces de Tepic para su amor y para sus amigos historias de corsarios, relatos sobre ofrendas de iguanas y danzas de los indios, y cuentos de santos de los pueblos por donde llevaba a sus mulas.

Repetidamente contó en las garitas de las ciudades, ante hombres que esperaban la apertura del tránsito, la leyenda del río Mololoa, que corre en la mesa de los Metates, en las goteras de Tepic y que lleva el nombre de una princesa cora de grandes ojos negros y larga cabellera, por cuyo amor pelearon dos valerosos caciques en un feroz combate; los dos murieron y mezclaron su sangre con la corriente del río.

En las sobremesas en los mesones platicaba la forma milagrosa en que la Virgen de la Candelaria de Huajicori apareció dentro de un enorme bote que flotaba en el río y de los miles de peregrinos que llegan a pagar mandas, y de los bailes de los indios en el atrio, mientras en las calles violines y vihuelas acompañan a los bailarines sobre la tarima del *mariachi*, rodeados del rico olor de puestos donde se vende birria, pozole, pescados sarandeados, asados sobre brazas de mangle, lo que les da su peculiar y delicioso sabor, y los puestos de mezcal, y el aire se llena de fuegos artificiales.

Causaba polémicas cuando relataba las leyendas que se decían sobre Manuel Lozada y la fascinación que causaba en los pueblos indios y mestizos, capaces de entregarle la vida, porque los había acompañado en sus miles ires y venires en los juzgados para que se les reconociera la propiedad de sus tierras.

Contaba que le contaron que cuando Lozada era niño un compadre de su tata, Mariles, lo mató para quitarle el dinero de la venta de un ganado y que el hijo vivió todo. A Lozada lo recogió su tío Gervasio Lozada. Contaba que otros le contaron que se decía que Mariles era de la Acordada, que había golpeado a la madre de Lozada porque no le quiso decir donde él había huido cuando era muchacho,

porque lo buscaban porque se había llevado a Doloritos, una muchacha de una hacienda. Contaba que le habían contado, también, que en una cueva —¡Ah, cómo idolatran a las cuevas los indios!— los dioses de los indios le dieron a Lozada fuerza y valor para vengarse y para liberar a sus hermanos indios; le dieron un caballo blanco y un machete que afiló en las piedras del cerro del Guaco, por allá por Guaynamota; que mató a Mariles y que huyó por los cerros, y que no lo se le ve cuando monta en su caballo blanco, y que tiene que pagar la promesa de liberar a sus hermanos indios y que por eso ha pagado a jueces, tinterillos y huizacheros para que les devuelvan a los pueblos sus tierras, que los hacendados les han arrebatado. Contaba que contaban que había una barranca de profundidad espantosa, adonde Lozada arrojaba a sus enemigos, cuando no los mataba en medio de torturas horribles, como despellejarles las plantas de los pies y obligarlos a caminar hasta que caían muertos de cansancio y dolor, o que los colgaba de la rama de una higuera debajo de una hoguera y entonces morían asfixiados o quemados.

Sus escuchas quedaban con ganas de oír el repique de las campanas de San Blas que saludan y despiden a los buques en el puerto, aquel puerto de donde partieron varias expediciones españolas en busca de la misteriosa Isla de la reina Calafia.

Dejaba boquiabiertos a los que lo oían cuando platicaba que en la costa no era raro que los caimanes se comieran a las lavanderas descuidadas, y que los campesinos se cobraran el mal gozando de las caimanas, que quedaban laxas e indefensas luego que se habían acoplado con sus machos.

Junto con el tabaco, el mezcal, los paños, las lozas y el azúcar que indistintamente transportaba en uno u otro viaje, llevaba muchas veces recados e informes a los jefes liberales.

Su aspecto había variado enormemente. Del formal ranchero que era hasta hacía pocos meses, se había convertido en un hombre muy bronceado y jovial, experimentado en la geografía que recorría, que traslucía las largas horas en que durante el viaje debía dedicar a pensar. Podía ser tomado por un chinaco con sus calzoneras de cuero de venado, sus botas duras y su chaqueta con adornos de plata, pero la necesidad de acercarse amistosamente a los lozadistas le había dado también una cinta bordada para la cabeza y un bule labrado para guardar el tabaco.

Ciertamente, su acercamiento era con los mestizos. Con los indios indios eso no era tan fácil. Estos eran más desconfiados que su abuela. Más los coras. ¡Esos coritas sí que eran el demonio! Con los huicholes podía uno entenderse más, hasta había algunas tribus del lado de la chinaca, aunque siempre había que irse con cuidado; nunca se sabía. Los indios son indios y generalmente mienten; o le dicen a uno que sí a todo, pero han de hacer todo lo contrario. Más que conocerlos, iba adivinándolos.

A pesar de las sorpresas que la época podía deparar a un viajero de por aquellas veredas —uno que otro colgado de las ramas que a veces no anunciaban los cuervos ni los zopilotes ni los queleles o el agobiante hedor de la carroña; alguna gavilla que si no era numerosa había que enfrentar a pistoletazos; eventuales alacranes o víboras bajo las piedras o entre el equipaje—, don Urbano estaba conforme, más que conforme, con su personalidad viajera, que le permitía engullir por los ojos tantos paisajes y gentes diferentes.

¡Cuántos de sus paisanos nunca habían visto ni verían en su vida el inacabable mar y las inacabables playas donde entre las olas los pescadores sacaban los grandes ostiones y en sus canoas llevaban camarones y pescados! ¡Cuántos jamás descubrirían el encanto de la caída de agua de Jumatán o la de Juannacatlán, ni escucharían repetidamente hasta casi poder entender las llamadas y reclamos y los rugidos de caza de pumas, jaguares y jabalíes, el canto y el vuelo de palomas, codornices, cornejas y garzas. ¡Cuántos en los días que les dió Dios no se estremecerían ante la vista del amontonamiento de las gigantes montañas de espesos bosques de pinos, encinas, fresnos, con laderas cubiertas de huizaches que las hacían intransitables, donde las veredas pasan entre peñazcales y al borde de profundos barrancos, para, después de vencer los montes, llegar a verdes valles donde se asientan rancherías y pueblos!

Con esas intensidades regaladas, Urbano se sentía compensado de las malas noticias que luego era portador. Ese día llevaba la novedad de que los franceses habían tomado Puebla y se esperaba su avance hacia la Ciudad de México.

Olvidó envolver la noticia con la mirada de colores que le ofrecía la pradera llena de flores y gritó mientras se ponían en marcha sus animales y sus mozos:

—¡Vamos!, ¡Ah ha haaaa!

++++

A pesar de las órdenes superiores, los auxilios materiales sólo llegaban a la Brigada de Tepic con cuentagotas.(1)

Hubo semanas enteras en que ninguno de los combatientes, ni los lozadistas ni los liberales, se movieron de sus posiciones, como si la atención a los acontecimientos de afuera del cantón y de afuera del Estado los hicieran examinar detenidamente sus pasos. Hubo otras en que los dos bandos ocupaban y desocupaban las rancherías y pequeños poblados a veces enfrentándose, a veces sin disparar un solo tiro, pero no hubo acciones definitivas. Manuel Lozada se mantenía en posiciones cercanas a la sierra de Alicia

y Corona basaba su sobrevivencia en la gran movilidad de su tropa.

Una madrugada, cuando la neblina todavía hacía invisibles a sus combatientes, Lozada tomó Santiago Ixcuintla, la que se había mantenido como base de operaciones de Ramón Corona.(2)

Este se esforzaba en esos días por organizar la guardia nacional y personalmente viajaba a varias de las poblaciones a organizar esos cuerpos. El día que los lozadistas cruzaron el río Santiago y tomaron su plaza, él se encontraba en esos menesteres en la rancharía La Puerta del Platanar.

Ante la acometida enemiga, varios cuerpos de la brigada se retiraron a diversos puntos del cantón, en contingentes aumentados por algunas familias que huyeron de los lozadistas.

Lozada ocupó Santiago por una semana y la población que se quedó sufrió el saqueo y la violencia; los que se fueron ni se preocuparon en guardar las propiedades que dejaron. Los indios se llevaron de la iglesia el crucifijo más venerado por la población y lo trasladaron en gran procesión a San Luis, la tierra de su jefe y cacique.

Después de esta derrota, el comandante Anacleto Correa, uno de los jefes de la dispersa brigada, quedó cortado con varias decenas de sus hombres en un palpar con varios civiles, incluyendo a su familia, y se vió sitiado por los lozadistas, jefaturados por Tapia.

Quince días más tarde, cuando el único alimento de los sitiados fueron raíces y frutas silvestres, se vió vencido cuando el enemigo quemó el bosque y el fuego se extendió a los jacales en que se encontraban los soldados, mujeres y niños.

Todos los soldados prisioneros que hicieron los lozadistas fueron ejecutados, menos Correa.

Anacleto Correa y los civiles fueron llevados a Santiago Ixcuintla.

En una troje, el comandante Correa fue llevado a conversar con 'l'apia, el jefe lozadista en la plaza tomada.

Frente a frente, los dos hombres, de pie, se medían con las miradas. Dos indios custodiaban a Correa y varios otros arreglaban plumas en sus flechas, sentados en cuchillas en el suelo. A pesar de la maltrecha figura del prisionero, atado de las manos con la correa de un rifle, ninguno de los dos dudaba de la dureza y valentía del otro, aunque cada uno considerara que las motivaciones de su enemigo eran profundamente equivocadas, interesadas y egoístas.

Tapia rompió el silencio que reinaba:

—Tu mujer y tu hija y tu vida, si matas a Corona.

Anacleto Correa se mantuvo callado. El boz que apenas oscurecía su cara alrededor de la boca tembló.

Tapia no dijo más nada durante los siguientes minutos. Luego lo interrogó alzando la barba.

Correa asintió con la cabeza.

Marchó en el acto al campo de los liberales. Los informantes lozadistas sabían que Ramón Corona se había dirigido al Rosario, cerca ya de Sinaloa. A Correa lo acompañaban dos soldados lozadistas que debían ser sus correos con Tapia, en Santiago.

Aquella noche en que llegó al campamento, Correa pidió entrevistarse con su jefe.

Los recuentos que hacían sus compañeros acerca de las bajas y la recuperación de los dispersos, las conversaciones alrededor de las fogatas en el corral en que se había instalado la mayoría de los hombres, las canciones y los comentarios sobre las noticias del interior del país, todo resbalaba sin penetrar en la atención de Anacleto, quien luego de solicitar la entrevista volvió a quedar mudo.

Corona recibió a su comandante en su alojamiento. Le estrechó la mano.

—¿Qué se ofrece, Anacleto?, —preguntó Corona al comandante que, sabía, había perdido a la casi totalidad de su escuadrón.

—Mi general, —dijo Anacleto Correa sin titubear, porque era una decisión ya tomada. —Tengo la misión de asesinarlo a usted, o Tapia ejecutará a mi esposa y a mi hija. Pero no lo haré y estoy resuelto a volver al campamento enemigo sin ver que cometí la traición que se me propuso, a riesgo de que mi familia muera y yo mismo sea colgado, —afirmó el comandante con los ojos claros inundados de lágrimas.

Ramón Corona miró a su subalterno y conmovido, tomó nuevamente su mano y la estrechó fuertemente.

—Anacleto, esa atrocidad no va a suceder; —se mantuvo callado unos momentos mientras negaba con la cabeza. —No lo permitiremos, no se sacrificará por mí a tu familia, ni a tí, que eres un valiente. ¡Cómo tengo amigos leales! A esos infames hijos de tal les haremos que se topen con el diablo.

Los dos militares discutieron las posibilidades de actuar para salvar a la familia de Correa y concertaron un plan que podía llevarlos con bien a un descenso.

Corona pidió que les llevaran café e invitó a Anacleto a tomar el oloroso brebaje que les fue servido en finas tazas floreadas de Tonalá.

Pensó que ya a la Muerte le había gustado rondarlo por las espaldas.

Luego de esa definición, los dos jóvenes, el general y el comandante, Ramón y

Anacleto, se contaron uno al otro el por qué de su terquedad en esa vida de aspiraciones constantes, de logros efímeros, de porvenir incierto; hablaron de sus esperanzas en su carrera militar, donde había tantos generales, tantos hombres acostumbrados a mandar y pocos a obedecer; recordaron a sus antiguos compañeros muertos unos ayer mismo, otros hacía años, tantos, a pesar de que ellos eran tan jóvenes; dijeron un rezo por Nacho Zaragoza llevado por la enfermedad que ahora se ensañaba con González Ortega; se explicaron cada uno a sí mismo al acomodar las ideas mientras las decían cuál era el proyecto de país que querían construir y extendieron sus críticas a los monarquistas que habían desembarcado en Veracruz con los franceses; endilgaron a la incapacidad de los conservadores para aceptar que habían sido ya derrotados el riesgo en que se encontraba la patria misma; hablaron de los viejos hombres fuertes de su Estado y de la secesión de Tepic que siempre habían buscado los comerciantes de San Blas; añoraron, sin nombrarlas, a las muchas bellas que habían quedado suspirando en los pueblos y ranchos donde habían entrado victoriosos, a pesar de su traza, vestidos de manta o de lona, no pocas veces con la ropa rasgada o remendada, que por supuesto no se comparaba con la elegancia de los jóvenes de sociedad, todos ceñidos con frac azul a la moda; hablaron de la esposa y la hija rehenes y de las pobres mujeres vejadas en esos tiempos en que el furor cegaba a casi todos; se condolieron y satanizaron la incultura de los pobres indios, tan bárbaros, tan salvajes, tan arraigados en su ignorancia, que hasta los campesinos mestizos de los pueblos abajeños fácilmente se dejaban convencer por los serranos, aquellos indios rejegos y superciosos; de la ambición de Lozada y lo ladino que era, que sin trabajos se había entendido con Plácido Vega; revisaron las necesidades de la brigada, la recia Brigada de Tepic que había surgido del pequeño batallón de Motaje y que no había descansado nunca, ni cuando los conservadores cayeron en Calpulalpan; calcularon la cosecha que pronto se levantaría en los pueblos tepiqueños; reseñaron la ferocidad de Rojas, "el hachero", compañero liberal, con su firma que parecía una tuna dibujada, y la pelela que a caballo mantuvo personalmente con Lozada cuando la campaña del 61; comentaron las corridas de toros y la obra de teatro que se exhibió en Guadaluajara, escrita por don Juan José Castaños y con las que las amigas de doña Pilar Senosiain de Prieto recabaron buenos fondos para la causa liberal; comentaron sobre las gacetas publicadas en *El País*, de México, ciudad que se prometieron conocer pronto; se dieron cuenta de que la madrugada llegaba y, sin necesidad de recapitular el plan acordado, los dos se despidieron para realizarlo. El sueño los había abandonado.

En el orden del día, Corona dió a conocer que Correa reasumía el mando de su antiguo escuadrón "Guías de la Libertad", del que apenas quedaban cincuenta hombres mal equipados. El escuadrón recibió la orden de trasladarse a Escuintla. (3)

Desde esa población, Anacleto Correa envió un extraordinario a Tapia, diciéndole que no había podido cumplir su compromiso respecto a Corona, porque éste le desconfiaba mucho, ya que no se explicaba satisfactoriamente cómo se había

salvado, cuando los demás prisioneros habían sido muertos; que lo único que había conseguido era que lo pusiera al mando de su antiguo escuadrón, con el que estaba de observación en Escuinapa; que tratando de cumplir con lo estipulado, se pasaría al bando contrario con toda su fuerza, si lo auxiliaba la que ocupaba Acaponeta; que si esto no era de su agrado, se lo avisara oportunamente, para irse a presentar solo en calidad de prisionero, y demandaba que su familia quedara en libertad.

Tapia contestó inmediatamente con el mismo extraordinario. Decía en su mensaje que ya daba orden al jefe de Acaponeta para que le auxiliara en proteger su desertión que avanzara en seguida a Santiago con el mayor número de soldados que pudiera llevarse, y que ahí recibiría respaldo para que fuera a pacificar a los pueblos de la costa. Correa, por otra parte, envió al general Corona toda esta información. A la medianoche Corona salió del Rosario hacia Escuinapa y envió otra fuerza hacia San Blas.

Correa, de acuerdo a las indicaciones de Tapia, salió con su escuadrón hacia Santiago, calculando encontrarse de noche en el camino con las fuerzas de Acaponeta, ya avisadas de su supuesta desertión. A una legua de distancia lo seguía el general Ramón Corona y su tropa.

Un correo precedía a los dos grupos militares, llevando el informe de que Correa había iniciado su movimiento. El comandante esperaba que ese hecho bastara para que su familia fuera liberada.

Si tal ocurría, como ocurrió, dos gentes de Corona tenían la comisión de aprovechar el silencio de la noche para conducir a la señora y a la niña al pueblo de Turpan, distante ocho leguas de Santiago, y que en el río una canoa las estaría esperando para llevarlas por el mismo río y los esteros a Escuinapa.

El comandante de Acaponeta salió de esa población con ciento cincuenta caballos a cumplir la orden de Tapia. En Santiago celebraron hasta con cohetes y repiques la noticia de la desertión de don Anacleto Correa.

Este llegó al rancho de los Cedazos, donde estaba avisado el encuentro con el jefe que iba a proteger la desertión.

"¿Quién vive?", fue el grito que en la oscuridad recibió a la descubierta de los "Guías de la Libertad", una oscuridad tan espesa que se podía tocar; tan concreta que tenía voz.

—Lozada, —contestó Anacleto Correa haciendo alto.

"Avance el jefe", volvió a decirle el luto de la noche.

Correa se adelantó con diez de sus más atrevidos soldados que, con el machete desenvainado, sorprendieron a sus enemigos. Los lozadeños desprevenidos se dispersaron en la noche dejando ocho muertos en el campo.

Al tiempo que esto ocurría, Corona llegó a Acaponeta, sin dar tiempo a que los ocupantes de la ciudad se parapetaran para defenderse. La caballería de Ramón Corona marchó al trote y la infantería a paso veloz; a estos últimos los que dividió en dos pequeñas secciones para que tirotearan distraendo al enemigo, al tiempo que el comandante del escuadrón de caballería cargaba al centro hasta la plaza, de la que en media hora se adueñaron los liberales.

Los vencedores se hicieron de armas y caballos y contaron cuarenta y cinco muertos enemigos y cincuenta y tres prisioneros, de los que "se fusilaron siete por demasiado criminales", escribiría el general en su parte informativo. (4)

Ocupada Acaponeta, una columna de doscientos de caballería avanzó por el rumbo de Santiago y en Chilapa derrotó a una fuerza enemiga.

Los días siguientes fueron de triunfos para los liberales, pero, como hasta entonces, nada era definitivo. Las poblaciones de la costa y de la meseta del departamento de Tepic veían los movimientos de los dos bandos, pero ninguno venía realmente al contrario. La sierra, indudablemente, era el reino de Lozada. Ahí no había disputa.

Como no era posible sostener esta situación indefinidamente, el general Ramón Corona marchó a buscar pertrechos a Guadaluajara. Ahí lo alcanzarían las noticias de la derrota en Puebla, del avance casi inmediato de los gavachos a la ciudad de México, y la de la salida del presidente Juárez hacia San Luis Potosí.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Dr. D. Juan Bautista Hija y Haro, Guadalajara, Jalisco.

Estimado amigo:

No es verdad como me dices de chanza que pronto me volveré como los otros generales. Yo no soy dado a las apariencias, aunque sí estoy estudiando muy en forma lo de las ordenanzas que me enviaste. Me importa saber dirigir a mi gente, no cómo debo vestirme para una fiesta. A eso sí le huyo. No voy a hablarte mal de nadie. Yo no hablo. Actúo. Pero sí advierto ya quiénes ponen reparos para organizar la lucha contra los invasores, los que acabarían aliados con ellos, los clericales y con Lozada.

Los correos han estado de lo más activos. A mí y a algunos de mis jefes nos han

llegado cartas de algunos hombres ilustres de Guadalajara y de Tepic diciéndonos que hacemos un sacrificio vano, que debemos rendir las armas y que ya no hay gobierno. Esos consejos los habrán oído ya otros. No es otra la explicación de que a nosotros, que hemos regado nuestra sangre por nuestra patria no nos respalden ni con lo necesario.

Quisiera saber, doctor, cuál es tu opinión sobre los franceses. Llegan con su fama militar, como los vencedores de todo el mundo, pero ya vez, un puñado de tifosos los detuvieron en Puebla casi un año. Yo estoy seguro de que no son invencibles precisamente. Infórmame sobre su armamento.

¡Qué contradicción de que sean hijos de la patria de la libertad los que han venido a combatir la nuestra! Así son las ambiciones de los reyes.

Quiero pedirte que me escribas sobre esa mujer tapatía que combatió con Zaragoza en Puebla, de nombre Ignacia Riechy. Parece que la hicieron presa. ¿Es joven?

Espero verte muy pronto para que conversemos sobre el socialismo del que habla el libro que me enviaste. Es mejor que vengas, porque no es sencillo que yo vaya hasta Guadalajara.

Nuestro amigo de Acajoneta está siendo muy útil. Lleva algunas cartas que involucran con nosotros a L. y a M. Nadie lo creería, pero no es mala jugada. El está bien instruido de cómo hacer que se las quiten y justificar que las traiga. Corre riesgos, pero es el hombre indicado para correrlos.

Te mando un abrazo,

Tu amigo

Ramón.

Ramón Corona, Rosa Morada, Tepic, 25 de marzo de 1863.

NOTAS Capítulo 3

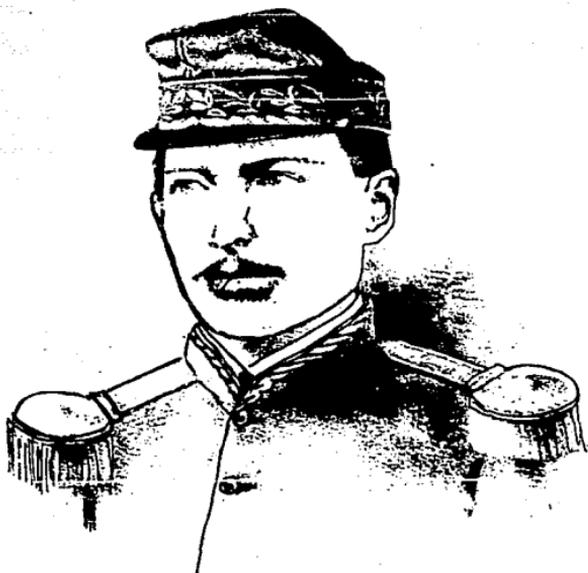
1 Vigil e Híjar y Haro, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, p. 129.

2 *Idem*, p. 127.

3 *Idem*.

4 *Idem*, p. 132.

General Anacleto Correa



Capítulo 4

LAS GUERRILLAS

Ningún cuerpo del ejército republicano hostilizó el paso de los franceses hacia Jalisco, medio año después de que habían permanecido en la ciudad de México, detenidos por las lluvias, por los patriotas que los estorbaban en el camino entre Veracruz y la capital y por esperar las gestiones en Europa para traer al príncipe que hiciera el favor de gobernar el país.

En esos meses en Jalisco, casi diariamente se produjeron encuentros entre bandas de asaltantes y soldados liberales. Marchas y contramarchas, asaltos, ataques, fusilamientos, enfrentamientos, huidas y sorpresas se escenificaron por todos lados.

Nochistlán, Tepatitlán, Santa Lucía, Lagos, Barranquitas, la hacienda de Colimita, el rancho del Carnicero, el pueblo de La Barca, Estancia Vieja, Atotonilco, las lomas de Sacamecates, Huejuquilla, Bolaños, Chimaltitán, Colotan, Ahualulco, la hacienda de San Felipe, la Mesa de la Venada, la Venta del Astillero, Milpillas, Tala, Atemajac, Coyula, Callejones del Zapote, Ameca, Jocotan, Cocula, San Martín, el cerro del Durazno, Mascota, Cucuzapié, Chapala, Atequiza, Tomatlán, el Cabro, Portezuelo, Tihuano, y el rancho de San Jacinto dieron cuenta de sucesos violentos contados a los nietos en los años siguientes. (1)

Ninguno fue combate verdaderamente. Pero aunque todo pudo definirse como tiroteos o escaramuzas, para las gentes de cada lugar, los muertos y heridos que quedaron, causaron llantos y por eso se recordaban. (2)

Esquivando todo enfrentamiento, los ejércitos republicanos comenzaron 1864 haciendo movimientos de retirada y desocupando las plazas.

Así, un domingo por la mañana el gordo gobernador de Jalisco, el general José María Arteaga que estaba destinado a ser mártir, salió de Guadalajara hacia el sur del estado, con casi cinco mil hombres de su fuerza y las dos grandes mulas en las que alternaba su voluminoso peso, cuando el invasor ya estaba en las orillas de la ciudad.

Sin soldados, las casas y los comercios cerrados, la ciudad parecía desierta. La noche de ese domingo los serenos no prendieron los faroles de petróleo ni Doña Jesuita ni Doña Inés prepararon sopas ni enchiladas en sus fondas en los portales de la Plaza de Armas. (3)

Guadalajara, con las blancas torres de su Catedral sobresaliendo por encima de todas las construcciones, con sus calles del centro cubiertas de ladrillos rojos, con sus naranjos perfumando el aire de azhar (4), esperaba en silencio la inminente llegada de sus ocupantes.

Al día siguiente, una vanguardia de zuavos y cazadores de África cruzó el paseo bordeado de fresnos que unía San Pedro con la ciudad. Un capitán francés se apersonó ante el canónigo de la Catedral, don José María Verdiá, mientras otros

jefes inspeccionaban los edificios y casas del centro, para decidir dónde se ubicarían las tropas y los jefes. (5)

El canónigo recibió al soldado en la sacristía.

Sentado en una bella curul labrada, el sacerdoteno hizo ningún gesto ante el saludo caravanesco del militar. Lo acompañaban el doctor Juan Bautista Híjar y los licenciados jaliscienses Cosme Torres y Juan Mallén, conocidos en el gobierno liberal.

—Su excelencia, traigo un mensaje de parte del general Osmont, —anunció el capitán con palabras formadas en su garganta. —Que mande usted repicar las campanas de la Catedral, mañana, a la hora en que entre el cuerpo expedicionario.

El canónigo Verdía ya esperaba esa solicitud, pero no pudo controlar que su respuesta fuera haciendose más violenta mientras su rostro se enrojecía cada vez más, contrastando con su blanca cabellera.

—Señor capitán, yo veo con mucho dolor que el suelo de mi país es profanado. No puedo ordenar el repique, porque no tenemos albricias que anunciar. Si ustedes quieren que haya repique, habrán de enviar fuerza al campanario. Yo no ordenaré el repique.

Sorprendido ante la negativa, el francés, tenso, replicó, mientras el doctor Híjar miraba fijamente al militar y el licenciado Cosme Torres oprimía el hombro del canónigo:

—Su excelencia es dueño de ordenar sobre el campanario de la Catedral que gobierna, pero le recuerdo que el enojo del general Osmont podría traer consecuencias.

Más enrojecido todavía, el anciano sacerdote exclamó:

—¡Pues diga usted al general Osmont que se vaya a la chingada!

+++++

El doctor Híjar se reunió con don Urbano en las Barranquitas de Belén, detrás de la Penitenciaría, en un paseo a caballo. El doctor y el arriero montaban dos elegantes animales y saludaban a las damas que, en carros o como Amazonas, cruzaban su camino. El emperador Maximiliano y la princesa Carlota tenían pocos meses en México y la evidencia les había ya gritado que el partido clerical no les garantizaba el apoyo de la Nación.

Sin embargo, los liberales no las tenían todas consigo. En Jalisco, las fuerzas republicanas se habían tenido que dividir. Una parte del ejército al mando de Uruga había marchado hacia Michoacán; otra parte, jefaturada por Ramón Co-

rona, se encontraba en el norte, ocupando Mazatlán y hostigando intermitentemente los caminos hacia Guadalajara y otras poblaciones importantes.

Pero Corona no contaba con auxilios materiales suficientes.

En cuanto Maximiliano, en Jalisco tenía el respaldo de Manuel Lozada. Este había obtenido el compromiso imperial de que las cuestiones de las tierras de los pueblos indios serían resueltas. Lozada había decretado varios repartos de tierras y los hacendados afectados se quejaron ante el gobierno imperial. Comisiones de indios viajaron hasta México, y todo permanecía en litigio.

—Ha sido un peregrinar peor que el mío, doctor. El general no ha parado en lo que va del año.

—¿Y cómo lo recibió el presidente?

—El presidente muy bien, le dió documentos para que las autoridades de Sinaloa cubrieran los gastos de la brigada, pero las órdenes no tuvieron ningún efecto; los soldados seguían igual de miserables, rotos, sin alimentos, sin parque, sin armas... Daba tristeza.

—Pero Corona es muy persistente, —dijo el doctor Híjar.

—¡Y cómo no había de serlo, doctorcito!; hay gentes que han de lograr lo que tienen en sus miras; una providencia los protege para eso, pero no les da nada regalado.

—Aquí se habló mucho de que otra vez estuvo a punto de ser muerto en Manzanillo, —comentó Híjar, levantando el ala de su sombrero e inclinando la cabeza en un saludo, al cruce de unos ojos negros.

—Por poco, doctor. Llevaba un poco de parque y dos piezas ralladas, que le dió Arteaga antes de evacuar la capital, —informó Urbano. Iba él mismo a embarcarse en Manzanillo, pero mejor envió los pertrechos con Sepúlveda y su padre.

—¿Su padre? ¿El señor Corona estaba en Jalisco?

Don Urbano asintió y aclaró:

—Sí, sí. Regresó de las Californias; no todos encontraron oro, y... Bueno, lo cierto es que don Esteban regresó y se embarcó con Sepúlveda y el parque y la artillería en Manzanillo. Iban en un buque de vela, —precisó.

—Y los franceses y Lozada no estaban tan mal informados, ¿no?, —apuntó Híjar.

—Pues así se vió, aunque he de decirle que nosotros estamos mejor en ese punto, —se defendió el arriero, que ya entraba hasta la misma cocina de la casa de don Francisco Velarde, donde se había hospedado Francisco Aquiles Bazaine (6), y estaba al tanto no sólo de a quiénes recibía en esa residencia, sino hasta de lo

que comía y la ropa interior que usaba el jefe de la expedición invasora en occidente. Tal eficiencia era debida, por supuesto, al patriótico encanto desplegado por don Urbano ante una de las cocineras.

—Tiene usted razón, don Urbano, porque si hubiera sido totalmente cierta la información, el general no andaría ahorita comiendo albóndigas de camarón, —convino Híjar.

—Cierto. El barco de guerra Cordellier disparó de advertencia y el buque mexicano no tuvo más que rendirse. Sepúlveda tiró al mar los pertrechos y la correspondencia, donde por cierto iba una carta del general Corona a una joven en Culiacán. Luego Sepúlveda se entregó junto con don Esteban Corona. ¿Damos la vuelta aquí?, —preguntó el acaponetense, cuando llegaban ya a la pared del convento de Belén.

—Sí, don Urbano, —dijo Híjar, quien esperaba encontrar nuevamente a la depositaria de sus saludos, aunque también se cruzarían en el paseo con algunos oficiales ocupantes, que llamaban la atención con sus blancas polainas y sus anchos pantalones rojos, montados en magníficos caballos árabes.

—El capitán del barco francés se había comprometido con Lozada a entregarle al general Corona, pero después de hablar con Sepúlveda sobre la historia del cora, decidió que no lo haría. Luego yo tuve que ver con el rescate de los prisioneros, que en todas partes se cuecen habas, —dijo don Urbano, hábil negociador en cuestiones de dinero y acceso a las personas.

—¿Liberaron a los dos juntos?, —preguntó Híjar.

—No, no no, primero fue don Esteban. A Sepúlveda lo anduvieron trayendo un tiempo a bordo del Cordelliere, para que identificara a otros republicanos que detenían los franceses, —relató Urbano. —Supe que detuvieron al joven Altamirano (?), que había conocido a Corona en San Luis Potosí. Sepúlveda, por supuesto, no lo denunció y Altamirano ya ha de haber llegado a Acapulco. Luego sí conseguimos que soltaran a Sepúlveda.

—Esto es bueno, Urbano, —dijo Juan Bautista, acariciando las orejas de su cuaco, —pero el año sigue siendo terrible. La traición de Uraga no es que me duela, pero sí nos machuca mucho.

—Ese general, tan valiente con los gringos, no era un misterio que se iba pal otro lado, doctor. Corona lo supo a tiempo y le advirtió a Arteaga para que lo desconociera.

—Sí, lo supimos con la aclaración que mandó Corona desde El Platanar.

—Yo no la ví, doctor, nomás me platicaron.

—¡Ah!, pues es una cartita excelente. Ya ve que Uraga publicó un manifiesto donde decía que defendía a la República, pero sin decir ni pío de la Constitución

ni del presidente Juárez. —Don Urbano asentía. —Uraga obligó a sus oficiales a firmar el manifiesto, y Corona también tuvo que firmar, pero luego en Colima aclaró que la República, el gobierno legítimo y la Constitución son para él la misma cosa, —explicó Híjar al tiempo que miraba las nubes que se amontonaban sobre el rumbo del río Santiago, anunciando que en la tarde se vería la infaltable lluvia del fin del verano.

—Ese cojo, tan elegantito, con su piocrita, con su uniforme, siempre me dió porque no aguantaría de este lado, —dijo don Urbano. —¡Cómo iba a congeniar con los desarrapados de Ramón!; hasta mandó a Rojas que fusilara a Corona, cuando en mayo ahí iba el general por la sierra, rumbo a Escuinapa, en medio de una tormenta... Pero Rojas, desde luego, no obedeció (8). Ese no obedece a nadie, —dijo don Urbano que no acabada por gustar del todo del bandolero.

—Uraga es de los viejos que todavía quieren sobreponerse al poder del gobierno general. No se puede seguir así, porque entonces sí, adios México, —dijo Híjar, convencido de que la sobrevivencia de la República no estaba en los caudillos locales. —Y Ramón Corona es de los que han apostado a defender el país, no su rancho cada quien, —agregó.

—Pues ni aunque quisiera, doctor; luego Juárez ordenó que lo respaldara Patoni, de Durango, y así más o menos se pertrechó la brigada, —agregó Urbano. —Pero en Sinaloa no ha habido modo de que las órdenes de Juárez sean obedecidas; les raspa el prestigio de Corona.

Híjar asintió con la cabeza. Urbano continuó:

—¿Supo usted lo de "Los Cangrejos"?

—No. Cuento, hombre, cuento.

—Pues estaba "el emperador" comiendo en León, —explicó Urbano causando la risa a Juan Bautista al utilizar el apodo —le habían servido un plato de arroz con mole con el que se había ensuciado las barbas; y ahí tiene usted que sin considerar a sus anfitriones ordenó que los músicos tocaran "Los Cangrejos", que estaba prohibida por la autoridad. "¡Zuz, ziz, zaz!, un paso pa delante, doscientos para atrás!", —entonó Urbano medio ahogado en carcajadas; para nadie era un secreto que Maximiliano despreciaba a los conservadores, los "cangrejos", y que estaba dedicado a intentar conquistar a los liberales, a sabiendas de que algunos ex rojos creían que era un sacrificio estéril combatir al régimen que respaldaban los franceses.

Aunque divertido, Híjar hizo callar a su amigo, no fueran a llamar la atención de algunos invasores. No cualquiera podía darse los lujos que el emperador se daba.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Señores redactores de "La Aurora".- Colima.

Muy señores míos:

Con motivo de haber suscrito el manifiesto impreso en Colima y fechado en San Marcos el día 28 de marzo próximo pasado, varios de mis amigos me han preguntado por qué firmé un documento oficial donde únicamente se protesta defender la independencia y la república, sin mencionar una palabra de nuestra Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, y por qué protesto contra el nombre de "banda juarista".

Mi contestación ha sido: que al sentar mi firma en el expresado documento, fue porque en él se protesta contra el imperio que tratan de establecer el ejército invasor y sus aliados los traidores; porque en el mismo documento se hace saber al pueblo, lo mismo que a los traidores y franceses, que no obstante las promesas y amenazas de estos, nosotros mantendremos las armas en la mano hasta sucumbir o salvar la independencia, la república y la libertad, por haber sido estos grandes principios conquistados con mil sacrificios por el pueblo mexicano, y que sin más derecho que la fuerza brutal, se pretende arrebatarlos.

Hoy me parece conveniente manifestar, que al protestar defender aquellos tres principios, es porque los juzgo en nuestro país identificados con los que estableció nuestra carta fundamental de 57 y las leyes de reforma, y por considerarlos como su precisa consecuencia.

En mi corta carrera militar no he conocido otro régimen político que lleve tan marcado el voto de la nación, que el constitucional' teniendo por lo mismo la conciencia que su pleno desarrollo hará la felicidad de la Nación.

En tal virtud, así como estoy resuelto a defender hasta sacrificarme, la libertad y la independencia de la república, lo estoy también para sostener la constitución de 57, su gobierno y las leyes de reforma.

Sírvanse ustedes, señores redactores, dar lugar en las columnas de su apreciable periódico a estas líneas, favor que les reconocerá siempre su afectísimo servidor y amigo.

Ramón Corona. El Platanar, Cantón de Tepic.(9)

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Nota al margen: copia obtenida por el lector de Becker.

Sr. General D. José López Uruga.- Guadalajara, junio 4 de 1864.-

Muy señor nuestro:

El estado actual de las cosas públicas nos ha sugerido algunas reflexiones que nos vamos a tomar licencia de manifestar a usted. Nuestro juicio y la resolución que creemos debe adoptar en las presentes circunstancias el partido liberal serán objeto de estas líneas, que le suplicamos reciba como la única expresión de nuestro patriotismo, como muestra de la adhesión que profesamos a su persona y del interés que nos inspira la suerte de los valientes y aufridos soldados que militan a sus órdenes.

Es inútil ponderar, por ser tan notoria, la situación lamentable que guardan todos los giros y pintar el cuadro lastimoso de los pueblos a consecuencia de las matanzas, de los saqueos, de las devastaciones y de todas las calamidades de la guerra. Nuestra población se ha diasmado, las fortunas se encuentran en la mayor decadencia, la corrupción de las costumbres, extinguiendo en muchos toda clase de inspiraciones elevadas, no han hecho sino despertar los malos instintos que se han puesto en juego, ya con un pretexto político, ya con otro.

Forzoso era que, supuestos tales antecedentes, viniera ese abatimiento general de que hemos hablado. Desde que el ejército francés ocupó a Puebla, la desgracia se ha declarado en las filas republicanas. Estas se han ido disminuyendo rápidamente hasta el punto de que no queden en pie sino algunos cuerpos de ejército reducidos, y guerrillas, de las cuales algunas no se ocupan sino de atacar los intereses y las personas de los habitantes pacíficos.

Bajo la intervención se encuentra la parte mayor y más importante del territorio mexicano. Los pueblos han sucumbido y se les ve inmóviles. ¿Cuáles son, preguntamos, los recursos que tiene ya la resistencia armada?

Si la cuestión, en el terreno de las armas se presenta de manera tan desventajosa, en el de la política la estimamos resuelta enteramente. Después de la derrota del señor Doblado, es seguro que el gobierno que rigió conforme a la constitución de 1857 se habrá disuelto, quedando así destruido todo centro de unión.

Al tiempo que esto sucede, el príncipe Maximiliano acepta la corona, toma posesión del trono, y a esta hora se encuentra quizás en el suelo mexicano. La in-

tervención francesa ha salido garante de que se conservarán las conquistas de la revolución. El nuevo emperador ha jurado sostener la independencia y ha ofrecido dotar a la nación de instituciones sabiamente liberales. ¡Ojalá y se realicen estas promesas! Contando con ellas, los republicanos que tenemos el sentimiento de perder el sistema bajo que vivimos por tantos años, al menos nos consolaremos con que se hayan salvado los bienes preciosos de la soberanía nacional y de la reforma.

Al dirigirnos a usted, por medio de la presente, creemos hacer un servicio a la causa liberal. Renunciando a toda clase de ilusiones, considerando las cosas como son en sí y procurando obtener para el país y en favor de los principios que profesamos, las ventajas que permitan las circunstancias, juzgamos haber tomado el partido más conveniente.

La conclusión que nos proponemos deducir y que ofrecemos al examen y deliberación de usted es que deponga toda actitud hostil por parte del ejército de su digno mando, y que cese la resistencia en Jalisco.

No dudamos que en medio del calor de las pasiones, personas de uno y otro bando atribuyan a motivos bastardos esta manifestación, ni dejen de calificar mal la resolución que usted tome, si es de acuerdo con ella' por lo que a nosotros toca, nos basta el testimonio de nuestra conciencia y el juicio de los hombres imparciales; y en cuanto a usted, sus antecedentes lo ponen al abrigo de la calumnia, y el mundo civilizado le hará justicia, reconociendo la pureza de sus intenciones.

Somos de usted, señor general, sus adictos servidores,

Juan José Caserta.- Jesús López Portillo, Vicente Ortigoza.- Antonio Alvarez del Castillo.- Rafael Jiménez Castro. (10)

++++

Ante la persistente falta de respaldo que hacia la brigada de Tepic mantenía la autoridad de Sinaloa, por entonces encargada al general Morales, Corona y sus soldados planearon y lograron con facilidad su desconocimiento. Para ello contaron con el apoyo de la brigada sinaloense.

El gobierno de Sinaloa quedó a cargo del general Antonio Rosales, también joven y enjundioso patriota, que hasta su muerte habría de protagonizar valientes episodios en la lucha contra los franceses.

Corona remitió al presidente Juárez, "en Chihuahua o donde se encuentre", una minuciosa relación de todo lo sucedido. El Gobierno Supremo no consideró desacato la actitud de los militares coronistas; de hecho eran el único bastión constitucionalista al noroeste del país, aunque no respondió dándose por enterado, ni aprobando los hechos, sino hasta muchos meses después. Juárez no podía, tampoco, fomentar alzamientos contra los gobernadores que él mismo nombraba.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Sr. don Benito Juárez.

Muy señor mío y de mi particular aprecio:

Los despilfarros escandalosos del general Don Plácido Vega, sus contratos ruinosos sobre la aduana marítima y su conducta sospechosa en cuanto al armamento que se le encargó comprar y que bajo diversos pretextos no ha remitido, le habian enajenado de tal suerte las simpatías en este estado que un cambio en el personal del gobierno se hacía indispensable, si el general don Jesús García Morales se obstinaba en seguir siendo el instrumento ciego de Vega; estalló, pues, el movimiento revolucionario que todos preveían y del que también ustedes tuvieron conocimiento.

Para juzgar del desprestigio de la administración del señor García Morales, basta considerar que en doce días fue derribada, y que las fuerzas que despachó a combatir a los revolucionarios se unieron a ellos y que por fin este puerto cayó después de un ataque de una hora, en que tuvo gran parte el valor de los asaltantes, pero más todavía la falta de voluntad para pelear de los que defendían la plaza.

Tomado este puerto y retirado el señor García Morales a sonora, se procedió a la elección popular, según se había ofrecido, y resulté nombrado, casi por unanimidad de sufragios, gobernador de este estado.

Tales son los sucesos que me han elevado al puesto en que me encuentro y los motivos que me hacen dirigir a usted la presente carta para hablarle sobre la situación y sobre lo que conviene hacer, preocupándome solamente de los intereses de la patria, y en manera alguna de los personales míos, ni de nadie.

Desde luego, puedo asegurar a usted que ninguna cooperación puede esperarse del estado de Sinaloa para el orden constitucional si el gobierno vuelve a caer en manos de Don Plácido Vega o de algún tutoriado suyo; los pueblos cansados de esa dominación funesta se echarán mejor en brazos de la reacción, como había comenzado a suceder al fin de la administración de García Morales.

Aprovecho con gusto esta ocasión para ofrecerme a las órdenes de usted y su afectísimo servidor, que besa su mano.

Antonio Rosales

Mazatlán, octubre 28 de 1864. (11)

+++++

Para noviembre de 1864, unos dos mil hombres de Lozada se encaminaron por tierra hacia Mazatlán, haciendo coincidir su movimiento con el de buques franceses que bloquearon el puerto, sus salidas, bahías, radas y ensenadas. Pero no sólo eso; desde los barcos franceses, la población fue bombardeada y el ataque sólo se detuvo hasta que una comisión de civiles, entre los que iban los cónsules del puerto, se lanzaron bajo los fuegos de artillería en un pequeño bote y con bandera de parlamento a llevar el aviso de que la plaza había sido desocupada por los republicanos. (12)

La ciudad, extendida desde el Cerro de la Nevería, la colina del Cuartel y la casa de pólvora, del puerto viejo a las olas altas, quedó en poder de los imperialistas. (13)

Pero aunque el dominio político cambió, los pescadores siguieron tendiendo sus redes sobre las olas que en los atardeceres se transformaban en oro derretido y las bandadas de pelícanos continuaron zambulléndose diariamente entre la espuma del mar frente a Mazatlán.

Pocos días después de estos sucesos, Ramón Corona, Antonio Rosales, Eulogio Parra, Anacleto Correa y otros jefes de las brigadas unidas de Jalisco y Sinaloa tuvieron una reunión para discutir la estrategia que habían de seguir.

En la azotea del convento jesuita de La Candelaria, en Guajicori, un pueblo más indio que mestizo, los jóvenes militares tomaron asiento en el suelo o en la base de la cúpula de la iglesia bajo los horizontales rayos del sol del atardecer tepiqueño.

Corona y Rosales masticaban pedazos de agave horneado y saboreaban el dulce jugo que en las tequilerías se fermenta para hacer el mejor mezcal del mundo.

Los militares eran amigos y, a pesar de los distintos rangos que ostentaban, hablaron con claridad.

—No, Ramón, yo no estoy por fraccionar la fuerza; es mejor la unidad de la acción, —sostenía Rosales. —Nuestra fuerza es numerosa y las chusmas de Lozada fuera de la sierra no son de temer, —añadió.

Ramón expuso:

—Lo que no tienes en cuenta es que no hay pueblo que pueda sobrevivir hoy en día y mantener un ejército. —El general escupió el bagazo; sacó del bolsillo de sus pantalonerías su pañuelo y continuó: —Nuestra fuerza ahorita está en la movilidad, y la movilidad nos la da la caballería. Ninguno de los pueblos que nos

son fieles soportaría darnos el forraje siquiera, puedes jurarlo. Yo creo que nos funcionaría mejor el sistema de guerrillas, que ese es el que debemos adoptar, —agregó mirando alternativamente a Antonio y a Eulogio, los dos que más firmemente pensaban lo contrario. —Además, —continuó, —ya tenemos varios cuerpos de nuestras brigadas dispersos, obrando como partidas sueltas. Y además, reunir a las dos brigadas sería un esfuerzo extraordinario, —dijo.

Eulogio afirmaba con la cabeza, con la mirada hundida en las montañas que se internaban por Sinaloa.

Antonio Rosales insistió, aunque como militar sabía de las dificultades que enfrentaba su propuesta:

—Pero Ramón, objetivos como recuperar Mazatlán u otras plazas no se pueden lograr con el sistema de guerrillas.

—Tienes razón. Ni quien lo niegue, —dijo Corona. —Pero no se trata de tomar Mazatlán ni Tepic. No por ahora. Se trata de que los imperialistas sean dueños solamente de la tierra que pisan. Ni un pedacito más.(14)

José López de Uruga



NOTAS Capítulo 4

1 Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco*, 1911, pp.215 y sig.

2 José María Vigil y J. Bautista Híjar y Haro, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 173 y sig.

3 Juan B. Iguiniz, compilador. *Guadalajara a través de los tiempos*, 1989, *passim*.

4 Descripción tomada de la novela de I. M. Altamirano, *Clemencia*, que transcurre en gran parte en Guadalajara, precisamente en esa época.

5 Pérez Verdía, *Op. cit.*, p. 221.

6 *Ibid*, p. 222.

7 Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas*, Crónicas, t. VII, pp. 122-128.

8 Pérez Verdía, *Op. cit.*, p. 234.

9 Vigil e Híjar, *Op. cit.*, p. 170.

10 *Idem*, pp. 180-182.

11 Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, t. 9, 1962, pp. 429 y 430.

12 Vigil e Híjar, *Op. Cit.*, p. 182.

13 Ignacio Ramírez, *Cartas del Nigromante*, p. 15 y 16.

14 Vigil e Híjar y Haro, *Op. Cit.*, p. 222.

Capítulo 5

EL DESASTRE DEL ESPINAZO DEL DIABLO Y EL TRIUNFO DE VERANOS

A fines de año de 1864, el año de los franceses, por los triunfos militares que alcanzaron en varias partes del país, el jefe de las brigadas unidas de Sinaloa y Jalisco, Corona, supo que una columna de mil doscientos gabachos, mandada por el coronel Garnier, se dirigía de Durango a Mazatlán y decidió atacarla en un punto montañoso, en la vertiente sinaloense de la sierra, llamado adecuadamente El Espinazo del Diablo.

En preparación de ello, mandó redoblar las exploraciones de los caminos y al Batallón Pánuco, jefaturado por el coronel Domingo Rubí, lo encargó de construir parapetos.

Rubí, ex minero, gordo, narizón, acababa de dejar la cama, repuesto de heridas de batalla, y caminaba apoyándose en muletas. No obstante, se puso en camino a cumplir las órdenes en espera del enfrentamiento.

Pero pasaban los días y los franceses se demoraban. Corona llegó a pensar que los franceses habrían tomado otro camino.

Mientras esto ocurría, el coronel Antonio Rosales tuvo informes del desembarco en Altata de una expedición invasora.

Su guerrilla tenía apenas trescientos hombres y para el enfrentamiento que se avecinaba logró alistar a otros cien, entre aguadores y peones.

Los franceses y otros soldados mexicanos imperialistas habían viajado en el vapor de guerra *Lucifer* y los comandaba un argelino apellidado Garielle y esperaban llegar a Culiacán, la más importante población que conservaban los republicanos en Sinaloa. Eran poco más de quinientos.

Para ellos tampoco era un secreto la presencia de las tropas republicanas.

De inmediato enviaron a Antonio Rosales dos cartas invitándolo a defeccionar, ofreciéndole un ascenso en su rango militar y argumentando el interés de la patria y de la nación, que los imperialistas identificaban con su proyecto.

Rosales contestó negativa y cortésmente a las dos cartas.

Dos días después, la tropa republicana alcanzó a la imperialista.

Entre el pueblo de San Pedro y Nobolato, Rosales encontró en su marcha al comandante del escuadrón Guías de Jalisco, que le informó de la presencia del enemigo, que entraba en ese momento a Nobolato. Era la medianoche.

A cuatrocientos metros de la población, Rosales mandó formar a sus soldados en posición de batalla y durante seis horas sus guerrilleros hostigaron a los franceses. Estos esquivaron el combate.

Con las luces del amanecer, Rosales cambió su táctica y realizó un movimiento

de retirada hacia San Pedro, donde tomó posiciones seguras. Sus tiradores guerrilleros provocaban a los franceses tiroteándolos, hostigándolos.

Entonces se formalizó el enfrentamiento. Rosales colocó al centro cuatro piezas de artillería de montaña y, mientras bombardeaba sin cesar a los franceses, mandó a una parte de su infantería por el camino carretero. A la izquierda y a la derecha colocó a dos batallones y dejó de reserva a la caballería.

El ataque y el movimiento para rodear a los franceses se prolongó durante media hora y entonces Rosales ordenó tocar una carga a la balloneta.

Su orden se cumplió sólo en parte, porque algunos de los hombres recién reclutados, poco expertos en esas artes militares, tiraron al suelo los fusiles, pero no para huir, sino sólo para arrojarlos cuchillo y machete al ristre sobre los franceses, que empezaron a perder terreno. El ataque de la caballería reservista, mandada por Nicolás Tolentino, completó la derrota de los enemigos.

El comandante Gazielle, efectivamente hizo su entrada a Culiacán, pero no como ocupante, sino como prisionero, junto con casi un centenar de sus hombres. (1)

Rosales, además del material de guerra que cobró, en el equipaje de los oficiales encontró impresas las proclamas que los imperialistas pensaban distribuir entre los culiches. ¡Así había sido su seguridad en su triunfo! Pero en la guerra como en la vida nada está controlado, sobre todo para los que, como Gazielle, exceden sus confianzas.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

C. general Ramón Corona, en jefe de las Brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco. En el Espinazo del Diablo, o donde se halle.

Como a las seis de la mañana se presentó hoy sobre nuestro campo el enemigo en número de seiscientos hombres de caballería, entre argelinos y traidores. Doscientos tomaron el rumbo del Presidio, cerca del puerto, y cuatrocientos se dirigieron por el Venadillo, sobre el comandante Eulogio Parra. En razón del número, los dos cuerpos realizaron un movimiento retrógrado, Parra al punto de las Higueras, donde estaba el centro de mis operaciones. El enemigo persiguió tenazmente a Parra por el camino que conduce del Venadillo a las Higueras. Tomamos posiciones y como a las nueve de la mañana, a pesar de la desventaja numérica, la suerte de la victoria tocó a las armas mexicanas. Parra persiguió a los enemigos hasta las goteras de Mazatlán. He recogido noticias de algunas gentes procedentes del puerto de que el enemigo llevaba en su fuga varios heri-

dos y seis o siete muertos atravesados en mulas. También estoy impuesto de que en Mazatlán esperaban auxilio que debe llegarles por agua. Por ello, le encarezco la necesidad de que aumente mi caballería, mandándome además las infanterías de que pueda disponer.

Al dar a usted este parte, me congratulo con recomendar ante a usted y ante la patria a los jefes, oficiales y soldados, por su buen comportamiento en una lucha tan desigual, en que acaso por mucho tiempo quedará el enemigo impotente por el revés que ha sufrido en esta última jornada.

Independencia y Libertad.- Campo sobre las Higueras, a 23 de diciembre de 1864.- coronel Angel Martínez.(2)

+++++

Una semana después de la batalla que convirtió a Rosales en héroe, el último día del año, finalmente llegaron los franceses al Espinazo del Diablo.

Por las urgencias que le reclamaban desde diversos puntos de la zona a su cargo, Corona había enviado fuerzas de sus distintas guerrillas, y sobre los parapetos en el paso montañoso por donde se esperaba a los franceses la fuerza se había reducido apenas a trescientos soldados.

Las esperas inútiles, o que se creen inútiles, siempre tienen un costo.

Y de los soldados parapetados, sesenta hombres no tenían armas y sólo se iban habilitando con dos o tres fusiles que del pueblo indígena de Jacobo, distante unas veinte leguas, se enviaban cada día, de los que se iban reparando.

+++++

Los últimos dos días del año concentraron la actividad aguardada durante muchos días y noches.

Después de ordenar a Sepúlveda que dejando copia enviara la carta a Juárez con un extraordinario, Corona recibió a los soldados que procedían de la rancharía del Favor.

—Mi general, —dijo uno de los rancheros metido a republicano. —Con la molestia de pedirle a su mercé que nos autorice para ir a poner fuego a las chozas, depósitos de pastura y graneros. No queremos que los argelinos los aprovechen, general. Ya supimos que anoche estuvieron en Los Tepalcates y tomaron de todo, —agregó.

—Vayan, vayan, don Calixto, —respondió Corona, que conocía al soldado.

Los rancheros salieron a verificar el incendio y Corona se quedó pensando en la

imposibilidad de imponer que las mujeres se quedaran en las poblaciones. La mayoría de ellas iban tras la tropa, con críos y trastes, cargando todo sobre las mulas o sobre sus espaldas. Muchas veces ni siquiera cuando se esperaban enfrentamientos podía separarlas de sus hombres. Pero ciertamente tampoco estaban seguras en los pueblos y rancherías.

El puesto de mando de Ramón Corona era un breve toldo de lona donde guardaba especialmente su equipo de escritorio, a cargo entonces de Juanito Quevedo, un muchachito pequeño, ágil, inquieto, de apenas trece años, que no sólo escribía muy correctamente, sino que también sabía preparar la tinta hirviendo las semillas molidas del huizache y mezclando con goma el caldo así obtenido. (3)

Juanito le recordaba sus propios trece años, cuando trabajó en Tepic en la tienda de abarrotes de don Bernabé González, y mantenía a su hermana María de los Angeles, dos años menor (4). No todos los niños siguen siendo niños a los trece años, pensó,

Corona salió de su puesto de mando a verificar el cumplimiento de sus últimas instrucciones.

Al campo se presentó un americano que a través de un intérprete dijo que era ingeniero de minas y que al tener noticia de que se estaba en víspera de una batalla entre mexicanos y franceses consiguió permiso para ir a pelear al lado de los primeros, que tenían sus simpatías.

Corona aceptó su colaboración y lo llevó a recorrer la línea. El americano, de apellido Lee, sólo observó que la defensa era muy reducida.

Corona y el americano llegaron a un parapeto que estaban levantando varios soldados.

—Póngale nombre a este punto, ingeniero. Le encargo la defensa con diez hombres, —dijo el general.

—Gracias, muy gracias, —respondió el voluntario. —Este es Fortín Lee, —añadió, al tiempo que se despedía de Corona y se sumaba a la cuadrilla que con picos y uñas hacían más escarpada la subida en ese punto.

Al coronel José María Gutiérrez, que ocupaba la línea derecha por donde debía presentarse el enemigo, le advirtió que, debido a las quiebras del terreno, la distancia a la que se encontraban los otros cuerpos republicanos y la falta de una fuerza de reserva, quedaría enteramente cortado del centro. Por ello, cuando la resistencia le fuera imposible, debía retirarse por los cerros de su retaguardia, a la cuesta de Guamúchil, colocando una bandera que sirviera de contraseña en un árbol que los dos acordaron. La seña podría verse con el anteojito desde el puesto de mando.

Colocó a las otras fracciones de su pequeña fuerza al centro del camino y sobre

la izquierda y en el parapeto a la derecha del centro de operaciones, éste último en una eminencia del terreno.

Cuando los franceses estuvieron a una jornada de distancia, destacó una guerrilla de veinticinco hombres, con la orden de que tan luego como los primeros se enfilaran por una pequeña cañada que se dominaba desde aquellos puntos, hicieran fuego sobre ellos.

Los franceses llegaron al frente de la línea el día 31. Se dedicaron a hacer algunos reconocimientos y la guerrilla de avanzada les hizo algunos muertos. La noche que despidió el año fue de vigilia para los dos bandos, que se sabían presentes, que presentían la ferocidad de los otros.

Al amanecer de 1865, los invasores desprendieron tres columnas: una hacia el centro del camino, y las otras dos hacia los lados. El jefe francés marchaba a la retaguardia, con una columna de reserva y su artillería, buscando una elevación ventajosa, donde pudiera observar el desarrollo de la inminente batalla, dirigir sus órdenes y enviar socorro a la columna que lo precisara.

Los franceses comenzaron a escalar los parapetos preparados por las fuerzas republicanas.

Corona y sus soldados permanecieron a la expectativa, conteniendo la respiración; esperando el jefe la cercanía que garantizara el éxito del primer tiro, y los soldados la orden respectiva.

La corneta ordenó.

A la línea de disparos republicanos respondió la de los franceses y el choque se prolongó por tres horas, con la artillería francesa explotando casi siempre por detrás de las posiciones republicanas. El riesgo de su precisión era matar a sus propios soldados.

La columna que atacaba la defensa izquierda de Corona había logrado flanquear los parapetos republicanos. Corona dejó a su ayudante, el alférez Manuel Martínez, que estuviera en observación de todo lo que pasara y con su pequeña escolta se dirigió a cubrir la retaguardia de su fuerza izquierda.

Al llegar al punto en peligro, Corona hizo que con palancas los republicanos arrojaran rocas sobre los franceses, al tiempo que rompió un fuego de tiradores. Con las dos maniobras causó gran daño a los atacantes.

En ese momento llegó al lado de Corona el americano Lee. Iba a decirle algo cuando recibió un tiro en la cabeza y quedó extendido en el suelo.

El alférez Martínez empezó a llamar a Corona con gritos desaforados. El jefe corrió al llamado. Se trataba de que el coronel Gregorio Gutiérrez estaba causando fuertes bajas a los franceses, que caían despeñados en sus intentos por escalar el parapeto.

Corona tomó nota satisfecho, pero sabía que el peligro estaba todavía en el flanco izquierdo.

Pero, confundido por los gritos del ayudante de Corona, el jefe encargado de esa posición, la de la izquierda, la abandonó, dando lugar a que el enemigo la ocupara.

Corona intentó regresar sobre sus pasos y volver a su punto de observación. No le fue posible. En un instante también fue ocupado por los franceses.

En seguida, la fuerza de Gutiérrez, viendo las ventajas que tomaba el agresor, se fue batiendo en retirada.

Corona, en medio del huracán del desastre, alcanzó a ver que el jefe de la fuerza de la izquierda, también en retirada, disputaba el tránsito de una cañada en dirección al mineral de los Metates.

Entonces se echó a una barranca, en medio de una lluvia de tiros. (5)

Resbalando, chocando contra rocas y plantas espinosas, el militar llegó al fondo de la cañada con la ropa y las carnes desgarradas. El suelo de pronto se hizo horizontal y recibió con un último golpe la huida de Corona.

Entre la inconciencia, la memoria de la derrota y el vértigo del descenso de la barranca, escuchó el canto de una lechuza, sacudida de su sueño en pleno medio día. Oyó también el murmullo indiferente de un hilo de agua y se arrastró hasta alcanzarlo. Cuando se levantó para continuar caminando se dió cuenta de que había perdido las botas.

Descalzo, echó a andar.

El ardiente sol llegado del desierto de Durango seguía siendo quemante en las soledades de la Sierra Madre sinaloense. Ese sol que tostaba al golpeado militar le indicó el rumbo al que debía dirigirse para reencontrar a sus hombres. Corona caminó y caminó hacia el noroeste, subiendo y bajando laderas y cerros hasta que oscureció.

Cubierto por los cantos de los insectos nocturnos, Corona llegó al rancho de don Jesús Guerrero, un viejo chinaco bien conocido en la región.

El consuelo de la hospitalidad de Guerrero no se limitó a comida y agua para el general, sino que también se extendió al préstamo de la única mula que la familia conservaba, y la guía de uno de los muchachos del chinaco, para conducir a Corona al mineral de Zaragoza.

—Sí, Ramoncito, en la cuesta de Guamúchil no hay fuerzas nacionales. Me informé que Domingo Rubí y Gutiérrez, que lograron reunirse, enviaron a varios exploradores a buscarte. Hasta creían que te habían matado y por lo menos buscaban dónde estaba tu cuerpo. Los franceses no llevaban ningún prisionero, en-

tonces creían que si te habían agarrado, ya estarías por lo menos fusilado, —dijo Guerrero.

Al rancho de Guerrero habían llegado una docena de dispersos de la fuerza de Corona.

Sin descansar más que el tiempo que tardó en comer, beber y vestirse con un pantalón y camisa que Guerrero le regaló, Corona salió con su guía y sus soldados.

Así había empezado el año para los republicanos.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

D. Jesús Guerrero, Rancho El Palmar, Sinaloa.

Querido amigo:

Tras despedirme de su hijo, que tan grandes servicios me ha prestado en las aciagas circunstancias que usted conoce, no menores que los que usted me obsequió, le envío la presente, para que usted la conserve como prenda de mi eterna gratitud, para que cuando triunfe la causa de la nación, como sin duda habrá de ocurrir, yo mismo o cualquier jefe republicano que me sobreviva, recompense como es justo y debido el rasgo humanitario que usted tuvo, que sólo muerto podría olvidar. Quedo profundamente obligado con usted.

General Ramón Corona, Mineral de Zaragoza, Sinaloa, 2 de enero de 1865. (7)

+++++

Corona escribió cartas informando de lo ocurrido a sus subalternos Rosales, Rubi y Angel Martínez. A Antonio Rosales le pidió que transmitiera los informes al ministerio de guerra, que entonces debía encontrarse en Chihuahua. Esperaba rehacer muy pronto a su fuerza y ponerse nuevamente en campaña y citó los jefes guerrilleros en la población de Fánuco, para el día cinco.

Encaminándose hacia ese pueblo, Corona pasó por Copala. Ahí lo alcanzó don Juan Quevedo, el padre de Juanito, su escribiente.

—General, —dijo don Juan con el sombrero en la mano. —Toy buscando a m'hijo. Nadie me ha sabido dar razón del.

—Don Juan, me aflige mucho eso, —respondió Corona. —Tampoco yo le puedo

dar noticias precisas. La última vez que lo ví, Juanito estaba observando con el antejo los movimientos de los franceses, en el momento en que nuestras posiciones eran atacadas por el enemigo. Yo creo que habrá sido hecho prisionero, pues su edad habrá hecho que el vencedor lo respete.

Con los ojos inundados y enrojecidos, don Juan Quevedo se despidió. Ya iba hecho a la idea que sólo encontraría el cadáver del niño.

Rumbo a Pánuco, Corona se fue reuniendo con sus hombres. En el rancho de Concordia ya iban con él Rubí y Gutiérrez. Las fuerzas coronistas ocupaban Presidio, Palos Prietos, Higuera, Siqueros y los caminos entre estas poblaciones, cercanas todas a Mazatlán. Corona pensaba en que tenía que revertir la derrota, justo cuando los franceses estarían festejando.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

General Ramón Corona. Rancho de Concordia o Pánuco, Sinaloa.

He encontrado el cadáver de mi hijo: los vecinos de Pueblo Nuevo me han conducido a un lugar en donde, entre los restos de otros trece valientes, he levantado los del ser más querido de mi familia. En su ropita encontré todavía un balero que su padrino le había regalado. Los guías me han informado que aquellos habían sido los únicos prisioneros de los franceses, y que sin consideración al valor ni a la edad, los habían pasado por las armas sobre el reducto del cuartel general lanzándolos al fondo del barranco. En este momento salgo para Pánuco para dar sepultura a mi propio hijo. Dios conceda a la espada de usted la gloria de vengar la sangre de los mexicanos derramada por los invasores y sus cómplices, y me permita ponerme pronto a sus órdenes, para morir a su lado combatiendo por la libertad de mi patria y por la memoria sagrada de mi hijo.

Juan Quevedo. Pueblo Nuevo, Sinaloa. 5 de enero de 1865. (7).

+++++

El día nueve, Corona recibió en Concordia un parte militar de Angel Martínez. El coronel le avisaba que los franceses acababan de acampar en el rancho de Veranos y que él salía con cien caballos a hostilizarlos.

En la madrugada del día siguiente, recibió otro parte del mismo jefe, fechado cerca de Veranos a la medianoche del nueve. Informaba que unos dos mil invasores se encontraban en ese rancho escoltando una conducta y gran cantidad de mercancías de Durango, pero que precabidos, habían asegurado sus caballerías

en un cercado inmediato al rancho, de donde su guerrilla había logrado sacar seiscientas acémilas, que había remitido al fiel pueblo de Jacobo. Que era posible ejecutar un golpe de mano contra los invasores, que tendrían que dejar las mercancías que llevaban, porque no tenían ya las mulas para acarrearlas, por lo que urgía a Corona a organizar un ataque.

Inmediatamente Corona citó a Gutiérrez, a Rubí y a Anacleto Correa, para presentarse en Veranos, al tiempo que él mismo se puso en marcha sobre aquel punto. Comunicó sus movimientos a Martínez.

Cuando se encontró con Angel Martínez, éste le informó de una escaramuza que sus fuerzas habían tenido con una fuerza de los Cazadores de Africa, que habían pretendido sin resultado quitarle las mulas.

A las tres de la tarde del once Rubí y Anacleto se reunieron con su jefe y Martínez y sus respectivas tropas.

Los informantes republicanos reportaron que las tropas francesas, que eran mandadas por el propio Castagny, se habían movido de Veranos a Siqueros, distante seis leguas, y que en el rancho habían dejado cieno cincuenta soldados del séptimo batallón de Cazadores de Vincennes, y cincuenta arrieros armados.

Corona dió descanso a su tropa. En pocas horas los hombres mataron y asaron cuatro reses, y las comieron sin tortillas.

En las primeras horas de la tarde, la fuerza republicana se movió hasta Tepus-ta. Ahí Corona fue informado de que el jefe francés en Veranos había pasado todo el día fortificándose en la casa principal.

Veranos se situaba en una pequeña eminencia, en el seno de la curva de una loma. Al lado de las construcciones pasa un río, con el mismo nombre que la población. Casi junto a la casa grande hay una iglesia y más cerca del río una pequeña casa de adobe. Entre esas tres construcciones, los franceses construyeron un parapeto triangular, aunque no les dió tiempo de construir fosos.

Conociendo todos esos pormenores, Corona lamentó nuevamente no contar con ni una pieza de artillería.

Contando con los elementos que contaba, dispuso atacar de noche.

Las cornetas francesas dieron el toque de lista de ocho. Entonces empezó todo.(8)

El ataque lo inició la caballería de Anacleto Correa. Un ataque tan brusco, que le permitió cubrirse con los propios parapetos levantados por los franceses. Sin dar tiempo ni a respirar, mucho menos a cargar los fusiles franceses, Correa y sus dragones saltaron los parapetos bramando vivas a su causa y blasfemias contra los invasores.

Ese ataque frontal, como era la intención de Corona, distrajo a los franceses, para que las infanterías, protegidas por la oscuridad, asaltaran por los flancos las posiciones enemigas. Rubí atacó simultáneamente con cien hombres desde el lado del río.

Los franceses abandonaron sus parapetos y se retiraron y se hicieron fuertes en las tres construcciones.

Una nueva carga de los soldados de Corona dejó la casa chica en poder de los republicanos. El portal de la grande estaba cubierto de sangre y dentro de todo el triángulo de la batalla montones de cadáveres de hombres y caballos.

Corona decidió apresurar el desenlace de su acción, pues una posible embestida de refuerzos de Castagny no la hubiera resistido. Entonces mandó a Martínez que un grupo de sus soldados, tomando zacate del techo de los jacaes vecinos preparara montones de fuego para arrojarlos sobre la casa grande.

Así se ejecutó. El incendio fue tan fuerte, que el calor provocó una explosión y las puertas y ventanas saltaron de sus goznes, como si un cañonazo hubiera acertado en su objetivo. El edificio quedó convertido en un horno que alumbraba la noche. Los franceses se arrojaron por las ventanas tratando de salvarse, sólo para encontrarse con la infantería de Rubí, que tenía prestos sus fusiles, sus lanzas y sus machetes.

Desde la iglesia, un fuego nutridísimo reveló la presencia desesperada de los enemigos. Anacleto Correa, a caballo junto a Corona, recibió un tiro en el costado y murió al instante.

Ramón Corona ordenó un nuevo ataque a las dos construcciones que quedaban. Tuvo éxito.

Los soldados vencedores se apoderaron de tres oficiales, cincuenta y siete cazadores de Vincennes y cuarenta arrieros. Los demás enemigos yacían muertos en el suelo.

A las tropas, Corona les había ofrecido como premio la mitad del botín obtenido. Lo demás debía pasar a la pagaduría. Pero sólo se tomaron veinte mil pesos, pues la mayor parte del dinero se había fundido o estaba bajo los escombros ardientes.

Antonio Rojas, "el hachero"



NOTAS Capítulo 5

1 Vigil e Hajar, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, p. 286 y 232; Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. V, p. 668; Salado, *Episodios Nacionales*, tomo VI, p. 428-430.

2 Vigil e Hajar, *Op.Cit.*, p. 234.

3 Victoriano Salado, *Tiempo Viejo*, 1902, *passim*.

4 *Homenaje a Corona*, p. 23.

5 Vigil e Hajar, *Op.Cit.*, pp. 24 y sig.

6 *Idem*, p. 243.

7 *Idem*, p. 244. El único agregado es la frase del balero.

8 *Idem*, p. 247 y sig.

Capítulo 6

LAS MUERTES DE ROJAS, ROSALES Y RIECHY

El hachero Rojas murió como un valiente.

Nunca a nadie se le ocultó la naturaleza irreductible del bandido, que a pocas semanas del enfrentamiento que le costó la vida a manos de una fuerza de franceses había impuesto un pacto a sus compañeros liberales un pacto en la hacienda de Zacate Grullo por el que se no sólo se comprometían a defender la independencia y la república contra toda intervención, sino que consideraba enemigos a todos los que no aprobaran el pacto. Desde luego, los enemigos serían pasados inmediatamente por las armas.

El documento que Rojas hizo firmar decía también que las poblaciones donde los republicanos no fueran recibidos con regocijo, serían incendiadas y sus pobladores obligados a pelear como soldados rasos, o pasados por las armas.(1)

Muchos liberales consideraron absurdo y monstruoso el dicho pacto, pero Rojas era muy terminante:

—Todos los mexicanos debieran ponerse bajo las armas. Los que pueden pelear y no lo hacen, son traidores, aunque den pretextos. ¿Pues qué? ¿Nosotros tenemos más obligación que ellos de exponernos? ¿Hemos de estar padeciendo toda clase de sacrificios mientras los demás, que son tan mexicanos como nosotros permanecen en las poblaciones sin arriesgar ni una uña? Luego, cuando pase la bola, verán que esos serán los primeros en querer agarrar los mejores empleos. ¡Esos no son liberales, son convenencieros! (2)

Con Rojas se juntaron *La Simona* Gutiérrez, Rochín y Julio García, gobernador de Colima. Todos tenían fama que hacía temblar a las poblaciones enteras en que se presentaban.

En conjunto eran una fuerza de tres mil hombres, pero con ellos iban muchas familias y muchísimas mujeres, que engrosaban la fila hasta ocho mil almas.

Habían decomisado toda la caballada y las mulas de ranchos y poblaciones de Zapotlán a Colima y muchos otros bienes que llevaban como botín.

Rojas y Gutiérrez, a principios del año de 1866, se vieron perseguidos por el capitán francés Berthelin, el más sanguinario de los invasores, que ya había formado una fuerza irregular con aventureros de su país y bandoleros mexicanos. Berthelin adquirió en esas correrías un sombrero que llenó de dijes plateados, que quitaba a los derrotados.

Alcanzó a Antonio Rojas cerca de Autlán, en la hacienda de Potrerillos.

Rojas y Rochín acababan de desensillar los caballos y se aprestaban a descansar.

Berthelin aprovechó la sorpresa y aunque el hachero se parapetó para hacerle frente, pronto fue atravesado por tres balas.

Los vencedores se apoderaron de cuatro cientos caballos, cien mulas y siete mil pesos de plata encostalados.(3)

+++++

Urbano llevaba entre sus papeles un periódico de Guadalajara, *El Imperio*, que relatava una derrota de los liberales. Otra más.

Pero lo que interesaba al arriero no era el resultado de ese enfrentamiento. Ese no extrañaba a nadie, sino el hecho mismo de que hubiera quien peleara a los argelinos y les demostrara que su fama de caníbales no asustaba.

La gacetilla del periódico decía que se había producido un encuentro entre fuerzas de La Barca, a orillas del Lago de Chapala, y una gruesa partida de indios de San Pedro Xican, de las gavillas de Mateo Díaz. ¡Para los franceses no había otro nombre para hablar de los juaristas más que el de banda o gavilla!

Los indios pelearon embarcados en grandes canoas, armados de fusiles y rifles, y los imperialistas en dos barcas que se proporcionaron. A los indios se les agotó el parque, pero como son obstinados, mantuvieron una resistencia con flechas y armas blancas, hasta que sus canoas fueron abordadas. Muchos indios fueron muertos a la bayoneta y otros se arrojaron al agua. El periódico decía que murieron ahogados, pero para Urbano, más bien se debían haber escapado a nado.

Hubo catorce prisioneros, entre ellos dos mujeres que participaron en el combate. A los catorce los pasaron por las armas en La Barca, eso sí, después de que los confesó un cura. (4)

Por cierto que las operaciones en la costa no eran infrecuentes. Frente a Mazatlán, en la Isla de La Piedra, la guerrilla americana hostigaba constantemente a los buques franceses y hacía incursiones en las cercanías del puerto. En la Isla de La Piedra había una escuadrilla de canoas tripuladas también por americanos que se habían enlistado en las filas juaristas. (5)

Urbano llevaba también un cargamento de fulminantes que el gringo Fich había conseguido para Corona de un envío llegado de San Francisco a Mazatlán. (6)

El cargamento lo había comprado Patoni, pero era muy difícil llevarlo a Durango. Así que el gringo decidió mandarlo a Chametla y de ahí lo había recogido Urbano en su convoy de mulas. Nadamás habían destinado doscientos pesos para sobornar a los guardias en el puerto. ¡Por algo Castagny se quejaba de que la policía de Guadalajara y Mazatlán era toda partidaria de los republicanos y que los agentes de éstos entraban y salían de la ciudad cuando querían! (7) Ciertamente, estaban en su casa, lo que no podía decirse de los franceses.

+++++

Cuando Corona abandonó con sus tropas el campo de Veranos, sus exploradores le informaron que Castagny había llegado pocas horas después a las ruinas incendiadas. (8)

El general jalisciense llevaba sesenta prisioneros que representarían un gran desgaste de recursos y limitaban sus movimientos. Decidió ejecutarlos, como pocos días antes sus enemigos habían tratado a los prisioneros del Espinazo del Diablo.

—Es terriblemente exacto. No podemos cargar con ellos, —dijo Martínez cuando Corona conferenció con sus oficiales al llegar a un paraje llamado Pozo Hediondo, cerca del pueblo de Jacobo.

Fueron ahorcados los sesenta.

Los indios de Jacobo, republicanos sin duda, pidieron permiso para enterrar a los desgraciados franceses.

Castagny, encolerizado, ordenó que la hermana y la tía de Corona fueran expulsadas de Mazatlán. (9)

Las dos mujeres, sin equipaje, tuvieron que salir en una canoa hacia la Isla de La Piedra. Una escolta guerrillera las llevó luego a Concordia, adonde Corona se había retirado.

+++++

No es fácil mantener la unidad de hombres armados que retroceden.

Eso pensó Ramón Corona cuando recibió una carta de Bibiano Dávalos en que le pedía se trasladara urgentemente a Culiacán, pues el coronel Ascención Correa, primo del difunto Anacleto, se había apoderado de la plaza, y había desconocido a Rosales como jefe y como gobernador. La causa, aparentemente, era un incidente sobre la memoria de Anacleto, pero entre la tropa se hablaba de que la pugna era una cuestión relacionada con una dama.

Corona envió cartas a sus subordinados en que les mandaba suspender todo género de hostilidades.

En el camino hacia Culiacán, un alcance de un diario informaba que Correa y Rosales habían conferenciado y depuesto sus diferencias, en aras de no dividirse frente al enemigo.

Más tranquilo, Ramón llegó a Culiacán, para enterarse de que Rosales insistía en que se castigara a Correa.

—Eso es extemporáneo, Antonio, todo mundo sabe que llegaron ya a un arreglo, —dijo Corona.

—Yo sé que lo que te preocupa es que prospere el Ejército. No me opongo. Por eso te quieren tus soldados, y yo mismo, —dijo Rosales. —Pero entonces, Ramón, renuncio al gobierno y te dejo a tí el paquete.

—No'mbre, pérate. Dejarías las cosas como si todo hubiera sido un complot mío para hacerme del gobierno. Eso no, —rechazó Ramón.

—Pues a ver cómo le haces, porque yo me voy a Chihuahua a unirme a la columna de Don Benito.

Corona conocía lo inflexible de las decisiones de su amigo y de las dificultades que surgirían forzosamente si se quedaba cerca de Correa.

—Bueno, entonces dime a quién quieres que nombre en tu lugar, —propuso Ramón, —que no sea yo.

—No hay nadie que la oficialidad sostenga más que a tí, —dijo Antonio Rosales alzando la voz.

—Si no propones a nadie, si te vas irrevocablemente, yo voy a nombrar a Rubí.

—¿Qué? ¿Vas a dejar en ese cargo tan importante y ahorita a un barretero sin antecedentes políticos? ¿A un minero que deja minas de larga distancia que ni siquiera explotan?, No, Ramoncito. Eso no lo consiento. No me parece, —dijo Rosales.

—Pues si no te parece haz lo que se te venga en gana.

—Sí, —dijo Rosales. —Lo que voy a hacer es lo que te dije: renuncio al gobierno a tu nombre, y tú nombra al que te parezca.

Rosales salió del salón en que había conferenciado con Ramón.

Pocas horas después, Rosales y los integrantes de su Estado Mayor marcharon hacia Mocorito y luego llegaron a Choix. Iban hacia un enfrentamiento con fuerzas francesas, el último del héroe de San Pedro.

+++++

Urbano encontró en su camino una columna republicana salida de alguna derrota y que marchaba hacia ningún lado. Eran dos docenas de soldados casi desnudos a los que la disentería fulminaba. Iban descalzos, menos cuatro, que llevaban los pies chapoteando de sudor dentro de botas que no habían sido hechas para ellos. Presenció la agonía de un joven, sucio, sucísimo, con sangre seca que le formaba costras por toda la cara. Tirado en el suelo, el moribundo se defendía

con manos engarrotadas de los espectros de su delirio. Inmediatamente después de que lanzó el último estertor, un rebaño de piojos abandonó de prisa el cuerpo exánime. Urbano se asombró. Les informó a los enfermos del hospital de sangre instalado en San Ignacio y del decreto de Maximiliano por el que se aplicaba inmediatamente la pena de muerte a los republicanos. Artenga acababa de ser fusilado en Michoacán.

+++++

—Dicen que era muy fea, dijo Juan Baustista.(10)

"Yo no pude ver ni un retrato de ella, pero su hermana, doña Elena, es muy hermosa. Si Ignacia Riechy fue la mitad de bella, muchas mujeres tuvieron mucho qué envidiarle.

"Lo que sí supe es que era blanca, muy blanca, así que tan fea no debe haber sido (11). Su padre era español y ella nació en Guadalajara.(12)

"No se si es verdad que era fea, lo cierto es que nunca se casó, pero sí tuvo amores, o más bien sufrió por amores, pero ¿hay diferencia?

"Desde que era muchacha, en la casa de su hermana, que era ya casada, en la hacienda de Las Flores, Ignacia hacía los oficios de un mayordomo. Iba y venía sola de una finca de campo a otra, revisaba los trabajos, cuidaba a los peones.

"Yo creo que eso de ir sola, siendo una mujer de su condición, llamaba mucho la atención. Si hubiera sido una india, una vendedora...

"Yo creo que más que fea o bonita, era mucha hembra para los que la conocieron. ¿Pues cómo, señor, iban a convivir con ella, estando acostumbrados a tratar con damas llenas de melindres?

"El canónigo Verdía me dijo que en la guerra de los tres años fue corresponsal y agente de los puros en Guadalajara. Las mujeres siempre dan sorpresas, pero Ignacia daba más.

"Era amiga de casi todos los jefes liberales en Guadalajara. El general Refugio González era uno de ellos y me dijo que ella le comentó desde entonces que quería salir a batirse personalmente con el enemigo.

"Don Cuco la convenció de que, dado su sexo, era mucho mejor que se dedicara a prestar los auxilios que las mujeres prestan; auxilios preciosos, pero no en el combate.

"Cuando los franceses llegaron a Veracruz, Ignacia le pidió permiso al gobernador Ogazón para formar un batallón de mujeres, que saliera a combatir al invasor.

"Ogazón le tenía mucha deferencia y se tomó no poco trabajo para disuadirla de su idea. ¡Si no hubiera habido hombres! Pero sí había, según la convenció y le sugirió que organizara unas juntas de caridad, unas asociaciones de señoras para el socorro de los heridos y para allegarse recursos económicos.

"Ignacia fue el alma de esa campaña. Pero un día hubo un incidente que hechó a perder todo. Una cómica, una actrizita, quiso cantar un aria de Rossini, para una función de beneficencia que habían organizado las damas. Parece que no cantó bien, o que ni cantar sabía, y la mayoría de las señoras y señoritas se retiró del comité.

"Entonces Ignacia volvió a la decisión de su antigua idea.

"Fue a casa de su amigo el general Refugio, y le pidió que le ayudara a mandarse a hacer un traje de hombre.

"El general no tuvo cómo convencerla, y mandó llamar a su sastre.

"Don Refugio me contó que la vió muy mortificada cuando le tomaban la medida de sus pantalones y de su chaqueta. Ignacia era muy ruborosa, después de todo. Don Cuco me dijo que meses después ella le platicó que con lo del traje estuvo más cerca de arrepentirse de salir a pelear, que cuando luego oía las balas silbar a su lado.

"Como ya era una decisión tomada, Antonio Rojas le regaló unas botas. Don Ignacio de la Torre le regaló una pistola revolver con cachas de marfil.

"A Ignacia Riechy la incorporaron al Estado Mayor del general Arteaga, como su ayudante, y se fue hacia el interior del país con los jaliscienses que entraron en ejército mandado por Zaragoza. Estuvo en el encuentro de Las Cumbres, donde hirrieron a Arteaga, y cuando Puebla cayó, los franceses la hicieron prisionera. La llevaron a Orizaba. Ahí la hicieron padecer toda clase de vejaciones.

"Por cierto, hubo entonces varias mujeres poblanas y veracruzanas que ayudaron mucho a la causa. ¿Sabías que Porfirio y González Ortega salieron de la prisión vestidos de mujer mientras nuestras paisanas coqueteaban con los franchutes? ¡Si son enemigas de cuidado! Otras sacaron republicanos hasta de San Juan de Ulúa y no pocos compañeros se salvaron de ir presos a la Martinica.

"Creo que lo peor que les podría pasar a las mexicanas sería que adoptaran los modelos franceses para comportarse. Supe por Clemencia que algunas francesas y austriacas se asombran de que nuestras paisanas se laven el cabello tan seguido. Según las acompañantes de Carlota, al lavarse pierden color y brillo; yo creo que pasa lo contrario, pero como ellas no se bañan seguido... (13)

"Pero bueno, regreso a nuestra Ignacia. Un año después de que había salido a pelear, regresó a Guadalajara. Estaba muy enferma y era casi un esqueleto. Su hermana la cuidó, hasta que se curó y decidió salir otra vez a campaña. Elena, que era la única que podía haberla convencido de que no saliera, ni siquiera lo

intentó, aunque se le partía el alma.

"Entonces se dijo en la ciudad que estaba enamorada de un hombre, de uno de los jefes republicanos, y que ella no podía esperarlo, sino que lo seguía, pero como soldado, no como las mujeres que acompañan a la tropa.

"Eso de sus amores nadie me lo pudo asegurar y es un misterio, en todo caso, quién es o fue ese hombre.

"Salió con las fuerzas de Uraga hacia Michoacán y en una de las sublevaciones que se le presentaron a Rojas, Ignacia lo salvó, enfrentando a los cabecillas. Rojas decía que sus botas de regalo le habían valido la vida en esa ocasión.

"Luego supimos que estaba con las fuerzas de Régules, por Michoacán.

"Dicen que Ignacia se peleaba como una leona en los combates de los chinacos en que participó. Tenía muchos motivos para detestar a los franceses. Pero luego, no descansaba como sus compañeros. Con las otras mujeres de la tropa, atendía a los heridos, como una hermana de la caridad.

"Un día, ella estaba comiendo en una fonda en Zitácuaro. Comía sola, sentada en una mesa. En otra mesa, un soldado, que platicaba con un grupo de sus compañeros, hizo comentarios en voz alta, para que Ignacia oyera, diciendo que las mujeres debían estar en su casa, que nadamás estorbaban o eran motivo de distracciones, que su lugar no era el ejército.

"Ignacia se levantó de la mesa. Agarró el cajete en el que tenía su comida, lo azotó en el suelo y salió de la fonda. Luego se oyó un disparo. Se había dado un tiro en el paladar con la pistola de cachas de marfil...

Juan Bautista acabó su relato.

Ramón, que lo había escuchado sin interrumpirlo y había dejado enfriar la taza de café que sostenía entre las manos, nadamás suspiró.

NOTAS Capítulo 6

1 Este es el texto del Plan de Zacate Grullo. "art. 1o.- Los abajo firmantes nos comprometemos solemnemente y bajo juramento a defender la independencia de la República contra toda intervención, peleando hasta morir si fuese necesario. art. 2o.- Todos aquellos que no aprueben el presente pacto mostrándose indiferentes para la defensa nacional, serán considerados como enemigos y pasados por las armas. art. 3o.- Los que de cualquiera manera sean infieles con la República y hagan alianzas con el imperio serán pasados por las armas. art. 4o.- Las poblaciones en donde no sean recibidas las fuerzas republicanas con regocijo, negándoseles abierta hospitalidad, serán incendiadas y sus habitantes obligados a pelear como soldados rasos o pasados por las armas, según la gravedad del delito. art. 5o.- Todos los prisioneros que se hagan al enemigo, sean de la categoría que fueren, serán pasados por las armas inmediatamente sin necesidad de identificarse la persona. art. 6.- Todas las propiedades de particulares pasan a ser propiedad de las Brigadas Unidas' en consecuencia, todos aquellos que se rehúsen a proporcionar víveres, pasturas, dinero y cuanto más se les pidiere, serán pasados por las armas. art. 7o.- Todos los que forman las Brigadas Unidas son libres para firmar o no este convenio, pero una vez firmado tendrá la pena de muerte el que no lo acatare o cometiera delito de desertión". Pérez Verdú, *Historia particular del Estado de Jalisco*, 1902, p. 262.

2 *Idem*, p. 263.

3 Vicente Riva Palacio et. al., *México a través de los siglos*, tomo V, p. 678-681.

4 *El Imperio*, Guadalajara, 1o. de febrero de 1865, núm 60, p. 4.

5 Vigil e Híjar, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, p. 340.

6 *Idem*, p. 257.

7 *Idem*, p. 260-261.

8 *Idem*, p. 253.

9 *Idem*, p. 255.

10 Victoriano Snlado Alvarez, *Episodios Nacionales*, 1902, t. VI, *passim*.

11 Un estudio sobre lo que se consideraba como modelo de belleza femenina es el de Marcela Dávalos, "La belleza femenina en la literatura mexicana del siglo XIX", en *Historias*, núm. 16, México, enero-marzo de 1987, pp. 45-56.

12 Luis González Obregón et al., *Liberales Ilustres Mexicanos de la Reforma y la Intervención*, 1890, *passim*.

13 Paula Kollonitz, *The Court of Mexico*, 1868, *passim*.

General Antonio Rosales



Capítulo 7

ARMAS DE CONTRABANDO

Eulogio Parra, montando un caballo árabe, galopaba por la playa de Abal, cerca de Mazatlán.

Lo perseguían los gritos que en francés le lanzaba el comandante de los Cazadores de Africa, el conde de Montholon.

No necesitaba conocer las palabras para entender el tono amenazante que acompañó cuatro tiros de pistola que rozaron los hombros y la cabeza del chino.

Los cascos del caballo de Eulogio levantaban montones de arena mojada que llegaban a la cara del jinete. Ya no oía balazos; pensó que el francés tendría su espada en la mano y sintió la respiración agitada de la montura de su perseguidor en las ancas de la suya.

El chinaco jaló el freno de improvisó e hizo girar en redondo al obediente animal al tiempo que sacaba de la funda su pistola y apretaba las piernas afianzándose en la silla.

El conde se topó de frente con la bala que Eulogio disparó a quemarropa, casi tocándole el pecho. (1)

+++++

Chinacos como Parra sintieron el cambio de la dirección de los vientos con el comienzo de 1866.

Mientras Benito Juárez, en Paso del Norte, dividía sus cuidados entre los dientes que le empezaban a brotar a su nieta María, la epidemia de cólera que azotaba a Washington, donde estaba su familia refugiada, y conseguir armas, hacerse obedecer, y mantener la unidad de los antiimperialistas, los soldados republicanos mantenían la presencia que realmente sostenía al presidente, aunque hubo días en que el abogado oaxaqueño no tenía ni para pagar su comida. (2)

Corona había ordenado hostigar Mazatlán y las guarniciones cercanas, como Urias y Palos Prietos. Sus guerrillas actuaban también en Sonora y recibía refuerzos de la Baja California. (3)

Logró instalar una maestranza de pólvora en medio de la sierra y sus artesanos convertían el armamento de chispa quitado al enemigo en armas de percusión.

Los exploradores del general Corona habían difundido la versión de que el Ejército de Occidente tenía sobre las armas a más de cuatro mil hombres, cuando apenas eran mil doscientos, y esa desinformación mantuvo a los franceses sin salir del puerto, hasta que en marzo organizaron un ataque simultáneo con dos

columnas que pretendieron atezar a Corona. Una fuerza saldría de Mazatlán y la otra la encabezaría Manuel Lozada en persona.

Lozada salió de Tepic hacia el norte.

Esos planes eran bien conocidos por el jefe juarista, que buscó impedir que se unieran las dos columnas, la que salió por fin del puerto, y la de Lozada que llegaba sobre Sinaloa al frente de dos mil indios. Llamó a sus guerrilleros a concentrarse en Concordia, donde había instalado su Estado Mayor y entonces, por primera vez en años, se produjeron varias batallas en forma, con miles de soldados por cada bando.

Los muertos fueron cientos.

En Mazatlán, una tarde de domingo, Urbano paseaba con Esteban Zákany y Coloman Tiji, dos húngaros que habían hecho campaña en la guerra civil estadounidense y portaban cartas del cónsul mexicano en San Francisco, el señor Godoy, con la recomendación de incorporarlos a las fuerzas de las brigadas de Sinaloa. (4)

Zákany y Coloman habían llevado junto con sus cartas un cargamento de cien mil fulminantes que también enviaba Godoy.

Bien guardado el cargamento, los húngaros y Urbano esperaban el momento oportuno de trasladarse fuera del puerto.

A lo largo de la playa, mientras caía el sol y bandadas de aves buchonas se zambullían constantemente entre las olas, los tres hombres caminaban hacia la plaza, donde ya afinaba sus instrumentos la banda de música de la guarnición francesa para la acostumbrada serenata dominical.

—Las batallas continúan en los periódicos, dijo Urbano.

—Yeah, —asintió Zacany en su medio español. Limos en *L'Estaffete* que Corona fue perdido en Concordia.

—Sí, y el 5 de mayo afirma lo contrario, —agregó Urbano.

—¿Qué es el verdad?, —terció Tiji.

—Pues todavía está por verse, pero nadie se explica por qué Lozada se regresó a Tepic, si es que ganó.

—¿Es verdad que Lozada renunció a su jefatura?

—Sí, si es cierto, —dijo Urbano cuando con sus acompañantes llegó a la plaza. Del kiosco ya salía un vals. Una fila de muchachas hermosas y engalanadas daban vueltas repartiendo miradas y los solteros, formando un círculo que rodeaba al de las damas, caminaban en sentido contrario.

—El pretexto que Lozada dió para renunciar es que quiere dedicarse a sus negocios particulares y atender su salud. Parece que tiene tuberculosis. (5) —agregó Urbano, que se detuvo a la orilla de la plaza, contemplando el espectáculo de la serenata, que también disfrutaron los húngaros.

En esa plática estaban, cuando sin saber de dónde, sobre la banda de música llovieron pedradas, gritos en favor de la República y vivas a Corona. (6)

La serenata fue dispersada por soldados armados y los propietarios de las fincas en derredor de la plaza se prepararon resignados para pagar la multa que sin duda les sería impuesta

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Dr. Juan Bautista Hija y Haro, Guadalajara, Jalisco.

Querido amigo:

¿Qué cosa es triunfar?

Para nosotros, en este momento, significa el abandono de Concordia por Lozada; su retiro a la vida privada, dice él. Eso significa que él también ve lo cerca que está la derrota del imperio.

Son muchas cosas las que se van juntando: es inminente la salida de nuestro país de las tropas francesas. Ese es el único apoyo verdadero de Maximiliano.

Festajamos mucho lo de *La Orquesta*, que los conservadores llevaron a prisión al periodista que criticó a Zuloaga, y el propio Maximiliano lo dejó libre y le recomendó que prosiguiera. Asombra el humor del hombre, que ni siquiera se molesta por la canción que la chinaca canta a su mujer. Flema europea.

Me parece muy interesante la discusión que me planteas sobre Estados Unidos y Europa. No hay duda de que la doctrina Monroe no se ve sino por la predicción del buitre de la expansión. ¡Habrá ciegos que no lo comprendan!, pero nosotros no lo dudamos y te mando los últimos del *5 de mayo* para que tus ojos lo confirmen. Nos ha costado no poco trabajo conseguir el papel para sacar sin falta cada semana nuestro periódico, pero Sepúlveda hace milagros y no hemos dejado de hacerlo.

Acerca del asunto de Washington, es bien cierto que la falta de reconocimiento de Estados Unidos al titulado imperio nos favoreció. Es muy astuto el canciller mister Seward, y el presidente Lincoln ha guardado una actitud que no disimula sus simpatías por Don Benito.

No es extraño que todo este encadenamiento de hechos preste materia a los partidarios de la invasión francesa para reprocharnos que abrigamos proyectos contra la independencia. Se que ese argumento anda en boca de los afrancesados y hasta nos tachan de volver la mirada hacia el norte, poniendo en riesgo la independencia.

Pero no se trata de eso. Entre subordinarse a un poder extranjero, dejándole plena libertad para que constituya al país como mejor le venga a su antojo, y aliarse el gobierno nacional existente con otro extranjero para repeler a un enemigo común, hay una inmensa diferencia. Lo segundo se ve todos los días sin que nadie lo considere como un acto que amengue de alguna manera la soberanía de las naciones.

Sabemos lo que traemos entre manos y nuestra resolución es terminante: estamos dispuestos a aliarnos con cualquiera que sin peligro para la nacionalidad nos ayude a arrojar al profanador del suelo natal.

Desde aquí estamos pendientes de los intercambios de informes entre las Tulerías y Washington, casi con tanto cuidado como de los preparativos lozadeños y los que se hacen en Mazatlán. Está anunciado el retiro francés este mismo año. No nos resistieron (7). En estos momentos, tan importantes como los hechos de armas son las batallas de nuestros exploradores, que dan en el puerto los informes que nosotros queremos, y de nuestros amigos que nos ponen al tanto de lo que realmente sucede en el campo enemigo. En eso somos superiores sin duda.

¿Qué es triunfar?, vuelvo a preguntar.

Mándame decir, por favor, cómo están María de los Angeles y mi tía. A ti te mando un fuerte abrazo y no dudes que pronto estaré en Guadalajara para dártele personalmente, de paso hacia México, adonde vamos a llegar pronto.

Tu amigo

Ramón Corona. Culiacán, 3 de mayo de 1866.

+++++

A las cuatro de la madrugada, por la escala del vapor *John L. Stepehns* el rubio estadounidense Francisco Dana subió a cubierta, seguido de nueve de sus compañeros, supuestos pasajeros americanos. (8)

El silbato del buque había anunciado que los pasajeros debían embarcarse pronto. Dana fue recibido por el capitán, mister Wakeman, a quien había conocido años atrás en San Francisco.

El marino estrechó la mano del joven pasajero y éste, con la que tenía libre sacó un revólver. Jaló el disparador y encañonó a su paisano.

El buque estaba surto frente a Cabo San Lucas.

Cabo San Lucas era un pequeño puerto con varias construcciones de un solo piso, blancas, enclavadas, alineadas sobre la playa. La más grande de esas construcciones era la aduana y las otras eran propiedad de las empresas comerciales extranjeras, estadounidenses, inglesas y españolas. Algunas de éstas tenían verandas con macetas de flores, mecedoras y hamacas.

Un poco más lejos del embarcadero, entre palmeras e increíbles cactus gigantes, se alineaban las chozas de los indios, cargadores y pescadores indispensables en el centro comercial, que lo mismo bajaban equipajes y cargamentos, que surtían de agua y galletas duras a las tripulaciones de los barcos de todas las banderas que para entonces regularmente tocaban la punta de la península en su navegación de cabotaje.

El *John L. Stephens* pertenecía a la compañía de vapores paquetes, "Imperial mexicana del Pacífico", y regularmente hacía un recorrido mensual desde San Francisco hasta Acapulco, tocando varios puertos mexicanos en el trayecto, llevando y trayendo pasajeros y mercancías. No era un buque de guerra.

La luna y una bujía prendida que sostenía un marino alumbraron la sorpresa del capitán Wakeman. Dana era el comandante de la brigada americana que operaba con el Ejército de Occidente.

Lo que sucedía era que Urbano había sabido en Mazatlán que el comisario imperial había encargado a San Francisco la compra de varios cientos de rifles y otros pertrechos de guerra. Sabía también el nombre del agente francés encargado de llevar el cargamento en el barco de pasajeros, mister Chavon, quien declararí que llevaba cajas con vino y herramientas. Puntualmente informó a Cozona y éste fraguó un plan con Dana para apoderarse de ese armamento.

Audaz, el joven comandante americano y sus compañeros ejecutaron su cometido sin ningún titubeo.

Estrechado el capitán a que obedeciera, no le quedó más remedio que someterse, aunque alegaba el carácter neutral de su nave.

Francisco Dana dijo que llevar armamento no tenía nada de neutral.

Mientras, los demás guerrilleros se habían posesionado del barco, sometiendo a la tripulación y a los pasajeros. Mister Chavon mostró cuál era el cargamento que llevaba.

Dana mandó a uno de los suyos que desclavara una tapa de una de las cajas de madera. Relucientes rifles americanos se asomaron ante la mirada satisfecha de los captores del barco.

Francisco Dana mandó al capitán que enfilara el barco hacia La Paz. El último silbido del vapor se confundió con el gusto que saltaba en las sonrisas de los guerrilleros americanos.

+++++

En Mazatlán, el retraso de la llegada del John L. Stephens causó inquietud.

Las mujeres que esperaban parientes, sobre todo si eran sus hombres, pensaban en desastres, pero no había temporales en esa época. Los más sensatos conjeturaban algún otro contratiempo que habría detenido la embarcación en otro puerto.

Urbano mandó una carta reservada en la que informaba que nadie sospechaba que la falta del vapor fuera motivada por haber caído en poder de los republicanos.

Cuando el vapor llegó al puerto sinaloense, el pobre capitán Wakeman fue reducido a prisión a bordo de su mismo barco, con la intención de que lo ocurrido no se difundiera. Pero los oídos de Urbano estaban en todas partes. También informó que dos barcos de guerra franceses habían salido en persecución del comandante Dana.

Urbano se trasladó a Playa Colorada, adonde había sido informado a su vez de que Dana había enviado el cargamento decomisado. Tenía la encomienda de arreglar el envío de los pertrechos a territorio republicano.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Brigadas Unidas.- Comandante en jefe Ramón Corona. Presidio o donde se halle:

En cumplimiento de la comisión que se sirvió usted encomendarme, tengo la honra de manifestarle que el día seis del actual, a las cuatro de la mañana, verifiqué la captura del vapor *John L. Stephens*, que conducía armamento y pertrechos de guerra para el enemigo que ocupa la plaza de Mazatlán.

La aprehensión de dicho buque se practicó en Cabo San Lucas, en aguas de la República. En razón de que la bahía del puerto de Altata no tiene profundidad suficiente, me fue necesario arribar al puerto de La Paz, en donde mandé descargar todo el contrabando de guerra.

Doce horas mantuvieron en custodia el buque gentes de la fuerza de Dávalos.

Los objetos que he descargado en estas playas son los siguientes:

Veinticinco cajas de rifles Enfield; once cajas de monturas; veintidos cápsules, ocho barriles de pólvora y otras municiones; cuatro cajas de botas, algunas otras armas, y la correspondencia y documentos imperiales que acreditan la procedencia de todos estos efectos, que entregaré a la persona que se me designe.

Lo comunico a usted para su conocimiento y el del ciudadano ministro de guerra y marina.

Francisco Dana, Playa Colorada, abril 24 de 1866. (9)

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Don Juan Bautista Híjar, Guadalajara, Jalisco.

Mi querido amigo:

La noticia ya te habrá llegado, pero te comunico el detalle que el propio don Gaspar Sánchez Ochoa, que es el gobernador que don Benito había nombrado y que todos acatamos en lugar de rosales, cedió su nombramiento en favor de Antonio. La brigada, te lo confirmo, pasa a ser Ejército de Oriente. Es un gusto ese compromiso. Mi nombramiento es con fecha de la acción de Veranos. Con el portador, te mando un abrazo, un paquete de galletas duras recién hechas y los camarones secos que te gustan.

Me despido para participar en la celebración.

Ramón.

General de División Ramón Corona, Culiacán, 25 de mayo de 1865.

NOTAS Capítulo 7

1 Vigil e Híjar y Haro, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, p. 252.

2 Benito Juárez, *Documentos, Discursos y correspondencia*, 1962, t. 10, p. 865 y t. 11, p. 113-114.

3 Vigil e Híjar, *Op. cit.*, pp. 356-388.

4 *Idem.*, p. 375.

5 Jean Meyer, *La tierra de Manuel Lozada*, 1989, p. 192.

6 *El 5 de mayo*, Culiacán, núm 8, 16 de abril de 1866.

7 La posición de Corona está bien descrita en la reseña de una conversación que mantuvo con don Francisco de Aragón, vecino de Cosnlá. Vigil e Híjar, *Op. cit.*, pp. 310-312. Además, en *El cinco de mayo* a lo largo de casi todos los 30 números publicados.

8 Vigil e Híjar, *Op. cit.*, pp. 354-355. También *El 5 de mayo*, núms. 8 y 10, del 16 de abril y del 5 de mayo de 1866.

9 *Idem.*, p. 381. El único agregado es que fueron fuerzas de Dávalos las que resguardaron el barco cubriendo la retirada de Dana. En su parte militar, el comandante de la brigada americana no identifica quiénes eran estos hombres.

Juan B. Sepúlveda
secretario del Cuartel General



Capítulo 8

REGRESO A GUADALAJARA

—¡Nada más eso faltaba!, dijo Ramón, recostado en un petate bajo la sombra de un grupo de higueras. —A estas alturas no estamos para pleititos penosos cuando tenemos que preparar una gran campaña.

Eulogio Parra, el arrojado Angel Martínez y Francisco Tolentino lo escuchaban y asentían, disfrutando también de la sombra en medio de la calurosa tarde junto a un arroyo.

Ramón recibió el infaltable café que le ofreció una de las de molenderas que habían echado tortillas para las cuatro centenas de soldados que acababan de comer en un insólito día de campo.

Por unas horas, la guerra pareció ajena al grupo de hombres que prepararon dos reses completas, sin excusar las sabrosas cabezas y las lenguas, preparadas cada una aparte, acompañando los platos que se sucedieron con suaves tortillas cocinadas en comales de barro. Una dosis de tequila para la tropa y café para el jefe completaron el banquete sobre la hierba.

Vigias armados protegían el jolgorio donde los chinacos se dieron gusto jugando con sus reatas y corriendo sus caballos en ruidosa competencia.

—Eso, eso, que rivalicen aquí. A la noche serán como hermanos, dijo Ramón.

El día de campo en el paraje El Recodo había sido organizado por Corona luego de que habían surgido antagonismos entre los cuerpos recién llegados de Sonora y los batallones que habían permanecido en Sinaloa. (1)

Los ejercicios militares, la disciplina profesional que ahora ejercitaban diariamente, no habían bastado y el festivo descanso surtía los buscados efectos.

Angel Martínez preguntó a Corona:

—¿Es cierto que te fuiste a meter a las narices de los franceses?

Corona rió antes de contestar:

—Sí, hombre, pero no es para tanto. A lo que pasó realmente le han agregado mucho.

—¿Pues qué pasó realmente?, —preguntó Angel, que había estado meses peleando con yaquis, pimas y ópatas.

—Pasó que quise ir con Urbano y Eu a ver cómo se divierten los franchutes y a ver qué tanto me ha servido el Olendorff.

—¿Y?, —insistió Angel, mientras Eulogio se reía y aclaraba que *El Imperio*, el semanario publicado en Guadalajara, estaba publicando un curso de francés, que Corona estudiaba cuidadosamente.

—Fuimos a un café en El Presidio, cuando todavía lo tenían ellos. Y no, no les entendí casi nada. Pedimos nuestro café y después de unos momentos lo sólo distinguí que decían mi nombre, y salimos a la carrera, —dijo Corona riendo de la aventura.

—Nomás oíamos que decían "guiri-guiri Corona", y un francés señalaba para nuestra mesa, y el examen de francés de Ramón se tuvo que suspender, —agregó Eulogio. (2)

—Urbano se tiene que cuidar más, creo que se expone demasiado, ¿no?, —observó Angel.

—Iba caracterizado de lozadista; ni su mujer lo habría reconocido. No te preocupes, se sabe cuidar, —aclaró Eulogio, mientras Ramón asentía.

—Antes de que levantemos el campo, —dijo Corona, refiriéndose a un campo muy diferente del que tenían que levantar al fin de las batallas, —he de hablar con ustedes sobre las mil cosas que tenemos que hacer, ahora que somos Ejército. Citó a Eulogio y a Tolentino a una reunión para esa misma noche en El Presidio.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

C. general Ramón Corona.- donde se halle.

Atendiendo al muy acreditado patriotismo de usted y a sus importantes servicios prestados a la causa nacional, el ciudadano presidente de la República, en junta de ministros, ha tenido a bien acordar se confiera a usted el carácter de general en jefe del Ejército de Occidente, con las facultades e instrucciones siguientes:

1o.- Tendrá bajo su mando a todas las fuerzas que haya o pueda haber en el Estado de Sinaloa, bien sean del Ejército, de la guardia nacional o de cualquier otra denominación.

2o.- Tan luego como juzque usted posible, según las circunstancias, dejar asegurada la defensa nacional en el Estado de Sinaloa, deberá usted marchar al Estado de Jalisco, considerando también la situación de Colima.

3o.- En el territorio donde usted extienda su acción, procurará usted organizar y aumentar el mayor número posible de sus fuerzas y le estarán subordinados los empleados de hacienda, teniendo facultad de nombrar y remover a los funcionarios.

40.- Con el caracter de general en jefe del Ejército de Occidente, y en el ejercicio de sus facultades, se entenderá usted directamente con el supremo gobierno por los ministerios de cada ramo, según los casos.

Transcribo esta comunicación al ciudadano gobernador y comandante militar del Estado de Sinaloa y al ciudadano general en jefe del Ejército del Centro, para su conocimiento.

Y lo comunico a usted para su conocimiento y fines consiguientes.- Independencia, libertad y reforma.- Paso del Norte, mayo 26 de 1866.- Iglesias, Ministerio de Relaciones y Gobernación. (3)

+++++

El Ejército de Occidente, con dos mil efectivos armados, municionados, disciplinados y con la moral alta, hostigó diariamente a los franceses en Mazatlán y finalmente en octubre les puso sitio.

Dentro de la ciudad, novecientos franceses y cuatrocientos lozadistas se hacían fuertes, pero no pudieron impedir que Corona tomara el fuerte de Palos Prietos, distante apenas una milla del puerto.

Nadie entró ni pudo informar en la plaza que durante más de una semana las fuerzas de Corona se habían reducido apenas a trescientos soldados.

La razón de ello era que el vasto plan organizado por el jefe republicano incluyó la salida de una vanguardia hacia Jalisco.

Esas fueron las órdenes que Corona les dió a Eulogio Parra, Francisco Tolentino y Donato Guerra, quienes marcharon con novecientos soldados, cruzando el territorio lozadista, el cantón de Tepic.

El paso de la vanguardia fue protegido por otra fuerza mandada por el coronel Manuel Márquez, quien debía regresar prontamente a reintegrarse al sitio de Mazatlán.

Las noticias que llegaban de otros puntos del país no eran tranquilizadoras para los franceses. Guaymas había sido desocupada por los imperialistas y los republicanos habían perseguido en el mar a los jefes indios que apoyaron al imperio. Capturados, fueron fusilados en el puerto sonorense.

Juárez se movió de Paso del Norte hacia Chihuahua, iniciando el regreso de su peregrinaje.

La vanguardia del Ejército de Occidente, jefaturada por Eulogio, avanzó hacia el sur.

Potrerrillos, Escuinapa, El Ciruelo, Acajoneta, San Miguel, Rosa Morada, el va-

do San Pedro y Santiago Ixcuintla, fueron puntos que alcanzaron sin más novedad que el chorrillo que agarraron algunos soldados que comieron fruta verde. (4) Si encontró fuerzas de Lozada, éstas se retiraron sin combatir.

Eulogio fingió un avance sobre Tepic, pero contramarchó hacia San Blas, para tomar camino por la playa. Estaba a mitad del camino hacia Guadalajara.

Pero una de las peores noticias para los franceses era la extraña conducta de Lozada.

Inexplicablemente, el cacique cora rechazó el nombramiento que Maximiliano le confirió como jefe de la División de Nayarit (5).

Un segundo rechazo recibió el emperador cuando nombró a Lozada comandante en jefe de los departamentos de Nayarit, Sinaloa y Sonora, con poder político independiente de los comisarios imperiales. Se aferró a su respuesta sobre su mal estado de salud. (6)

+++++

En una de las fortificaciones mazatlecas los franceses izaron la bandera de parlamento. (7)

Ramón Corona dirigió su lente hacia el sitio que le indicó Zácany y ordenó al corneta tocar retirada y reunión.

Rubí, *La Simona*, la brigada americana, los batallones que Manuel Márquez había reincorporado, todas las fuerzas disponibles, suspendieron el ataque que por tercer día consecutivo habían sostenido sobre las líneas parapetadas del puerto viejo y del puerto nuevo, sin que la presencia de tres barcos de guerra franceses surtos en el puerto los hubieran dañado demasiado.

Eran las nueve de la mañana del 13 de noviembre de 1866. Nadie había desayunado. El último ataque lo sostenía Corona desde la medianoche anterior.

Del puerto se desprendió una carretela donde iba un oficial ayudante de Marina, seguido por un dragón.

El diminuto desfile se detuvo ante la primera avanzada. Un oficial juarista mandó conducir al oficial de marina, vendado de los ojos, al cuartel general en Palos Prietos. Llevaba un oficio escrito en francés donde el jefe de la plaza, el vice almirante Mazeve, comandante en jefe de la división naval francesa en el Pacífico, informaba que desocuparía el puerto, siguiendo órdenes del mariscal Bazaine.

Corona advirtió al oficial de Marina que las hostilidades quedaban suspensas y que inmediatamente remitiría su contestación.

Mientras Ramón dictaba una dura pero cortés contestación, pensaba también a quién mandaría como portador del oficio. Casi todos sus oficiales estaban semidesnudos o cubiertos con improvisados trajes hechos con tiras de manta, donación de la fábrica de hilados del Presidio, pero que no habían sido debidamente cosidos. Mandó con la respuesta al coronel Ignacio Escudero, el que estaba menos peor trajendo.

Escudero regresó poco antes del mediodía. A las doce y cuarto se tuvo aviso en el cuartel general de que el enemigo, durante el tiempo que duró el cambio de comunicaciones, había evacuado la plaza.

Las guerrillas y los batallones de Corona ocuparon la línea fortificada y una avanzada ocupó la plaza principal.

El general mandó que el resto de la fuerza formara una columna y con sus jefes a la cabeza emprendió la marcha sobre el puerto.

Los sufridos republicanos fueron saludados con salvas de victores y aclamaciones.

En la garita de tierra, por el puerto viejo, una comisión de señoras recibió al general en jefe. Las olas, a la derecha de la columna, acompañaban con su rumor las notas marciales con las que el Ejército hacía su entrada al recuperado puerto.

Las damas habían tejido coronas de laurel que colocaron en la frente de los oficiales republicanos.

Una muchacha americana, Mary McEntee, llevaba los laureles para Corona. Al acercarse a entregarlos, dejó caer su pañuelo. El general se apresuró a levantarlo y devolverlo a su dueña. La mirada verde de Mary se clavó en el pecho de Ramón como ninguna bala enemiga se había atrevido hasta entonces.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Sr. general D. Ramón Corona.- Donde se halle:

Querido amigo:

La tarde de hoy una fuerza imperial ha desperasado a la mía en este pueblo y he caído prisionero: mañana seré fusilado coforme a lo dispone una ley del imperio.

La suerte me ha sido adversa y muero con resignación, con la conciencia de que

he cumplido con los deberes de mexicano. Paciencia, pues.

Quedan mis hijos huérfanos y sin recursos para hacer su educación. Usted, mi general, comprenderá que la idea de que los dejen en la vida sin porvenir me afecta naturalmente; por lo mismo escribo a usted esta carta recomendándole en mis últimas horas que haga por ellos cuanto le sea posible: se lo encargo a usted en nombre de mi amistad y en nombre de una persona a quien usted veneraba como a una madre; no necesito pronunciar su nombre, pues aunque ya no existe, se bien que usted respeta su memoria y que jamás la olvida.

La víspera de morir, escribo a mi general, a mi amigo de infancia, a mi hermano de ideas para encargarle los objetos más caros a mi corazón.

Una vez establecido el gobierno de la República, usted debe ser considerado si se atiende a sus grandes servicios, por esto creo que estará alguna vez en circunstancias de cumplir con mi encargo, y me voy a la otra vida tranquilo y con la confianza de que usted será el padre de mis pobres huérfanos, porque yo sólo les lego un nombre sin mancha.

Me llevo el sentimiento de que mis ojos se cierran antes de ver a mi patria libre... ¡Quiera el cielo que usted sea más feliz que yo!

Me despido ya: reciba usted mi corazón con el último adiós de su amigo, hermano y compañero.-

José María González.- Amatlán de Cañas, 17 de agosto de 1866. (8)

+++++

Urbano fue el primero en llegar a Mazatlán con una copia del "Acta de neutralidad" que Lozada emitió dos semanas después de que los republicanos recuperaron el puerto.

Se había enterado de la reunión que en San Luis tuvieron las autoridades de los pueblos del Cantón de Tepic.

El acta, impresa en pliegos y difundida por toda la región, como "El Tigre" acostumbraba hacer, señalaba que habían resuelto declararse neutrales a las agitaciones violentas que van a conmovier a México (9) y que mandaba copias tanto al gobierno imperial como al republicano.

Un párrafo había llamado la atención de Urbano: debido a la neutralidad declarada, cualquier fuerza beligerante tendría libre el paso por el Cantón, con la indispensable condición de que antes de pisarlo diera aviso a la autoridad nayarita, señalando su derrotero y el término para verificar su tránsito. Sin estos requisitos, se le consideraría hostil.

Urbano sabía que el general Corona iría a reunirse con Eulogio Parra y que no se inclinaría por acatar la disposición de Lozada.

Los pliegos de "El Tigre" llegaron oficialmente por barco en víspera de la salida del Ejército de Occidente.

+++++

Sentado sobre una cerca de piedra, Donato, herido, procuraba mantener la pierna en alto para evitar desangrarse, al tiempo que no perdía detalle de la batalla que Eulogio dirigía en el campo de La Coronilla, contra el ejército francés que había salido de Guadalajara.

Reunido con otra fuerza que ocupaba Sayula, el enemigo imperialista tenía más de mil quinientos hombres. La fuerza de Parra era un poco menor.

A tres leguas de la capital de Jalisco, la audacia de los republicanos tendría una conclusión. Ya era un triunfo haber avanzado en medio de las lluvias por territorio lozadista, esquivando combates de resultado incierto, que sólo habrían desgastado a los fatigados soldados.

Pero por fin había llegado el enfrentamiento por el que habían atravesado todas esas leguas durante casi mes y medio.

Todo lo que la mirada de Donato alcanzaba era un campo, donde se había generalizado ya el combate.

El chinaco pensó que no era lo mismo ser parte del estruendo de la guerra, que escuchar los truenos de la artillería, los silbidos de las balas, las bayonetas rompiendo pechos y estómagos, el fuego crepitando en los arbustos, los cráneos fracturados, los relinchos, los borbtones de sangre y las maldiciones de dos mil bocas, cuando lo único que parece racional en medio de ese furor es la orden del clarín. A Donato le pareció una tormenta que caía de la tierra hacia el cielo.

Después de siete horas de pelea, los movimientos de sus compañeros habían logrado envolver a la fuerza enemiga, inutilizando el ataque. Cuando escuchó que la corneta republicana tocaba a deguello, supo que la victoria era total y su debilidad no le impidió gritar de júbilo junto con sus compañeros.

Los republicanos no sabían que esa victoria les abría las puertas de Guadalajara.

Al día siguiente, varios comerciantes tapatíos se presentaron al campo republicano. Informaron que la fuerza de ocupación había abandonado la ciudad. Donato, en una camilla, entró a la hermosa Guadalajara junto con el batallón al mando de Tolentino. (10)

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

C. presidente de la República D. Benito Juárez.- Chihuahua.

Muy Sr. mío y amigo:

Ayer salieron de este puerto los últimos cuerpos de las fuerzas que van sobre Jalisco y yo espero salir mañana para comenzar desde luego las operaciones.

De Tepic me llegan algunas correspondencias que confirman la intención de neutralidad que acaba de asumir Lozada. Abrigo sospechas que esa neutralidad sea un plan inspirado por el Sr. González Ortega, porque ahí se ofrece asino no sólo a los que se han comprendido en la farsa de Maximiliano, sino aún para los descontentos y para los francistas que se manifiestan disgustados, toda vez que no ven realizadas sus pretensiones.

No me parece, pues, conveniente dejar que ese foco de desorden tome cuerpo; es necesario combatirlo y destruirlo ahora que está débil, sobre lo cual espero me manifieste usted su modo de pensar, asegurando a usted que desde Jalisco voy a tomar las disposiciones en ese sentido.

Varios comerciantes de aquí se han puesto en camino a verse con usted con el objeto de conseguir rebajas a sus importaciones extranjeras.

Ya he dicho a usted sobre ese particular bajo qué punto de vista yo veo esa cuestión y le he manifestado la necesidad en que me he visto de comprometer las rentas federales para hacerme de recursos, y no dudo que tendrá bien presentes ambas circunstancias.

Sin otro particular, me repito de usted, afectísimo amigo y seguro servidor,

Ramón Corona, general en jefe del Ejército de Occidente.- Mazatlán, Sinaloa, diciembre 18 de 1866.

P. D. Lo que digo a usted respecto a Lozada debe entenderse que lo hostilizaré con política, sin recurrir a la fuerza, que en el caso de que él salga de sus pueblos a hostilizar mis tropas, en cuya circunstancia vería yo una ventaja para mí.

No tengo pues la intención de distraer mis soldados para esa campaña hasta que sea más oportuno y que a lo menos me haya usted dejado conocer su opinión sobre la conducta o actitud que acaba de asumir. (11)

+++++

Cuando Maximiliano salió de la ciudad de México a Orizaba y se extendió la versión de que renunciaría al trono, su consejo de ministros se encargó de desmentirla con una votación en contra de que abdicara. Se dijo que había ido a cazar mariposas, y regresó a la ciudad sobre el lago.

Corona, sin aviso a Lozada, avanzó hacia el sur con parte de su fuerza.

La columna pernoctó en las goteras de Tepic teniendo a la vista a los indios lozadeños que bajo sus sombreros los observaban.

En Plan de Barrancas, el triunfante Eulogio Parra alcanzó a su jefe y en Magdalena los dos tomaron una diligencia para llegar a Guadalajara.

La campana de aviso de la Catedral, seguida de un repique a vuelo de todas las campanas de las iglesias de la ciudad anunciaron la presencia del general de veintisiete años.

Sus siguientes pasos fueron sobre Colima y para organizar el gobierno en Jalisco. Nombró gobernador a don José Antonio Gómez Cuervo y recabó recursos para su Ejército, que recibió orden del presidente Juárez de avanzar hacia el centro del país. Mariano Escobedo ya estaba en camino hacia Querétaro.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Sr. D. Manuel Lozada.- San Luis.-

Muy señor mío:

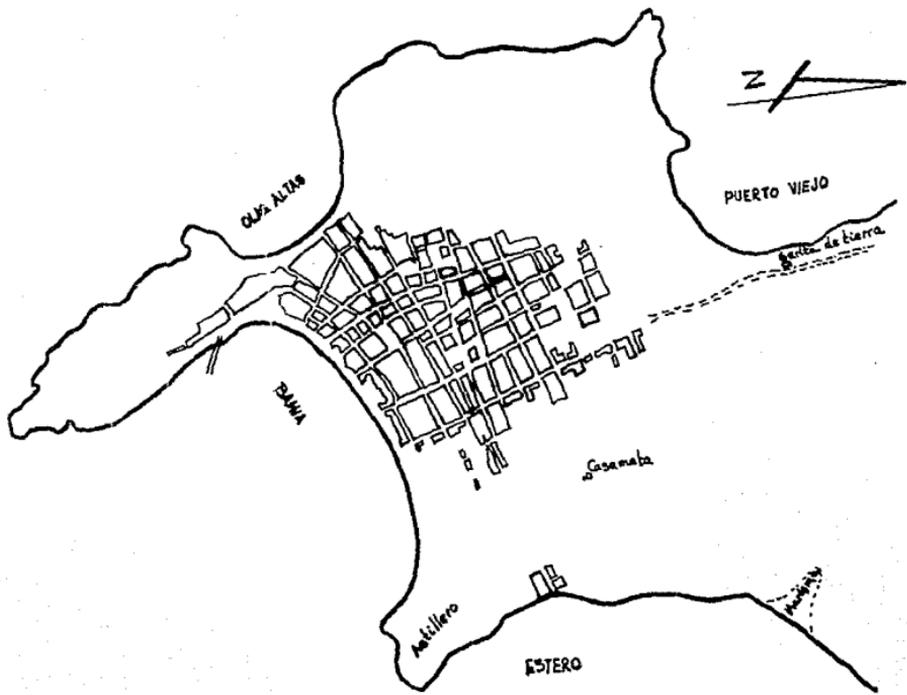
La víspera de mi salida del puerto de Mazatlán, llegó a mis manos la comunicación de usted fecha 4 de noviembre último, incluyéndome algunos ejemplares del acta levantada en esa cabecera el 1o. del mismo mes.

Por un acto de mera cortesía, acuso a usted el recibo de ella y de los ejemplares del acta a que me refiero.

No siendo de mi incumbencia resolver sobre la actitud tomada por las personas que suscriben el precitado documento, cumple a mi deber manifestar en el presente: al internarme en el Estado con parte de la fuerza del Ejército que es a mis órdenes, me mueven intereses de un orden superior, que afectan la independencia y la soberanía de México, orillando toda cuestión local hasta la reso-

lución del supremo gobierno de la República.

Ramón Corona.- general en jefe del Ejército de Occidente.- Santiago Ixcuintla,
4 de enero de 1867.



NOTAS Capítulo 8

1 Vigil e Hajar, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, p. 393.

2 Victoriano Salado, *Episodios Nacionales Mexicanos*, tomo VI, p. 500-502. Además, en entrevista con el señor José Ramón Corona Ojeda, bisnieto del general Corona, el 22 de agosto de 1992, en Cuernavaca, Morelos, comentó la misma anécdota, aunque agregó que Corona jugaba cartas con los franceses. Ciertamente para entonces todavía no sabía hablar francés, porque es en carta a Vicente Riva Palacio cuando Corona le informa que ya sabe el idioma de Molliere. Carta fechada en Madrid el 19 de febrero de 1877, AREM, s/c.

3 Vigil e Hajar, *Op. cit.*, p. 396. Texto resumido.

4 Idem, p. 430, 431.

5 AHDN. XI-III-2-424, f. 29.

6 Idem, f. 34-60-61.

7 Vigil e Hajar, *Op. cit.*, pp. 440-442.

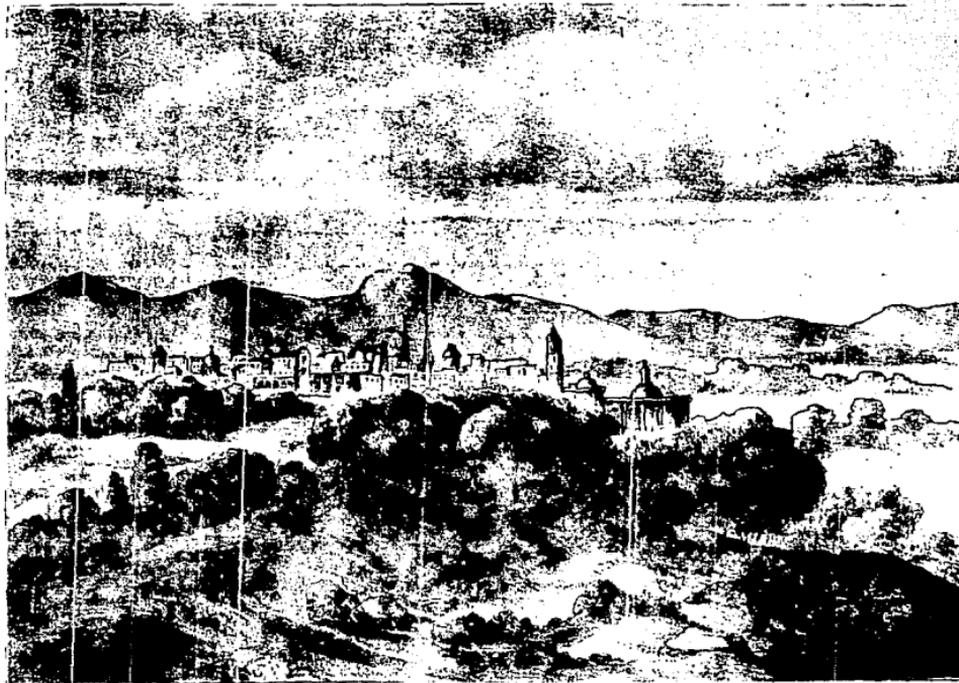
8 Idem, p. 463.

9 Jean Meyer. *La tierra de Manuel Lozada*, pp. 261-262.

10 Vigil e Hajar, *Op. cit.*, pp. 476-481.

11 Benito Juárez, *Documentos, Discursos y Correspondencia*, t. 11, pp. 650-651.

12 Vigil e Hajar, *Op. cit.*, p. 491.



Guadalajara, vista de las alturas de San Pedro

Capítulo 9

LA ESPADA DEL GÜERO

—Nadie que haya dormido a campo abierto puede ser ateo, —dijo Riva Palacio respirando fuerte y mirando hacia el cielo negro tachonado de estrellas.

El coronel Ignacio Manuel Altamirano y el general Ramón Corona hacían con Vicente Riva Palacio un trío del que se hablaba en los campamentos de los sitiadores porque no se sabía a qué horas dormía.

Pasaban la noche conversando. (1)

Durante el día, el general Vicente Riva Palacio recorría las líneas que tenía a su cargo y escribía un poco. Altamirano se dividía entre la zona a cargo de los batallones de sureños llegados de Guerrero y las observaciones de San Francisco, exactamente frente a su posición.

Ramón Corona, segundo en el mando después del norteño Mariano Escobedo, no sólo mantenía la vigilancia sobre el último resto de los imperialistas y organizaba los varios ataques que ya se habían producido contra la opulenta Querétaro, sino que también estaba al tanto del abastecimiento para los diez y ocho mil soldados juaristas que desde principios de marzo se habían reunido para la grandiosa batalla. (2)

Había que distribuir no sólo las provisiones de boca, por las que no se preocupaba en demasía, ya que disponían de los granos almacenados en las ricas haciendas que circundaban la plaza, todas en poder del ejército sitiador, sino principalmente procuraba que el armamento y las municiones no faltaran.

En las casi ocho semanas que ya llevaban sitiando el reducto de Maximiliano, constantemente se habían recibido cañones, obuses, fusiles y balas de compras felizmente concretadas en Estados Unidos.

Además de los pertrechos, los soldados juaristas habían recibido noticias que los fortalecían: Porfirio Díaz había recuperado Puebla y Leonardo Márquez, que había salido de Querétaro sin ser sentido por los sitiadores, no sólo no había regresado con refuerzos salvadores para el imperio, sino que había sido abatido cerca de Tehuacán. (3)

La caballería vencedora de esa batalla se había incorporado al sitio, llevando su euforia de triunfadora.

No obstante, los sitiadores habían sufrido algunos descalabros y la jefatura no daba la orden de asalto sobre la plaza.

Corona tenía informes de que los imperialistas preparaban una salida por la línea que cubría el oriente de la ciudad, resguardada en las avanzadas por Riva Palacio.

Vicente Riva Palacio se alojaba en la casa de la Hacienda de Carretas, a la de-

recha del monumental acueducto. Ramón había llegado a senar y la sobremesa se prolongó.

—Es forzoso creer que hay un creador de tanta belleza y tanta armonía, —dijo Vicente limpiando sus anteojos con su pañuelo cuando bajó la mirada nuevamente.

—Pero mira a tu alrededor, y te vuelves el peor de los descreídos; la filosofía se desaparece, —dijo Ignacio Manuel.

—Es que los dioses vuelven ciegos a los que quieren perder, —respondió Vicente, mientras alrededor de las fogatas se escuchaba ya *Adios mamá Carlota*, diaria serenata dedicada al enemigo.

—Eso es totalmente cierto, —dijo a su vez Ramón, sirviéndose otra taza de café. —Si no hubiera ya una decisión divina de perder a esos bueyes, no estarían cometiendo tantos errores, —agregó.

—Nosotros también hemos cometido errores, —dijo crítico el coronel y literato guerrerense, que esa mañana había conversado por extenso con el estudiado militar Sóstenes Rocha.

—Sí, pero no errores que nos granjeen caer de la gracia de los dioses, —respondió Ramón, siguiendo la argumentación griega traída a cuento por Riva Palacio. —Las gentes del guero se equivocan ya por manía, añadió.

—Es la desesperación, —admitió Altamirano, mientras Riva Palacio asentía.

—Nomás hay que ver que nos dejaron juntarnos a Escobedo y a nosotros que llegabamos de Michoacán. ¡Esa es ceguera total!, —dijo Ramón. (4)

—Sí, hombre, el orejón piensa lo mismo, —comentó Riva Palacio, refiriéndose a Escobedo.

—Cansadísimos de la marcha, casi sin parar, desde los últimos pueblos de Michoacán preveíamos que Márquez nos podía atacar, —recordó Ramón. —Ya para llegar a Celaya, Escobedo nos avisó por telégrafo que estaba en Guanajuato. ¡Con esas diez leguas de distancia, ni queriendo habría podido llegar a auxiliarnos!. ¡Quién sabe por qué no nos atacaron separados!

—¡Sabe!, comentó Riva Palacio prendiendo un cigarro.

Las mujeres de la tropa levantaban los platos del pozole, receta que los milicianos de la costa habían llevado al sitio, mientras, a lo lejos, el coyoterío aullaba esporádicamente.

—En Celaya, vimos por el camino de Querétaro una polvareda, bien espesa, por allá. —continuó Ramón su relato. —Y que mando a *La Simona* de avanzada y a algunos exploradores. Con mi gente, mandé formar en batalla y me quedé

aguardando. Pero no pasó nada, eran las fuerzas de Aranda para que nos reforzara. Con eso ya quedamos en diez mil hombres, —dijo.

—¿Y alguna vez pensaron ustedes que estarían aquí, a pocos pasos de Maximiliano, tan pero tan cerca que los sueños de él se habían de juntar con los nuestros?, —preguntó Altamirano, que sí lo había pensado.

—Humm... no lo podía haber imaginado como está sucediendo exactamente, pero sí pensé muchas veces en combatir en el centro, en las batallas decisivas, —respondió Ramón. —Y espero antes de regresarme ir a México, si Porfirio ya la toma.

—¡Ah, México!, —suspiró Vicente, que todos los años de resistencia había rondado por Toluca y ya extrañaba las calles, los canales y los cafés de la gran ciudad.

—¿Pero por qué dices que se juntan nuestros sueños?, —preguntó Ramón al siempre despeinado Altamirano.

—Digo que tiene que ser que estemos soñando lo mismo. Ni a Maxi, ni a Miguel se les oculta que van al desastre, y nosotros lo sabemos con certeza. Algunos nos podemos morir enmedio de ese sueño, pero el imperio, cataplum, —explicó Altamirano convencido y agitando el pulgar derecho hacia el suelo.

El clarín anunció el toque de queda. Los dos generales y el coronel continuaron su conversación. Riva Palacio se arrellanó en un gran banco en la habitación en que conversaba y dormitó como siempre. Ramón y Altamirano descansaron los ojos poco después. Las chicharras y los vigías se mantenían alertas.

A las cinco de la mañana a los tres los despertó el estampido de un cañón. (5)

Corona se dió cuenta de que la garita de México era atacada. Luego se percató que toda la línea que los imperialistas habían formado de la Casa Blanca, a la Alameda y San Francisquito atacaba la línea republicana sobre el cerro del Cimatarío.

Seguido de su escolta, veinticinco jinetes vestidos de cuero, Corona partió hacia la garita.

El cañoneo se prolongó por casi una hora. Miguel Miramón, a la cabeza de cuatro mil infantes y dragones desplegados y apoyados por la artillería, abordaron la posición republicana a la bayoneta.

La garita, literalmente acribillada, era defendida por los soldados surianos, mandados por el general Jiménez, tío de Altamirano, que se mantenían firmes a pesar del fuego mortífero. Disparaban su propia artillería y los fusileros aguardaban. El enemigo no estaba a su alcance.

Los surianos esperaban la embestida de la infantería, que indudablemente se produciría. Sólo los protegían los parapetos de adobes y sacos de tierra que ha-

bían construido. No veían a sus enemigos, ya que los cubría un espeso bosque de órganos, pero era seguro que allí estaban, porque su vocerío se oía junto con el rumor de su avance. Cuando se interrumpió de pronto el cañoneo imperialista, la expectativa de la aparición de atacantes se posesionó de las almas de los sitiadores. Con la cabeza baja y la bayoneta calada, a paso veloz cayeron sobre la garita, al tiempo que una serpiente de disparos se extendía por la línea formada por los republicanos.

Corona no daba crédito a lo que sus ojos veían a la luz de la madrugada. Las dos columnas imperialistas, envueltas en espesas nubes de humo y polvo, ocupaban también las vertientes del Cimatario y los numerosos cuerpos republicanos a cargo de esos puntos huían despavoridos. Sus carros, sus piezas de artillería, sus municiones, parte de sus víveres y hasta el archivo eran conducidas hacia dentro de la ciudad.

Al dispersarse las tropas republicanas, el sitio quedó roto en casi un tercio de la circunvalación. Una puerta de salvación estaba abierta para la fuga de Maximiliano.

Pero los intrépidos imperialistas no salieron.

Sin explicación para Corona, los sorprendidos triunfadores regresaron a la trampa en que habían estado atorados durante semanas.

Por el lente podía observarse al propio Maximiliano en la Casa Blanca, felicitando a Miramón por su espléndida victoria. Pero en ese momento un correo imperialista dió parte de que una caballería republicana acababa de arrebatar el botín conquistado. Maximiliano ordenó que el regimiento belga fuera a recobrarlo.

Lo que había sucedido era que Corona, al ver el sitio roto, había enviado el parte a Escobedo y el ejército sitiador organizó la contraofensiva. Junto al acueducto, el general orejón dictó sus órdenes.

El batallón norteño del estudiado militar Sóstenes Rocha tomó el peso principal del contraataque.

Llevando a su infantería a paso veloz, dejándolos nadamás de cuando en cuando tomar aire, Rocha trasladó a sus norteños hacia el Cimatario.

De la ciudad avanzaba una columna encabezada por algunas guerrillas a caballo. Los infantes avanzaban serenos con sus armas sobre el hombro. A la retaguardia, una espesa maza de caballería cerraba la marcha.

Rocha mandó a los cuerpos del ejército republicano que todavía se sostenían en sus posiciones que ejecutaran un fuego rápido para contener al enemigo algunos minutos mientras sus propias fuerzas llegaban a la posición que los podría justo frente al enemigo, pero sobre la pendiente opuesta del terreno por el que ascendían los imperialistas.

Cuando obtuvo la deseada posición, las tropas enemigas no podían verse entre sí.

El experimentado jefe norteño sabía que el triunfo de ese enfrentamiento sería de quien primero pudiera desplegar en batalla a las tropas. Una maniobra muy simple, pero difícil de ejecutar bajo los fuegos.

A sesenta pasos de la cumbre, Rocha mandó hacer alto y tomar posiciones. Recomendó apuntar cuidadosamente y con sangre fría. Arengó en nombre de la patria y la república a los valientes y transmitió a sus hombres su seguridad en la victoria.

Ordenó la marcha en batalla y, algunos minutos después, los soldados de Rocha vieron a sus pies a la espesa y larga columna del enemigo. Ordenó hacer fuego y una incesante detonación atronó los aires.

Un pánico indecible se apoderó de los imperialistas. Las órdenes no eran obedidas y el desorden en las primeras filas se trasladó hacia las de atrás.

Los republicanos disparaban eficazmente. Con frenesí cobraban la reciente derrota, llevándose hileras completas de sus adversarios. Las armas blancas completaron el trabajo guerrero. Luego siguió un ataque de las demás fuerzas republicanas, dando lugar a una desbandada de los imperialistas hacia la Casa Blanca.

+++++

Dentro de la ciudad se comía carne de mula y de perro. No quedaba ya grano. Se mandaron fundir las campanas de las iglesias para fabricar balas y los artesanos hacían milagros para fabricar pólvora.

Los sitiados no padecían por falta de agua, pues el río atraviesa Querétaro por el poniente y en medio de sus huertas tenía además numerosos pozos.

Pero setenta días encerrados, rodeados del hedor de la guerra, con una epidemia de tifo declarada, no podían padecerse más.

No había día en que no se produjeran desertiones. Incluso del Regimiento de la reina, formado por belgas que el padre de Carlota había enviado, veía sus filas disminuir todos los días porque los soldados se pasaban al campo republicano.

Una noche, los jefes militares acordaron en junta de guerra hacer un último intento por forzar el sitio. Al día siguiente debían pelear por la escuportoria.

Pero Maximiliano decidió posponer la salida veinticuatro horas. Al príncipe Salm Salm le dijo que no había habido tiempo para armar a los numerosos voluntarios civiles que se habían reunido en una leva. Eso no era verdad, porque los voluntarios que se presentaron eran sólo 186 y los fusiles disponibles eran más de mil.

A Miguel Miramón le dijo que se había encontrado un depósito de maíz, y que con ello se podía dar un pienso a los caballos para que estuvieran en mejores condiciones para el servicio. No era cierto. No había ni un solo grano de maíz.

Miguel Miramón se impacientó.

—No te aflijas, Miguel, —le dijo Maximiliano. —¿Qué importan veinticuatro horas para el éxito de una operación de guerra?

Miramón le contestó a su jefe:

—Señor, Dios nos guarde durante esas veinticuatro horas.

Maximiliano se retiró a su habitación, instalada en el convento de la Cruz.

Mandó llamar al coronel Miguel López y lo condecoró con la cruz del mérito militar, sin que nadie viera el motivo inmediato de esa distinción. (6)

Se quitó las ropas, se peinó las barbas y se dispuso a dormir.

Poco después de la medianoche, el doctor Basch le dió a Maximiliano una pildora de opio. Tenía un dolor de cabeza que no lo había dejado descansar.

+++++

Escobedo advirtió a Corona que debía estar preparado pues esa noche asaltaría el convento de la Cruz. (7)

Sin preguntar nada, el jefe jalisciense regresó a su campo. Ordenó a sus hombres mantenerse sobre las armas y observar con atención las contraseñas del cuartel general, que los llamaría en su auxilio.

La madrugada llegó en medio de la espera.

Un ayudante de Escobedo llegó con el parte de que el convento de la Cruz estaba en su poder.

Un repique de la campana de San Francisquito confirmó la noticia.

Del interior de la ciudad salían gruesos pelotones de soldados imperialistas, buscando refugio en el Cerro de las Campanas, al poniente de la ciudad, pero eran dañados por el fuego que Sóstenes Rocha mandó abrir sobre ellos.

Los soldados de Corona saltaron las trincheras que formaban su línea de defensa y se arrojaron sobre los imperialistas que guarnecían la Casa Blanca, pero éstos, sin disparar ni un tiro y lanzando vivas a la libertad, se rindieron.

Corona organizó el ingreso de esos soldados.

Ordenó a Rocha hacerse fuerte en la Garita de Celaya y a una fuerza de caballería rodear el Cerro de las Campanas. Situó sus reservas en los reductos que antes ocupaba el enemigo.

Del cerro de las campanas se vió avanzar a caballo a un oficial que ondeaba una bandera blanca. Ramón mandó a Bibiano Dávalos a su encuentro y luego él mismo se adelantó.

El de la bandera blanca dijo que, de parte del emperador, buscaba al general Escobedo para rendirse.

—El general en jefe no se encuentra en este punto, pero en el acto mando a comunicar lo ocurrido. Puede usted regresar a su campo a notificarlo a su jefe, y yo mando suspender los fuegos.

El oficial abanderado regresó y a los pocos minutos se vió avanzar a un grupo de jinetes, oficiales superiores, entre los que se distinguía Maximiliano con sus amarillas barbas.

Dávalos los recibió y Corona se acercó con su escolta.

El de la bandera blanca, que encabezaba la comitiva imperialista dijo:

—Informé al emperador la contestación que usted me dió y me ordenó notificar que Maximiliano viene a rendirse al general Corona.

Con una seña ordenó a su escolta que lo siguieran y se adelantó hacia los jefes vencidos. A Maximiliano lo flanqueaban el moreno Tomás Mejía y el general Severo Castillo.

—Buen día, —dijo Corona convencionalmente, pero no se le ocurrió otro saludo, aunque pensó en lo absurdo de desear buen día a los vencidos.

Maximiliano respondió con la misma frase y preguntó solemne:

—¿Tengo el honor de hablar con el general Corona?

—Así es, —respondió Ramón, que montaba un oscuro caballo borcelano, enjaezado como si su dueño fuera un rico ranchero. Vestía un pantalón blanco de ante, metido en sus botas medianas, una americana azul con botonaduras doradas y un fieltro gris perla de grandes alas y aita copa, adornado con galones de plata.

—Le entrego a usted mi espada, y quiero decirle que los jefes que me acompañan no tienen otra responsabilidad que haber seguido mi suerte. Deseo que no reciban daño alguno, —dijo Maximiliano desenvainando una espada con una rica empuñadura de oro.

Corona lo detuvo con un gesto de la mano.

—Guarde, guarde usted su espada. Ya la entregará al general en jefe, —dijo

Ramón. —Mientras esté bajo mi salvaguardia, usted tendrá plenas garantías. Ya avisé al general en jefe que usted se rinde.

El archiduque pidió a Corona hablar dos palabras a solas.

Los dos se separaron un poco del grupo.

Maximiliano dijo:

—Soy su prisionero y ya no soy emperador.

Corona respondió:

—Usted es un hombre valiente, pero emperador nunca ha sido.

—He abdicado en favor de La/

—Espere usted, —lo interrumpió Corona, tales cuestiones no son de estos momentos, ya podrá usted aclararlas luego.

En esos momentos llegó un ayudante de Escobedo. Informó que el jefe del ejército republicano estaba del otro lado del Cerro de las Campanas.

Corona avanzó con sus prisioneros y en las estribaciones del norte del cerro encontró a Escobedo. Dió verbalmente el parte de lo ocurrido y entregó a Maximiliano y sus acompañantes.

Nunca volvió a verlos.

++++

Miguel Miramón le dijo al oficial republicano que lo acompañó a su celda:

—Hombre, dile al orejón que qué placer tiene con estarnos atormentando. ¿Para qué consejo de guerra y todas esas tonterías? Más valía que de una vez nos mataran y se acabara así este mitote.

—Pues para que quede claro que no se quiere la monarquía; en el consejo de guerra se podrá hablar de eso, pero no creo que te fusilen, —dijo el oficial.

—Si no nos fusilan, es que son unos pendejos. ¡Ay de ustedes si no nos fusilan!

—Yo no creo que los vayamos a ejecutar, porque ustedes no volverán a las andadas, —replicó el republicano.

—No volveremos, porque nos han de matar, —concluyó Miguel con certeza. (8)

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Señor general Don Ramón Corona.- Querétaro.-

Muy señor mío:

Le parecerá a usted extraño que yo le escriba y más aún el asunto que motiva esta carta, pero yo no puedo ahogar los sentimientos que me animan y usted me permitirá manifestarlos.

Quiero hablar a usted de los prisioneros de Querétaro, es decir, de los principales jefes, como son el emperador Maximiliano y los generales Miramón, Mejía y Castillo.

La suerte de estos hombres me ha conmovido hasta lo infinito y aunque comprendo muy bien que nada, absolutamente nada, puedo hacer en su favor, no me es dable conformarme con esta imposibilidad, y me veo precisado a adoptar un medio, cuyo resultado no puedo calcular, porque jamás lo he puesto en juego, siendo ésta la primera vez que me resuelvo a solicitar algo de mis enemigos personales.

Si disimulable es esta franqueza, permítame usted, señor general, que le distraiga, un instante más, de sus altas atenciones.

He indicado a usted que la situación a que quedaron reducidos los principales jefes del ejército imperial es de peligro inminente de ser privados de su existencia. Esto lo califico fundado en la enérgica contestación que su excelencia el señor ministro de Relaciones le dirigió al gobierno de Estados Unidos de América, y aunque esa energía debería arredarme, no ha sucedido así, considerando que lo que por dignidad se le ha denegado al gobierno de una nación poderosa, se le podrá conceder por gracia a un mexicano que la solicita en nombre de todas las tribus indígenas de la sierra del Nayarit.

No es, señor general, el espíritu de partido lo que me hace interesarme tanto en que se conserve la vida a los prisioneros de Querétaro: sentimientos más nobles son, en estos momentos supremos, el móvil de mi conducta y la neutralidad en que se encuentran estos pueblos hace algún tiempo garantiza la sinceridad de mis palabras.

Paso a manifestarle las razones en que fundo mi solicitud:

La voz de la humanidad combinada con la del amor patrio ha sonado en mi oído, y esa voz suprema que siempre se hace escuchar es la que me ha inspirado elevar ante usted las siguientes reflexiones. No se puede negar, señor general,

que tanto el emperador Maximiliano como los generales prisioneros han sostenido un principio político. La propia prensa liberal ha reconocido la existencia del Partido Conservador, es decir, ha reconocido el derecho que ese partido tiene para hacer la oposición a los principios liberales. Luego, ha sostenido que ese derecho no es un crimen

México, que hace esfuerzos supremos por colocarse a la vanguardia de las naciones civilizadas, no le conviene dar un paso al retroceso que le deshonor y le comprometa en cuestiones institucionales.

Si a esto se agrega que la pena de muerte es incompatible con las instituciones liberales que sostiene el gobierno de la república, debería evitarse a todo trance imponer dicha pena a los prisioneros de guerra de Querétaro, teniendo muy presente que un acto de clemencia de esta naturaleza, en lugar de poner en peligro aquellas instituciones, las dejaría afianzadas para siempre.

La suerte ha querido colocar a usted, señor general, en una elevada posición, y ahora es cuando debe usted aspirar a la verdadera gloria, dando un testimonio público ante el mundo entero de la grandeza de su alma; esto lo conseguirá usted manifestándose generoso con los vencidos y tendiendo una

mano amiga a los vencidos.

Los méritos que usted tiene para ser considerado y atendido del gobierno de la República son notorios, mientras que yo no tengo ningunos, y por eso me dirijo a usted y lo hago con la mayor confianza que si tuviera que hacerlo a uno de mis antiguos correligionarios, porque éste tendría, hasta cierto punto, obligación de atenderme, mientras que usted, si lo hace, merecerá mi eterna gratitud y con ella el aplauso y la admiración de las presentes y futuras generaciones.

Bajo la solemnidad de esta convicción, dejo en manos de usted la salvación de los prisioneros de Querétaro, si la presente logra llegar oportunamente a sus manos.

Soy con el mayor respeto de usted señor general su afectísimo y S. S. Q.B.L.M.

General Manuel Lozada.- San Luis, 29 de mayo de 1867. (9)

++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

Sr. Don Manuel Lozada.- San Luis.-

Muy señor mío:

Ayer tocó a mis manos el duplicado de la carta de usted que ha creído conveniente dirigirme y, animado por mi parte del deseo de darle una contestación pronta, me he resuelto a verificarlo antes de recibir el original. De ninguna manera me ha parecido extraño el que usted me escriba y menos con el objeto que lo hizo para interceder en favor de los señores Maximiliano de Habsburgo, don Miguel Miramón, don Tomás Mejía y de Severo Castillo, personas todas hoy sujetas a un juicio en la ciudad de Querétaro por la parte principal que tuvieron en la creación de un orden político de cosas en la República, que el buen sentido de la Nación rechaza y el espíritu de nuestras instituciones condena.

Comprendo que la suerte de esos señores conmueva a usted y que no le sea dable conformarse con la imposibilidad que presiente de no poder conseguir nada en su favor; que su inquietud nazca del tono en que está concebida la contestación dada or el señor ministro de relaciones a la nota que, sobre ese objeto, le dirigió el gobierno de los Estados Unidos y, en suma, que abrigue usted esperanzas de conseguir más en favor de aquéllos hablando a nombre de todas las tribus de la Sierra de Nayarit, que lo que se alcance con la intercesión de aquella Nación poderosa.

Estas y las otras consideraciones en que usted entra en apoyo de su mediación, demuestran claramente los sentimientos de que usted se haya animado y prueban la fe que usted tiene en los principios que ha sostenido. Eso sólo me bastaría para resolver esa grave cuestión, si yo fuera el juez llamado por la ley a decidirla.

En mi calidad de jefe de un cuerpo del Ejército de la República, es mi deber apoyar al gobierno legítimo y sostener sus leyes: son éstas las que determinan los procedimientos en los juicios como el de que se trata y establecen los preceptos en los juicios como el de que se trata y establecen los preceptos para pedir gracia en ciertas circunstancias, como una regalia otorgada solamente al Magistrado Supremo de la Nación.

Consecuente con estos principios y atendiendo la recomendación que usted me hace, hoy mismo traslado íntegra la carta de usted al señor presidente, única autoridad que puede resolver éste caso.

Soy de usted su afectísimo

Ramón Corona.- Guadalupe Hidalgo, junio 13, 1867. (10)

Corona, flanqueado por
Altamirano y Riva Palacio

De pie, Felipe Barriozabal y un desconocido



NOTAS Capítulo 9

1 Altamirano relata su participación sobre la acción del Cimatario. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, t. II, pp. 259-281.

2 Gral. de Brigada Jesús León Toral, coord. *El Ejército Mexicano*, 1979, pp. 273-277.

3 José María Vigil y Juan Bautista Híjar y Hino, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 554 y 556-558. Además, Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco*, p. 323.

4 Pérez Verdía, *Op. Cit.* p. 320.

5 Sobre la batalla del Cimatario hay versiones muy discutidas, pues fue una acción muy importante para el resultado final del sitio. La versión que critica más duramente algunas actitudes de jefes republicanos es la de Sóstenes Rocha, *Principales episodios del sitio de Querétaro*, 1946, pp. 48-79. Rocha llega a afirmar que algunos jefes abandonaron sus posiciones, pero —Régules y Riva Palacio entre ellos— éstos exigieron ser investigados para que su hoja de servicios no quedara dañada.

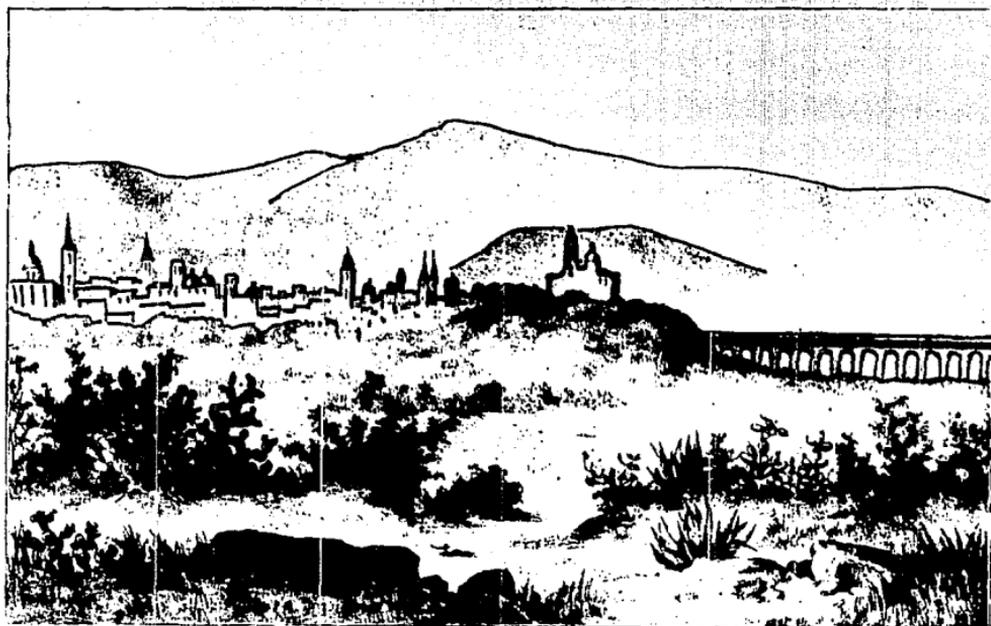
6 Pérez Verdía, *Op. cit.*, pp. 326-327.

7 Vigil e Híjar, *Op. cit.*, pp. 580-588.

8 Pérez Verdía, *Op. cit.*, pp. 333-334.

9 Lorenzo Meyer, *La tierra de Manuel Lozada*, 1989, pp. 197-200.

10 *Idem*, pp. 200-201.



Vista general de Querétaro

Capítulo 10

LA ENTREVISTA CON JUAREZ

Tres días después de la captura de Maximiliano, Corona se fue hacia la capital, a reforzar a Porfirio Díaz que la mantenía sitiada.

En la ciudad de México las noticias corren más rápido que en cualquier otro lugar. Todos los días se sabía de casos de gente que moría de hambre. Que una anciana había caído desfalleciente frente a San Francisco; que toda una familia había sido encontrada muerta dentro de su vivienda en La Merced, que los indigentes asaltaban a los hombres que todavía podían adquirir unas cuantas tortillas a precios elevadísimos.

Muchas familias de pacíficos habían logrado salir hacia Mexicaltzingo, al oriente de la ciudad, alquilando trajineras que los alejaban del inminente teatro de la batalla, o a pie, en carretela, en mula o a caballo, siguiendo la calzada a lo largo del canal.

Al salir de la ciudad, los fugados encontraban uno de los campamentos republicanos, el de los soldados de Michoacán y muchos ahí se establecían a la expectativa de los acontecimientos. (1)

Los otros campamentos eran los que habían establecido Corona, en La Villa de Guadalupe, y el propio Porfirio Díaz, en Tacubaya.

La línea del sitio era tan extensa, que se instalaron líneas de telégrafo que conectaban a los tres puestos de mando.

Desde el cerro del Tepeyac, Ramón veía los perfiles de la ciudad que había esperado visitar.

Su mirada podía dirigirse en línea recta por la Calzada de los Misterios, adornada con quince monumentos, a pesar de que las lluvias inundaban el camino haciendo que las lagunas se desbordaran.

Los numerosos jacales de indios, extendidos de La Villa hasta la ciudad, salpicaban el gran llano que se extendía a su vista.

Los indios que habitaban esa zona no habían dejado de visitar el Santuario de Guadalupe.

Ramón cruzaba todos los días la planta principal de la iglesia y se inundaba del perfume de las rosas que siempre llenaban el altar principal.

Un día, tras contemplar la herrería del atrio y el lujo de la reja de plata de una de las capillas, se extasió ante los lienzos de Cabrera, Correa y Villalpando, con escenas de mártires católicos, como Cristo azotado, Santa Bárbara degollada, y San Esteban atormentado por flechas.

Ese cuadro le recordó las flechas de los indios, a los que se había enfrentado en

el ahora lejano Cantón de Tepic, y a los que sin duda debería combatir nuevamente. Pero, cosa por cosa. El interés del momento era la ciudad de México.

Díaz buscaba una rendición para evitar el daño que hubiera significado un ataque de artillería y un asalto de más de veinte mil hombres. Pero, de todos modos, Corona estaba prevenido con maderas para saltar los fosos y los canales, en caso de que se diera la voz de ataque.

En junio, la guarnición imperialista desconoció a Leonardo Márquez en la jefatura y nombró a Ramón Tabera en su lugar. Este pidió parlamentar con Díaz y se estableció un armisticio.

El último día de resistencia se produjo un duelo de artillería que duró casi todo el día. Por la noche, Díaz notificó a Corona que la plaza se había rendido. (2)

El ejército de Díaz hizo su entrada triunfal por la calzada que parte de Chapultepec hacia la estatua ecuestre de Carlos IV.

+++++

Las ciudades tienen alma.

La de Guadalajara huele al barro que trabajan sus alfareros y a los alambiques del tequila, rodeada de las llanuras de jarales, con su bosque de cedros cercano y el paseo a San Pedro, bordeado de la sombra de sus fresnos.

Querétaro, construida por ricos hacendados, muestra la abundancia que posee.

El alma de la ciudad de México es una mezcla de todo eso. En su enorme tamaño encierra la mezcla de sus habitantes: palacios coloniales con rebuscados balcones; las rectas calles que desembocan siempre en canales; las iglesias de todos los estilos; la gran plaza en el centro del centro.

Ramón sintió la irresistible atracción del sitio en que se reasentaría el poder republicano.

Vitoreado, agasajado junto con los otros jefes y soldados vencedores, asistió a comidas y conciertos, paseó por los canales y la gran plaza en el centro de la ciudad.

Los lagos eran pequeños, comparados con su Chapala, en cuya rivera había pasado su breve infancia. Todo lo demás era grandioso, empezando por el paisaje rodeado de volcanes, y continuando con la calzada que Maximiliano había construido para Carlota, donde ese año alcanzó a ver todavía florecidos los rosales que llenaban su memoria de recuerdos de Mary.

Corona se apresuro a retirar sus tropas de México y las envió a reconcentrarse en Jalisco.

Acompañado de su escolta, se dirigió al encuentro del presidente Juárez. El problema de Tepic no estaba aún resuelto.

Encontró a Juárez en San Felipe, con una gran comitiva que lo acompañaba de San Luis Potosí hacia la capital y le expuso su petición de apoyo para una campaña en forma contra Lozada. (3)

El presidente dispuso que se realizara una reunión con la participación del ministro de guerra y marina, el general Ignacio Mejía. Entonces Ramón expuso sus argumentos en favor del inicio de una amplia campaña militar en el Alica:

Dijo que estando ya libre la república de la invasión extranjera, era tiempo de aprestarse a esa difícil campaña, que de seguro sería muy dilatada, pues el rebelde Lozada había formado durante casi quince años cuerpos de tropa con la belicosa raza indígena; recordó que otras expediciones habían sido infecundas, porque no se había contado con fuerzas suficientes; trajo a la discusión la ruptura de los convenios de Pochotitlán, y que Lozada, en vez de combatir al imperio, atacó a las guarniciones republicanas e hizo que Tepic fuera la primera ciudad en occidente que reconoció a la intervención y le prestó auxilio militar. Finalmente, dijo que cuando los franceses se embarcaron en Mazatlán, Lozada en vez de rendir sus armas a la república, levantó su acta de neutralidad.

—¿Cuántos hombres serían necesarios para organizar esa campaña, Ramón, — preguntó Juárez, práctico.

—Quince mil, de las tres armas, señor, —dijo Corona y aclaró que sería necesario que esa fuerza accionara durante un año para vencer al Tigre de Alica.

Mejía comentó que se trataba de una campaña que consumiría más recursos que el sitio de Querétaro.

Corona contestó que sí.

Juárez, envuelto en su levita negra, dijo que analizarán la cuestión y que decidiría en las siguientes semanas. Tenía entre sus pendientes la reorganización de toda la administración nacional. El presidente continuó su marcha hacia México, adonde citó a Corona en dos semanas.

Puntual, Ramón se presentó a la segunda entrevista.

—Mira, Ramón, lo que he decidido es aceptar la sumisión de Lozada, que me

mandó a sus enviados, como ya has de saber, —dijo Juárez, serio, sabiendo la contrariedad que causaba al militar. —Esto es en consideración del esfuerzo que exige la nueva situación del país, —agregó. —No creas que soy sordo a tus argumentos, pero esa es la decisión.

Pero no sólo eso. Juárez también decidió que el cantón quedó desligado de la administración gubernamental de Jalisco. El presidente estableció un régimen especial, con un jefe político y militar nombrado desde el centro, bajo su control directo.

Corona regresó a Guadalajara.

Ahí recibió la orden de reducir al Ejército de Occidente de diez mil efectivos que ya tenía, a cuatro mil. Además, dejaba de ser ejército para denominarse Cuarta División militar.

General Mariano Escobedo



NOTAS Capítulo 10

1 Algunos elementos del relato del sitio se incluyen en la novela de Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor*, 1868, *passim*.

2 José María Vigil y Juan Bautista Híjar y Haro, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 589-597/

3 Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, 1962, t. 13, pp. 79 y 80.

4 Vigil e Híjar, *Op. cit.*, p. 599-605.



Plaza de armas de México

Capítulo 11

LA DERROTA DEL TIGRE

Con un paquete de ates de guayaba bajo el brazo y el bastón agarrado por la mitad, Urbano se detuvo bajo los arcos de los portales, distrayendo su atención entre las guayinas que veloces pasaban conduciendo caballeros hacia negocios inaplazables.

Casado con la bella viuda de Acaponeta y establecido en Guadalajara, Urbano era ya un próspero comerciante, casi cinco años después del triunfo de Juárez.

Como muchos republicanos y otros que nunca lo fueron, su interés entonces era el progreso, la construcción de todo y la modernidad.

Ese día la zozobra aleteaba sobre la ciudad.

A las pocas semanas de que muriera el Benemérito, Manuel Lozada, finalmente, había roto su neutralidad y llamaba a todos los indios del país a insurreccionarse, considerando que ellos eran los herederos legítimos de las tierras conquistadas por los españoles.

"El Tigre" ya había mandado tres columnas de belicosos indios a tomar otras tantas poblaciones: El Rosario, en Sinaloa, el mineral de Bolaños, en Zacatecas, y Guadalajara. Lozada personalmente, a pesar de estar tuerto y tuberculoso, venía al frente de esta última columna.

Los comerciantes de Guadalajara habían organizado una guardia armada para defender sus intereses de la inminente agresión de Manuel Lozada.

Pero no admitían ponerse bajo las órdenes del gobierno, en una actitud que Urbano criticaba como ventajosa, egoísta, oportunista. Por eso en esa fuerza no se podía confiar para impedir los desmanes que se suscitarían, en caso de que los indios insurrectos dominaran a la altiva capital.

Dos días antes, Lozada había tomado la población de Tequila, a unas doce leguas de Guadalajara y en cualquier momento se lanzaría sobre la ciudad más importante de occidente.

Pero era hora en que el gobierno central todavía no lo creía.

La respuesta telegráfica del ministro de Guerra al gobernador Vallarta había sido que se alarmaba demasiado (1). Urbano había visto el telegrama con sus propios ojos. "El señor Vallarta es muy impaciente; lo que me avisa es posible, pero no probable", decía el papel con sus letras pegadas. ¡Muy fácil decirlo desde el centro, tan lejos de la guerra!, había pensado Urbano.

Hasta después de que se confirmaron a México la situación de peligro en que se encontraban y se difundió la proclama con que Lozada tomaba las armas, fue que el presidente Lerdo dió sus órdenes para que se reforzara a la guarnición jalisciense, la reducida cuarta división, mandada por Ramón Corona.

Pero Ramón todavía tuvo que presionar declinando toda responsabilidad cuando de México le negaron autorización para salir de la plaza a enfrentar a Lozada. La respuesta de Lerdo fue que, bueno, se le autorizaba a ponerse personalmente al frente de las tropas que salieran a intentar frenar el ataque, si lo creía indispensable.

Urbano escuchó indiferente las campanadas de la Catedral que llamaban a misa, a un lado de los portales.

Era un domingo tibio que el desasosiego hacía diferente.

Los periódicos de ese algido enero de 1873 que recordaban o inventaban las atrocidades atribuidas a "las hordas" de Lozada contribuían a ello.

Urbano observó a cuatro beatas que entraron a la Catedral a orar por todos y a dos Hermanas de la Caridad que conducían a un grupo de niñas que venían caminando desde el Hospicio.

Urbano era de los pocos que podían comprender la desesperación de los indios. No justificaba la insurrección, pero él sabía que no eran un año ni dos los que los pueblos habían dilatado gestionado que se les reconociera la propiedad de sus tierras, y cuando lograban vencer las muchas trabas que los juzgados en Tepic y en Jalisco les ponían, cuando en algunos casos habían tenido resoluciones a su favor, los hacendados iban a quejarse al gobierno central, y éste otorgaba la revisión del juicio. Para los indios era el cuento de nunca acabar.

Por eso a Urbano no le sorprendió que Lozada, en sus juntas con los gobernadores de los pueblos, hubiera empezado a repartir las tierras de las haciendas.

Tampoco le extrañó que los hacendados de Mojarras y de Puga, los dueños de la Compañía Tepiqueña, los antiguos Barron que ahora se llamaban Barrón, que habían apoyado al Tigre, lo hubieran abandonado y ahora fueran sus enemigos. (2)

"Es un coyote acorralado", pensó Urbano echando a andar hacia el Teatro Deggollado, donde lo esperaba su cochero.

Sobre las rectas calles enladrilladas el carro jalado por dos briosos caballos llegó a la casa de Juan Bautista Híjar, vecina de la Casa de Los Perros, donde se encontró con su mujer para comer con sus amigos.

Ramón, que había sido invitado, se había excusado de asistir, pues sin descansar preparaba su salida para enfrentarse (por fin) a Lozada. Un enfrentamiento aplazado por más de quince años.

Los dos amigos y sus mujeres comieron casi en silencio, a pesar del succulento arroz con plátanos y la barbacoa cocida al vapor que con su aroma exquisito alejaba los malos presagios.

Al llegar al café, Juan Bautista soltó todo lo que había estado pensando y que Urbano deseaba hacerse explicar:

—La cuestión de los terrenos es un halago para tener a los indígenas en su favor, —dijo Híjar.

—¿Lo crees así?, —interrogó Urbano.

—Tú sabes que nada es absoluto, pero se trata de un despojo. No sé si será por cálculo, o por convicción verdadera, pero bien sabemos que la raza indígena es la más numerosa en el país.

—El peligro es bien cierto, Juan, —repuso Urbano, —pero también es cierto que a los indios los han llevado a la desesperación, —respondió el antiguo arriero.

—Pero el problema es que hombres como Lozada se aprovechan de su ignorancia, —dijo Juan Bautista. —No se puede santificar una usurpación argumentando otra, y no se puede detener la modernización del país; ellos son primitivos. (3)

Urbano aspiró el aroma del café nayarita.

—No se. He visto tanta barbarie entre nosotros, que no se quién pueda decirse civilizado. (4)

—¿Cómo puedes decir eso, Urbano?, —dijo Juan Bautista, verdaderamente sorprendido.

—Te digo que no se. No digo que los indios me parezcan un modelo de rectitud, ni un modelo a seguir, pero nadie puede decir que su cultura nos es ajena, yo creo que está dentro de nosotros y que hacemos mal en abominarla.

—Pero, dime, ¿tú conoces la proclama del Tigre, —preguntó el doctor.

—Sí, sí la conozco, —respondió Urbano. —Me parece un documento sorprendente para haber sido hecho por unos bárbaros.

Una criada india, a una seña de la señora de la casa sirvió más café a los señores y llevó un plato de barro con dulces de chirimoya y ates de varias frutas.

—¿Por qué dices que sorprende el documento?

—Pues, podría ser nadamás una referencia a la situación de Tepic, o a su relación particular con Lerdo, pero habla de la confiscación de los bienes de la iglesia y de la malversación de los intereses que produjo la venta de esas tierras, porque es cierto que seguimos en bancarota. Luego habla de los muchos levantamientos indígenas que siempre han sido sometidos por el gobierno central, por eso llama a todos los indios del país a seguirlos en su iniciativa, —explicó Urbano. (5)

—Pero alguno de los secretarios de Lozada fue el que escribió el documento, ¿no?

—Sí, pero lo firman más de doscientos gobernadores de los pueblos, —dijo el siempre bien informado Urbano.

—Pues que Dios nos proteja y que Ramón tenga éxito, —pidió Juan Bautista.

—No dudes que lo tendrá. Una de las razones de la desesperación de Lozada es la desavenencia con dos de sus jefes más importantes.

—¿Quiénes?, —preguntó Juan Bautista.

—Nada menos que Fráncedís Núñez y Dionisio Gerónimo.

—Sus segundos, ¿no?, —quizó confirmar Juan.

—Sí, doctor, son jefes importantes, —dijo Urbano.

—¿Y dónde se encuentran esos jefes?, preguntó Juan.

—Con Ramón, —dijo Urbano, sacando del bolsillo de su levita una caja de plata con cigarrillos de Acaponeta que ofreció a su amigo, al tiempo que las señoras salían de la sala, esquivando el humo.

+++++

Mientras Mary daba gritos de parturienta asistida por el doctor Híjar, Ramón, a seis leguas al norte, con otro grito preguntó por el coronel Cuevas, responsable del parque con el que se alimentaban sus seis piezas de artillería.

Cuevas había dicho, antes de que Corona saliera con sus tropas de Guadalajara, que tenía "todo arreglado".

Pero en medio de la batalla se había visto que no era así. Los saquetes de los proyectiles estaban rotos y por ellos se salía la pólvora.

Corona se enfrentaba con dos mil hombres a casi ocho mil indios jefaturados por Lozada.

Pero a pesar de su superioridad en número, "El Tigre" estaba en desventaja por el terreno en que se desarrollaba la batalla. No era lo mismo enfrentarse a un experimentado jefe militar en un llano como el de las afueras de Guadalajara, que su inexpugnable sierra, de donde se había atrevido a salir.

En lo más comprometido de la batalla se había descubierto el problema de los proyectiles. Corona ordenó a los jefes de artillería que economizaran el parque y mandó formar un grupo de fajina que con los paños de sol de la tropa, moda copiada a la Legión Extranjera, amarraban parchando los proyectiles.

Desde Zapopan, algunos vecinos observaron la batalla que enfrentó a Corona y Lozada en el campo frente al Rancho de La Mojonera.

Ramón había instalado su puesto en la troje del rancho y mantenía una fuerza de caballería de reserva.

Pero los vecinos que observaban, al ver que los indios envolvían al jefe del ejército jalisciense, corrieron a la ciudad con la noticia de la derrota.

La batalla prosiguió.

Corona logró arrebatarse a los indios los únicos tres cañoncitos que habían llevado y con la llegada de la oscuridad vió que se retiraban.

Ramón arregló sus guardias y centinelas alrededor de su campamento y planeó la continuación de la batalla para la madrugada siguiente.

Se instalaron las fogatas y los soldados comieron una magra cena de tortillas y café, mientras Ramón y sus oficiales pasaron la noche en vela en pláticas y proyectos.

Con las primeras luces, los exploradores de Corona comprobaron que Lozada se había retirado, dejando en el campo a más de dos mil muertos. La ciudad quedó salvada. (6)

Mary había dado su propia batalla y había dado a luz a Elisa, su tercera hija con Ramón.

+++++

Lerdo logró que Vallarta y Corona puspusieran sus diferencias. Los unió en el propósito de convencer al gobierno federal de que apoyara a Jalisco en una campaña militar definitiva contra Lozada.

Agatón Martínez, el jefe lozadista que logró tomar el Rosario, fue vencido por una fuerza del ejército.

La tercera columna de Lozada que se dirigía a Zacatecas, al saber de los acontecimientos de La Mojonera y de El Rosario, regresó a Tepic sin combatir y uno tras otro, los pueblos del Tigre se fueron sometiendo a la autoridad de la República.

Perseguido, Lozada se dispuso a defenderse adentrándose en la sierra, adonde introdujo viveres y municiones.

Ordenó que se fortificaran las barrancas de Mochiltic y que se destruyeran los pasos hacia ese rumbo.

Corona envió al general Ceballos a Sinaloa, donde se le sometieron algunos de

los pueblos que reconocían a Lozada, incluyendo a Agatón Martínez, que se puso a sus órdenes. La fuerza de Corona se acrecentó con los propios indios. (7)

Ceballos tomó Tepic sin disparar ni un tiro.

Ramón Corona se trasladó a esta ciudad desde donde dirigió la operación, una terrible tenaza que se cerraría poco a poco en los meses siguientes sobre el cacique cora.

Domingo Nava, uno de los lozadistas de más influencia entre los indios, se rindió y entregó en San Luis, la cuna de Lozada, veinte cañones y trescientos fusiles. Pronto quedaron sometidos Santiago, Acaponeta, San Blas, Compostela, Ahuacatlán e Ixtlán, y Nava comprometido a auxiliar en las operaciones contra su antiguo jefe, que cada vez se replegaba más en lo recóndito de la sierra.

Las fuerzas de Corona batieron las fuertes posiciones fortificadas en la mesa del Nayarit, como Malanoche, las Higueras, el Jazmín, Agua Bendita, La Cruz, Platanitos y Guaynamota.

Mientras, por Zacatecas avanzaba una brigada completa hacia Mexquitic. La retirada por aquel lugar sería imposible para Lozada.

Cada posición tomada por el ejército iba dejando, nuevamente en esas tierras, un reguero de muertos y heridos.

Los conocimientos que del terreno tenían los jefes indios eran insustituibles.

A fines de abril, Lozada se retiró a las márgenes del río Juana Burra y de ahí se retiró luego al Cerro de las Vigas.

Ceballos intentó rodear el campamento, pero el fugitivo abandonó sus posiciones al descubrir la operación en su contra.

Por dos días se perdió su huella.

Ceballos lo localizó otra vez en el cerro de Las Palmas, donde se había fortificado. Llevaba con él a unas trescientas familias.

El militar dividió su fuerza para sorprender a Lozada entre dos fuegos.

El Tigre advirtió el movimiento envolvente de las tropas que lo perseguían. Entonces él mismo dividió en dos a sus fuerzas y enfrentó a los soldados. Acometido por una tercera fracción que Ceballos tenía de reserva, Lozada, con unos cuantos hombres, escapó dejando en poder de los federales a las familias que lo seguían, las mulas con el equipaje, el archivo y hasta el timbre con que autorizaba su correspondencia.

El acoso continuó por Huajimi y Apozolco, mientras la estación de lluvias se derramaba sobre la sierra.

Corona ordenó no abandonar las operaciones, aunque dejó acampada en Tepic a la mitad de las fuerzas, mientras la otra mitad se quedaría en la sierra, con la perspectiva de ser relevada en la primera oportunidad.

+++++

Fue hasta julio que uno de los auxiliares del ejército federal, como se llamó a los lozadeños incorporados a la operación contra "El Tigre", denunció que éste se encontraba en el cerro de Los Arrayanes.

Era el jefe Andrés Rosales, amigo de Práxedes Núñez.

Tras un ataque que encontró poca resistencia y una gran desbandada, Rosales capturó a Lozada.

Una joven india, la querida de "El Tigre", acompañó al preso a San Luis y luego a Tepic, adonde fue conducido en medio de quinientos soldados de caballería.

A la hora de la comida, la columna de soldados que conducía a Lozada hizo su entrada a la ciudad.

El preso montaba un caballo que un soldado tiraba de la rienda.

Llevaba una bota puesta y el otro pie descalzo, con una herida de su fracasada huida.

De hombros estrechos, bajo un fieltro negro, miraba sin atención con su único ojo a la multitud que se alineó en las calles para verlo vencido. El otro lo había perdido dos años antes, en un accidente mientras pescaba con dinamita en un río.

Preso en el cuartel de la ciudad, fue sometido a juicio, acusado del secuestro de las familias que con él iban durante su huida. Del supuesto despojo de terrenos y de los múltiples crímenes que le achacaban, no se dijo nada en la sentencia.

Su madre, su mujer legítima y su hijo fueron a verlo.

Sentenciado a muerte, solicitó indulto y se le negó.

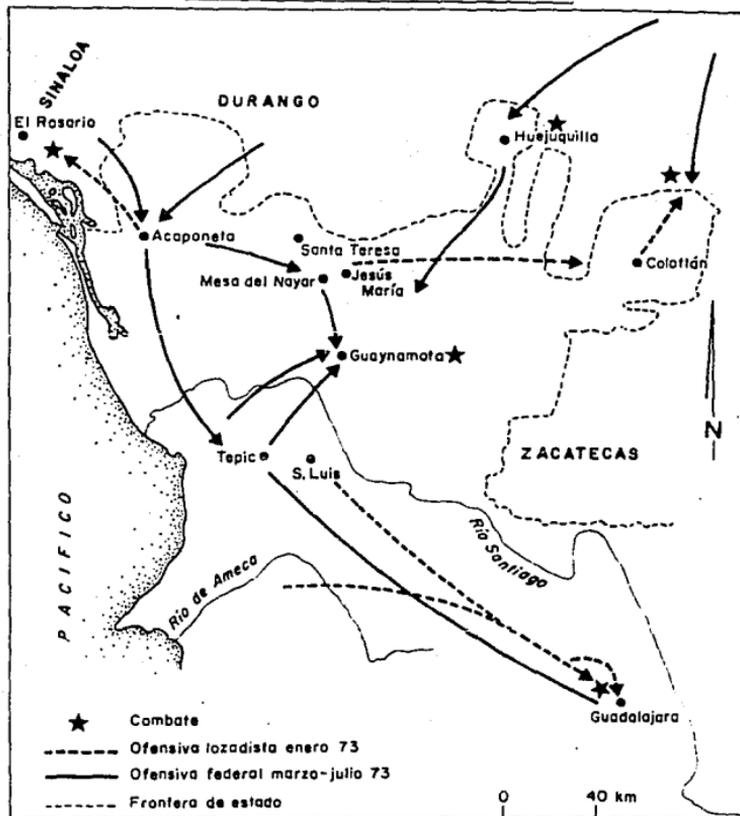
Lozada pidió a su esposa que cuidara de su querida. Los que se escandalizaron no entendieron que para los indios nayaritas no es extraño tener varias mujeres.

Cinco días después de que fuera detenido, cuando la noche apenas empezaba a retirarse, Lozada fue llevado a la loma de Los Metates, cruzando el río Mololoa, a las afueras de Tepic.

Pidió hablar.

Dijo con energía que él siempre había procurado el bien de los pueblos y que tenía la conciencia de que nunca había hecho mal a nadie; que no se arrepentía de sus hechos y que si alguna vez los que lo rodearon no cumplieron sus disposiciones, la culpa no fue suya, y que moría con gusto. (8)

Operaciones militares de 1873



NOTAS Capítulo 11

1 Verdiá, *Historia particular del Estado de Jalisco*, 1902, p. 408.

2 Meyer, *La tierra de Manuel Lozada*, 1989, pp. 138 y sig.

3 José María Vigil y Juan B. Híjar, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 610-611 y 617-620. En estas páginas, Híjar, quien es el único autor del último capítulo del libro, expone claramente sus ideas sobre la rebelión lozadista y los riesgos que los no-indígenas estaban corriendo, en un país donde "la clase indígena" era totalmente mayoritaria.

4 Sólo unos cuantos republicanos en esta época llegaron a dar importancia a la cultura indígena, como ejemplo: Ignacio Ramírez, *Obras, passim*.

5 Verdiá, *Op. cit.*, pp. 408-414.

6 Bernabé Godoy, "La batalla de la Mojoneca", en Arturo Arnaiz y Freg et al, *Historia Mexicana*, julio 1953-1954, pp. 562-591.

7 Verdiá, *Op. cit.* pp. 420-424.

8 Meyer, *Op. cit.*, pp. 371-378.

Don Manuel Lozada



Capítulo 12

EL VIAJE EN BARCO

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

General don Vicente Riva Palacio

México

Fino compadre y amigo:

¡Por fin podremos conversar sin límites de papel, sin esperas entre las respuestas y comentarios de uno y otro y sin las frases limitadas del telégrafo!

¡Por fin podré respirar otra vez el olor de mi valle y de mi gente! ¡No imaginas cómo añoño comer tortillas y un buen pipián y unos chiles rellenos!

Once años no me hicieron olvidar todo esto, porque el pasado siempre está presente.

Si no, dejame platicarte una cosa que me ocurrió en mi viaje a París.

Estábamos Hija y yo tomando un café, que por supuesto era mexicano, en uno de esos simpáticos puestos que tienen los franceses en la calle, cerca del Hotel de Ville, cuando un caballero elegante se me acercó y me miró con atención. Yo le sostuve la mirada, pero no acerté a reconocerlo. Entonces él me habló en francés. Para entonces ya el idioma de Moliere no era mi problema, como bien sabes. Después de un minuto en que estuve a punto de preguntar el por qué de su insistencia en observarme, el hombre me saludó quitándose el sombrero y preguntando si yo era el general Corona, de México. Respondí que sí y me puse de pie. Sin que le preguntara quién era, o de dónde me conocía, él mismo se dio a las explicaciones y me dijo que él había sido uno de los soldados franceses que yo había ordenado ahorcar después de que los capturamos en Veranos ¿Te acuerdas de esa batalla? Resulta que varios de los franceses que no podíamos llevarnos como prisioneros se quedaron colgando y sus compañeros llegaron a tiempo para salvar a unos cuantos. El era uno de ellos. El hombre se despidió muy ceremonioso y sin rencor aparente. Yo lo ví como eso que te digo, un mensaje del pasado. De él no nos podemos pedir nunca.(1)

En estas dos semanas de viaje, con un tiempo espléndido y un mar tranquilo, espero escribirte como un adelanto de las cosas que hemos de conversar.

Con Mary contemplamos el atardecer hacia la proa y el gusto de tu comadre casi puedo sentirlo.

Creo que muchos de sus malestares eran producto de la melancolía, aunque como gran dama siempre tuvo nuestra casa como centro de las tertulias de Madrid.

A pesar de que no pocas veces nos retuvieron los sueldos durante meses ente-

ros, Mary siempre arregló el servicio de la legación mexicana y no dejamos nunca de celebrar lo que había que celebrar.

Los bailes de las grandes fechas para México, engalanados por todas las bellezas que te puedas imaginar que puedes encontrar en una Corte o de gira por Europa, también se comentaban porque daban pie a que se reunieran lo mismo los miembros de la más antigua nobleza española, como Medinaceli y Osuna, y de la nobleza moderna, como la duquesa de Prís y los duques de Santoña, como los jefes de los partidos más opuestos. Frecuentaban nuestra casa, por obra y gracia de Mary, los renombrados representantes del partido constitucionalista de Sagasta, y el moderado de Moyano, el federalista de Pi i Margall y el republicano de Salmerón y de Castelar. Mary decía que su salón era una parte del suelo libre de México. Y estaba cierta de ello.(2)

Pero yo se que es feliz por el regreso.

Sus únicos cuidados en el día son las travesuras de las niñas y que el calor no despierte a Carlitos, aunque trae a dos criadas españolas que la ayudan, con tanta dedicación como las criadas indias que podrías tener en México.

Cuando oscurece, entonces podemos pasear por la cubierta. Ella evita acercarse a la gran rueda de aspas que mueve el vapor y entonces es en el día, durante mis paseos solo en que voy a observar el montón de espuma que empuja el buque.

Las comidas son excelentes en el salón del capitán, un portugués muy amable y culto, que parece que conoce a las corrientes marinas como si fueran el paisaje de tierra firme. Es un hombre extraordinario con el que me gusta conversar. Tiene igual que yo gran interés por el progreso y, como entre sus pasajeros muchas veces han ido y venido industriales, políticos, comerciantes, mensajeros, ingenieros, médicos, profesores y toda clase de personajes, ya te imaginarás el provecho que me hace conversar con él.

El capitán dispone personalmente los platillos del día, que se enriquecen con las aves de un gallinero que traen en la bodega. Junto con los suaves vinos de Portugal, el capitán guarda decenas de frascos de especies y encurtidos, que entrega al cocinero día con día. Me llamó la atención que este marinero, tenía entre los mejores al vino de mezcal de mi tierra. Ya te imaginarás el gusto que me dió comprobar que tenía un garrafón de ese vino en su bodega.

Si como lo creo querrás conversar conmigo acerca de lo que hay que hacer, adelantaré por escrito algunas de las anécdotas de mis largos años de diplomático. ¡Quien nos lo dijera! Pero ésta ya va quedando muy larga, y estoy invitado a tomar café con el capitán, así que la interumpo, aunque escribo un recuerdo para tí, Josefina, tu papá, Lupe y Vicente, y quedo como siempre tu afectísimo amigo y compadre,

Ramón Corona.

P. D. ¿Debo fechar mi carta como "Océano Atlántico", o "a cuarenta millas de las Canarias"?, 31 de marzo de 1885.

+++++

La mujer observaba al niño dormido en la cuna. La tranquilidad de ese sueño inocente la calmaba y la hacía olvidarse de las habladurías.

"Podrán quitarle la corona, pero no lo Corona", había llegado la frase a sus oídos.

También había llegado a saber que el general había disparado sobre uno de los soldados de la guardia en Palacio, porque no supo la contraseña cuando abandonaba cierta alcoba una madrugada.

Había escuchado los comentarios indirectos acerca de la pésima salud del rey, Alfonso XII, jovencísimo de diez y siete años apenas cuando recibió el trono, que iba enflaqueciendo día con día a causa de la tuberculosis. Ella había respondido a esas maledicencias que esa enfermedad no le impedía ser padre, ni sus largas estancias fuera de Madrid.

El regreso de Corona a su patria era lo mejor para intentar frenar tales comentarios, aunque en el fondo sabía que ni entre los españoles ni entre los mexicanos dejarían de propalarse los murmullos que atribuían al general Ramón Corona la paternidad de Alfonso XIII. Los retratos de Juan de Borbón, duque de Barcelona, muchos años después de la muerte de Ramón y de la propia Cristina, mostrarían el gran parecido con su supuesto abuelo, del que habría sido nieto del vencedor de Maximiliano. (3)

Cerrándose a las habladurías, ella miraba a su hijo, encontraba paz y olvidaba todo lo demás.

+++++

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

General don Vicente Riva Palacio

México

Querido compadre y amigo:

Nos anunciaron que mañana llegaremos a La Habana y eso nos hace sentir casi ya en casa.

En Veracruz no nos detendremos más que lo indispensable para bajar el equipaje. Lo que a Mary le importa es la cama de latón que Margarita nos regaló y que es idéntica a la que tenía don Benito. Hizo el viaje hacia Europa, y ahora va con nosotros de regreso. Es una cama muy viajada.

Pienso estar varias semanas en México. Ahí veré realmente cómo está la situación en Jalisco. Sólo entonces decidiré si pido me releven de mis cargos diplomáticos. Pero ya fueron muchos años lejos, ¿no te parece?

Tal vez no alcance la Semana Santa en Guadalajara, pero me quedaré en la capital, aunque no quisiera retrasarme; quisiera llegar a ver los incendios en las calles, porque las niñas ni conocen estas costumbres y quiero que las vean.

El mar, cuando no tienes tierra a la vista por ningún lado, me ha recordado el desierto, las varias veces que viajé a caballo de Sinaloa hasta Chihuahua. El desierto es, más que otra cosa, la falta de gente. En Durango encontré huellas de los hombres, como algún altar de indios, o una tumba cubierta con piedras. En el mar eso hemos encontrado. Quién sabe de dónde llegó una guirnalda de flores, tal vez la tiraron de otro barco.

En esta ocasión, te voy a relatar con detalle el incidente de hace año y medio cuando la reina María Cristina se negó a saludarme en medio de una recepción, y cómo finalmente se resolvió el asunto.

El veintiocho de diciembre se celebra el cumpleaños del rey y todo el cuerpo diplomático concurre de uniforme, todos muy elegantes, de etiqueta. Mary no asistió, afortunadamente, porque me hubiera desagradado mucho que la descortesía la padeciera ella.

Mientras se verifica la recepción, el rey y la reina están sentados en su trono; la familia real está sentada a la izquierda, y, detrás, de pie, todas las damas de honor.

A la derecha del trono están todos los ministros de la Corona, con los grandes de España. Enfrente, de pie, el cuerpo diplomático, formado por orden de antigüedad, con el Nuncio a la cabeza y así permanecen todos hasta que termina el desfile de los altos dignatarios y autoridades civiles y militares.

Concluido el desfile, el rey baja de su trono, acompañado de la reina, seguidos de la familia real y se dirigen a saludar personalmente a cada uno de los jefes de misión a quienes se les dirige la palabra con más o menos expresión, y lo mismo se acostumbra que haga la reina y toda la familia real.

Esa vez, al descender el rey, saludó y habló con el Nuncio; luego se dirigió al embajador de Francia, el cual le presentó dos nuevos agregados. Alfonso XII se dirigió entonces a mí, después de saludarme, se informó del estado de salud de mi señora, y habló sobre el progreso de México. Luego continuó con el ministro de Italia.

La reina saludó al Nuncio. Pasó con el embajador de Francia y lo mismo que el rey le dirigió la palabra a los agregados que le fueron presentados.

Al llegar a mí, me vio, y pasó sin dirigirme la palabra y fue a saludar y dirigirse al ministro de Italia.

Naturalmente todos los individuos del cuerpo diplomático que estaban inmediatos notaron la falta de cortesía.

Las infantas doña Isabel y doña Eulalia, al saludarme como los demás, me dirigieron también la palabra.

Antes de que concluyera el acto me dirigí al ministro de Estado, don Servando Ruiz, y le dije que la reina me había cometido una falta de cortesía, por lo que quería hablar con él. El ministro me citó para el día siguiente.

A la hora citada, hablé con el señor ministro y le comenté que dos años antes, cuando salí a Portugal, estuve a despedirme del rey y a presentarle al secretario de la legación que quedaba de encargado de negocios. Ese encuentro se prologó. Alfonso XII me presentó entonces a su esposa, Cristina. Ella no me saludó entonces, hasta que el rey le llamó la atención diciéndole "Cristina, el señor general Corona, ¿no lo conoces?". Ella contestó que no conocía al general Corona, sino al ministro de México, y que había acudido al acto, porque entendía que aquel acto era oficial. El rey le contestó entonces que el general Corona y el ministro de México eran la misma persona.

Entonces no tuvo ninguna trascendencia el incidente, porque no fue público. Además, yo podía comprender su reacción por su parentesco con Maximiliano, pero en el segundo caso ya era público que me trataba con la cortesía acorde a mi cargo y no podía permitir una falta a la representación de mi país. Mi situación, comprenderás, fue incómoda.

Don Servando, que escuchó con mucha atención, dijo que buscaría una oportunidad para hacer presente al rey el caso, pero que tratándose de su majestad, lo que podría hacerse era que yo solicitara una audiencia para hablar directamente al rey.

Yo le expuse que no creía conveniente dirigirme a solicitar la entrevista con el rey, porque para mí el caso era muy delicado, y que él me observaría que para eso tenía a su ministro, como conducto para que yo me entendiera. Le dije que dejaba esa cuestión en su conocimiento, para que la resolviera en la forma que creyese oportuno.

También le dije que por tratarse de una señora, si su actitud era originada por la maledicencia, yo estaba dispuesto a desvanecer la más ligera sombra que hubiera respecto de mí, no sólo sobre mis actos diplomáticos, relativos a mi misión, sino también sobre mi vida militar y privada, porque tenía la conciencia de todos mis actos.

Le expuse al ministro que a partir de ese momento me abstendría de concurrir a Palacio hasta no tener la seguridad de no verme expuesto a un nuevo desaire, y que como no quería excusarme con pretextos imaginarios que diesen lugar a interpretaciones, me proponía expresar que no concurría por las razones que ya había expuesto, y que de todo ello daría cuenta a mi gobierno.

Don Servando dijo que mi resolución le parecía prudente y entonces nos despedimos.

Cuando el ministro habló con el rey del caso, Alfonso XII respondió que ya se lo había dicho a la reina, "pero yo no puedo con esa mujer; se ha empeñado en ser austriaca aquí, donde no debe ser más que española", más o menos eso dijo el rey.

Para fines de enero, recibí una invitación a una comida, con motivo del santo de Alfonso XII. Para entonces había asumido como nuevo ministro de Estado el señor Elduayen, quien me visitó en la legación por la mañana del día fijado para la comida. Me dijo que había hablado con los dos monarcas acerca de la importancia diplomática del incidente, y que tanto Cristina como Alfonso habían admitido que era necesario que no hubiera fricciones en la relación entre nuestros países. Naturalmente lo de Cuba continuaba fresco en la memoria de todos. El ministro me rogó que asistiera con mi señora a la comida y me garantizó que no habría ninguna descortesía a mi representación.

Yo le aseguré que estaría presente, aunque disculpé a Mary, porque era muy conocido su delicado estado de salud.

En la recepción, tras el desfile, los reyes bajaron a saludar a los representantes extranjeros, entre los que ocupaba yo el puesto que correspondía a mi categoría y antigüedad. Al llegar mi turno, tanto el rey como la reina estuvieron sumamente amables conmigo, lo que me dejó muy satisfecho, pues la reparación fue tan pública como el agravio. Algunos embajadores, al terminar la recepción, me dieron sus felicitaciones.

Ese fue todo el incidente, que, como te imaginarás, fue motivo de muchos comentarios en la Corte, que no deja pasar ni un chisme, por pequeño que sea, sin comentarlo, diseccionarlo, interpretarlo y difundirlo.

Interrumpo ésta cuando ya la presencia de aves que vuelan cerca del barco me indican que no estamos tan lejos de tierra. Espero saludarte personalmente en menos de una semana, a ti, junto a Josefina y toda tu familia.

Tu amigo y compadre

Ramón Corona

Cerca de La Habana. 2 de abril de 1885. (4)

NOTAS Capítulo 12

1 Datos obtenidos durante una entrevista con el señor José Ramón Corona Ojeda, bisnieto del general Corona, el 22 de agosto de 1992, según tradición oral de la familia.

2 Juan de Dios Peza, quien en una etapa de su vida trabajó como diplomático bajo la órdenes del ministro Corona en Madrid, relata en sus *Memorias* la pluralidad de asistencia a las tertulias organizadas en la casa del general, donde la anfitriona era Mary Mc Entee de Corona. Cita por José María Muriá, en *Aporte diplomático de Jalisco*, 1988, p. 64.

3 Acerca de la paternidad de Alfonso XIII atribuida a Corona, aparentemente habría datos en contrario, dada la fecha de regreso del general a México, en abril de 1885. El nacimiento del hijo de la reina Cristina está fechado once meses después. Sin embargo, es una afirmación muy extendida en la tradición oral en Jalisco, especialmente, de la que los paisanos de Corona no se sienten precisamente apenados. Entre estas tradiciones, está la de atribuir a la expresión "hijo de Corona" el significado de bastardo.

Uno de los hechos que apuntalan la versión de la ascendencia mexicana del actual monarca español (quien sería entonces bisnieto de Corona) es el de la pésima salud de Alfonso XII, quien murió dos meses antes de que naciera el crío en cuestión y que debido a su tuberculosis y a los tratamientos médicos que entonces se acostumbraban pasaba largas temporadas en zonas montañosas altas. A pesar de la posibilidad real de que hubiera engendrado a su hijo póstumo, según los cálculos de las fechas, los rumores no fueron aplacados.

Además, en entrevista con la señora Esperanza Camacho Corona, bisnieta del general, el 29 de agosto de 1992, contó la anécdota familiar según la cual un pintor español de apellido Vila, al trabajar en un retrato de la señora Mari de los Angeles Corona —hija de Corona, ahijada de bautizo de Benito Juárez y Margarita Maza—, observó otro retrato del propio general, colgado en una de las paredes de la casa. El pintor preguntó si ese era el general Corona, que había sido ministro de México en Madrid. A la respuesta afirmativa, el pintor Vila dijo que él había visto al general disparar contra uno de los guardias del Palacio real español, cuando salía una madrugada y no pudo decir cuál era la contraseña fijada para ese día.

Esperanza Corona dijo también que entre su familia se comentaba que "la reina era muy puritana, pero papá grande (el general) iba diario a jugar a las cartas en Palacio".

4 José María Muriá, *Op. Cit.*, pp. 131-138.

Capítulo 13

EL CORSET DE MARY

Ayudada por María, la nana española de Carlitos, Mary se vistió para la comida.

Ese domingo, por primera vez en muchas semanas había desayunado tranquilamente con Ramón, con Elisa, Carlota y Carlitos, que más tardó en engullir su torta de ante y su tazón de leche tibia, que en salir corriendo a armar un modelo arquitectónico de cartón, que don Urbano le había regalado el día anterior, lindo juguete que el viejo comerciante había comprado en la mercería del Portal Quemado. (1)

Ella había disfrutado una larga sobremesa con su marido y las muchachas, después de haberles ofrecido abundantes platos de caldo con plátano rebanado, con su salsa de tomates y chiles verdes, favorito de Ramón, huevos rancheros con trozos de longaniza y queso, leche para ella y sus hijas y el infaltable café para el general.

Ramón le había dicho su gusto por asistir con ella al teatro en el Principal, el viejo y destartado coliseo, donde se presentaba la obra "Los Mártires de Tacubaya".

Ramón había recibido una esquila con la invitación de parte del director de la compañía, un hombre de apellido Ramírez. También se presentaría la zarzuela "Sensitiva" (2), que entusiasmó más a Mary que la representación de teatro, un tema que recordaba heridas todavía frescas, aunque ya habían pasado casi treinta años desde entonces, y ya no significaban nada para jóvenes como Elisa y Carlota, que, ellas sí, prefirieron no ir.

Las muchachas se retiraron a arreglarse, pues irían al paseo de San Pedro, a dejarse ver por algunos "pollos" que les suspiraban.

Ramón comentó a Mary las posibilidades de hacer crecer al mercado de San Juan de Los Lagos, que a pesar de haberse reducido mucho, seguía siendo una gran atracción por toda la región.

Mary escuchó interesada la descripción que su marido le hizo de ese mercado, del pueblo situado en una hondonada, con las dos torres gemelas de su Colegiata que se levantan desde el fondo del valle, adonde acuden penitentes que en el atrio se postran de rodillas, con ramos de flores en las manos y velas encendidas. Mary sabía de los rezos, de las penas que se amortiguan cuando se confían a la Virgen.

Pero la parte del relato que alcanzó a fascinarla fue la que describía los caminos llenos de vendedores que llevaban en caballos o burros, en carros o en el lomo de las bestias, cargamentos de herrajes y piezas de talabartería, las tropas de caballos de Los Altos, músicos que se sumaban a los vendedores y coheteros que en la noche se encargaban de rayar el cielo con sus bengalas. Ya se imagina-

ba a sí misma recorriendo los puestecillos instalados en la extensa plaza, frente al santuario, con dulces de todo tipo, como calabazates dorados, bisnagas translúcidas y camotes cubiertos; de platos y tazas de cerámica de San Pedro; de policromadas figuras de chitle de Zayula y de equipales de Zacoalco, y entre los tendidos de hierbas, con toda la farmacoepa a la que era tan común recurrir (3), como la jarilla, para la piel; la yerba mora, para la erisipela; el chilacuaco, para el dolor ventoso, o la esconzorda, eficaz raíz para la fiebre. (4)

Discutieron sobre la tradición y la modernidad, cuando esta última era el propósito fundamental de la actividad política de Ramón y los dos recordaron entre burlas la tacañería de los ricos comerciantes que, hacía ya año y medio, habían juntado apenas quinientos pesos para celebrar la inauguración del ferrocarril de México a Guadalajara, por lo que el gobernador mandó devolver a sus acaudalados paisanos el dinero recabado. (5)

Enmedio de las risas de la conversación, Mary dejó su bata en las manos de su marido y estuvo atenta a que no fueran a entrar los criados a recoger el servicio del largo desayuno.

Mary salió de sus pensamientos que le recordaban la tranquilidad de la mañana, cuando María la sofocó al apretarle las cintas en la espalda.

Seleccionó uno de sus vestidos favoritos, uno francés de seda verde, que combinaba perfectamente con sus ojos, y antes de meter la cabeza por el amplio ruedo, con una gran borla se untó la cara, el cuello y los hombros con cascarrilla de caracol de Persia, con lo que su todavía hermosa piel blanca quedó suave y mate. (6)

María, que trajinaba por todo el cuarto recogiendo ropas, tonllas y el agua usada de la jofaina, tomando una hoja de periódico, preguntó siseando:

—¿Pongo ezte papel con loz otroz, madame?

Mary volteó y vió que se trataba de la hoja de *Juan Panadero*, el periódico que una semana antes había publicado las "calaveras" tradicionales del Día de Muertos.

—Dámela, yo la guardo, —dijo a la criada; tomó el periódico y releyó la dedicada a Ramón:

“Un bello lauro de gloria
le deparó la victoria
por su arrojo y su valor,
cuando allá en el Occidente
caudillo noble y valiente,
destrozara al invasor.

Pero pasaron los años;
los políticos engaños

lo pescaron en su red,
y odios, traiciones, inquinas,
lo coronaron de espinas.
¡Aquí está su tumba, ved!" (7)

A pesar de que ella era muy dada a disfrutar todas las costumbres populares, esa "calavera" no le agradó mucho y, mientras guardaba la hoja del periodiquito en una caja de madera laqueada, donde ya había muchos otros impresos, ahogó un suspiro, impedida por su cintura, que parecía diminuta, a pesar de su corpulencia.

+++++

Después de la comida, Mary y Ramón caminaban hacia el teatro por la calle del Carmen. La obra estaba citada para las cuatro y media. (8)

Varios metros adelante, María llevaba de la mano a Carlitos.

Un joven haraposo y sucio, vestido con un saco y pantalón negros y gastados, caminó de prisa hasta alcanzar al gobernador y a su esposa.

Traía la mano derecha bajo el saco y al llegar junto a la pareja, sin decir nada, descubrió que empuñaba la flama de un cuchillo con cache de marfil, bárbaramente afilado. Con el arma golpeó al general Corona en el cuello, y un chorro de sangre salpicó el tápalo gitano de Mary.

Ella gritó asustada, pero intentó interponerse entre el agresor y su marido.

Un jovencito, a pocos metros de la escena, dejó caer un frasco con agua de la fuente de San Agustín, que le había mandado a traer el director de la compañía de teatro y se quedó paralizado, observando cómo el asesino tiró una puñalada a la señora.

El golpe dió contra una de las varillas de dientes de ballena del corset de Mary, por lo que la herida que ella recibió fue muy pequeña, pero no pudo evitar ser derribada.

Desde el suelo, Mary vió aterrada cómo Ramón volteaba indefenso frente al asesino, y que éste hundía la daga en el abdomen de su marido y, tratando de dar nuevamente en el cuello, lo hería en el hombro.

—¡Socorro!, ¡Socorro!, gritó Mary, poniéndose de pie, mientras el asesino corría por la calle de Degollado.

Desde un balcón, el niño Gerardo Murillo, dejó de jugar con una carreta de madera que arrastraba por el barandal, y en su mente quedó grabada la escena de

la mujer gritando abrazando al gobernador manchado de sangre, mientras el hombre que lo había herido era alcanzado por otros dos que a su vez lo acuchillaron. (9) El asesino quedó con dos costillas rotas y cuatro heridas mortales en el corazón y un pulmón. Luego los periódicos dijeron que se había tratado de un hombre loco, que quiso hacerse notar con un magnicidio, para después suicidarse. (10)

En la ciudad de México, el abogado Ramón Corona McEntee, recibió en los Juzgados de Belém un recado de que se comunicara con el presidente Díaz. A la una y media, don Porfirio le informó la infausta noticia del fallecimiento de su padre. (11) El presidente dispuso que se preparara una corrida especial del tren a Guadaluajara, con derecho de vía libre, para que el joven se trasladara de inmediato junto a su madre y sus hermanas.

El general siempre se mantuvo de pie durante la agresión. A pesar de que la herida del cuello lo hacía sangrar aparatosamente, su preocupación era calmar a Mary.

—No es nada, es leve; no tengas cuidado, —dijo completamente lúcido, mientras sacaba de la levita su pañuelo de lino y lo apretaba contra el cuello.

Dos señoritas vecinas de la calle donde ocurrió la agresión, corrieron llevando alcohol y algodón y el doctor José Morfín salió de su casa y corrió a sostener al gobernador.

Apoyado en los brazos de Mary y Morfín, Corona pudo caminar de regreso las tres cuadras que se había alejado del Palacio de Gobierno, pero al pie de la escalera se desvaneció y varios guardias lo llevaron en andas a la planta alta, a su dormitorio.

Catorce médicos lo examinaron. Algunos propusieron hacerle una riesgosa y novedosa intervención llamada peritomía, pues seguramente los intestinos estaban dañados. Finalmente decidieron no hacerla.

Las hemorragias fueron detenidas, pero Ramón perdió el sentido varias veces mientras los médicos lo examinaban. Comprendió que su muerte era irremediable y pidió que llevaran a su habitación a sus hijos.

Les pidió un beso a Elisa y a Carlota y ellas se lo dieron en la frente. A Carlitos lo acarició en la cabeza y le dijo que debía ser muy fuerte.

Cuando sus hijos salieron, pidió que le pusieran una inyección de morfina, mientras Mary a su lado contenía las lágrimas.

—¿Qué hora es?, —preguntó el moribundo.

—Son las cuatro y media, —dijo Mary, mirando un garigoleado reloj dorado colocado sobre una mesa de la habitación.

—Entonces ya no tarda en amanecer. Todavía podré ver la mañana, —dijo Ramón, que creía que ya era de madrugada, cuando apenas era media tarde.

Mary permitió que entraran a ver a Ramón Luis Pérez Verdía y su entrañable amigo Urbano López, que de inmediato se habían trasladado a las habitaciones de Ramón en cuanto conocieron la noticia, que ya había alcanzado a toda la ciudad.

Silenciosos y preocupados, los dos se acercaron al lecho.

Urbano arrimó una silla a la cabecera del lecho del general y se acercó a indagar su aspecto. Se asustó de la palidez, pero no hizo ningún comentario. Pérez Verdía había permanecido de pie.

—Siéntese, amigo, no esté parado, —le dijo Ramón, y el abogado encontró un taburete.

Con una seña se dirigió a Urbano.

—Ordéneme, mi general, —dijo el ex arriero, intentando permanecer tranquilo.

—¿No creen ustedes que aquí hay poco aire? ¡Que abran las puertas!, —dijo Ramón y Mary sollozando fue a cumplir la voluntad de su marido. Urbano permanecía atento a lo que Ramón quería decirle.

—Quiero escribir una carta. Trae papel y el tintero, están allí, en mi mesa... ¿Ya estás listo? A ver, escribe: Mi estimada...

NOTAS Capítulo 13

1 La descripción de los platillos del desayuno, poco comunes en nuestra época, está tomada de los relatos que sobre su infancia se incluyen en los primeros capítulos de la obra de Victoriano Salado, *Tiempo Viejo*. La referencia a los juguetes para armar, es de un anuncio de una mercería, aparecido en *Juan Panadero* ese año.

2 Anuncio en *Juan Panadero*, núm. 2106, 31 de octubre de 1889, p. 3.

3 Agustín Basave, "Artes populares jaliscienses", 1953.

4 *La Chispa*, núm. 28, Guadalajara, septiembre de 1868, p. 4.

5 Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco*, 1902, p. 495.

6 Anuncio publicitario en *Juan Panadero*, núm 101, 1873, p. 4.

7 *Juan Panadero*, núm 2103, Guadalajara, 31 de oct. de 1889, p. 1.

8 Para la reconstrucción del asesinato, se consultaron los periódicos de México *El Hijo del Ahuizote*, *El Universal*, *El Siglo XIX*, *La Patria* y *El Monitor Republicano*, de noviembre y diciembre de 1889. Además, de Guadalajara, *Juan Panadero*. El primero y el último de los enumerados plantean la hipótesis de que se trató de un asesinato político, especialmente debido a la misteriosa muerte del asesino, Primitivo Ron, quien tenía, según la autopsia, cuatro heridas que causan la muerte instantáneamente. Está, además, el hecho de que el principal beneficiado con la desaparición de Corona fue Porfirio Díaz, quien continuó sus reelecciones.

9 El doctor Atl, Gerardo Murillo, publicó un artículo, "Primitivo Ron" en la sección literaria de *El Informador*, de Guadalajara, el 7 de enero de 1979. En ese artículo, aseguró haber sido testigo del asesinato de Corona y del que sufrió Ron, a manos de dos posibles policías. Ron, a su vez, había sido gendarme pocos meses antes del asesinato. La versión de Murillo, sin embargo, difiere en cuanto a algunos detalles de cómo ocurrió el ataque a Corona, especialmente en relación a la calle. Murillo lo ubica en la calle de La Maestranza, a la vuelta de dónde aseguraron los diarios de la época que ocurrió.

10 *El Universal*, noviembre y diciembre de 1889.

11 La versión del diario *El Universal* es fundamental para determinar el posible involucramiento de Díaz en el caso. Se trata de una nota publicada el 13 de noviembre de 1889, en la página 3. Textualmente dice que "antier, a las diez y media de la mañana, se encontraba el Sr. Lic. Ramón Corona (hijo) en los Juzgados de Belém, cumpliendo la obligación que se había impuesto de defender a los pobres. A esa hora estaba ignorante de cuanto pasaba en el seno de su familia. Habló con el Sr. Presidente de la República como a la una de la tarde, y recibió la triste noticia del fallecimiento." Es notable que no se hubiera enterado antes de la agresión a su padre, ya que el telégrafo funcionaba perfectamente y todo mundo estuvo enterado en Guadalajara y en México de los sucesos. No fue posible determinar si el "antier" de la nota tomaba en cuenta la fecha de la publicación, o si, como no es inusual que ocurra en la redacción de notas periodísticas, se escribe en presente en el momento de estar redactando. En ese caso, Díaz habría dado la noticia de la muerte de Corona varias horas antes de que hubiera ocurrido.

Ramón Corona



**VI.-
CONCLUSIONES**

DEL ARCHIVO PERSONAL DE CORONA

General de División Ramón Corona Madrigal.- Donde se halle.-

Estimado general:

En primer lugar, quiero agradecerle la oportunidad que tuve, siguiendo sus pasos, de conocer tantas cosas que usted vivió.

En segundo, he de comentarle que, como usted lo comprendió desde muy pronto, si se pudo conservar y fortalecer la unidad nacional, superando la casi anárquica autonomía de los poderes regionales, que usted conoció de tan cerca.

Fue su colega, el joven Porfirio, como le nombraba don Benito, quien tuvo a bien fortalecer el gobierno central, uno de los elementos de la unidad nacional necesarios en su siglo.

No he de decirle si Porfirio hizo bien o hizo mal en su larguísimo régimen; no viene al caso. Tampoco me referiré a la continuidad de Juárez, Lerdo y finalmente Díaz, que permitió llevar a cabo el propósito, en el que coincidía también usted, de lograr el sometimiento al gobierno central a los poderes locales. Esa continuidad la han estudiado ya otros historiadores, empezando por el maestro Daniel Cosío Villegas. (1)

Lo que sí quiero escribirle es mi opinión acerca de sus propios afanes en ese punto: la unidad de la nación, en un momento en que había el riesgo real de un desmoronamiento del país. Usted actuó en favor de esa unidad, bajo la decisión propia, no bajo la tutela de un poderoso, como argumentaban los partidarios del imperio de Maximiliano, para ellos, "patriótico". (2)

Por todo lo que conocí de sus actividades, me saltó a la vista que, ante los sistemáticos boicots que usted padeció de parte de varias de las facciones republicanas en su tierra, en su región, el apoyo que buscó y obtuvo fue el del gobierno federal, el de Juárez.

Nunca hubiera usted convencido ni a Uruga, ni a Plácido Vega, ni a tantos otros jefes locales que con la mano en la cintura se sublevaban a cada rato o cambiaban de bando como de chaqueta, de que fueran consecuentes en la guerra contra el que era su enemigo común. La visión de ellos era más inmediatista y local.

Nunca los hubiera usted convencido de que lo respaldaran a usted realmente con los recursos de las aduanas que mantenían en su poder, para pertearchar a los "Libres de Motaje", y a la Sección de Tepic, que a pesar del sabotaje de esos envidiosos se convirtió en Brigada, y luego en la base del Ejército de Occidente. Eso hubiera significado el fortalecer a alguien que les pudiera hacer sombra en su terruño.

Me parece que el mismo Lozada personificaba a uno de esos poderes locales, al que le resultaba secundario cuál fuera el gobierno central: conservador, monárquico, liberal, lo que sea, mientras lo dejaran en su territorio, con su poder caciquil, con sus intereses y los de sus gentes más o menos arreglados. Pero a Lozada debo referirme por aparte. (3)

Vea usted, general, que no me refiero a si esos jefes que lo boicotearon eran "malos" mexicanos, o "traidores". Usted sí tiene los calificativos para ellos, aunque no puedo ocultar que mis simpatías, desde luego, están con usted.

Lo que digo de ellos es que no coincidían con usted en su perspectiva nacional, amplia, más allá de Tepic o de Jalisco.

Por eso, yo creo que usted hizo bien en recurrir a Juárez para buscar su respaldo, aunque materialmente usted mismo lo consiguió, junto con Rosales, Sepúlveda, los Correa, Biviano Dávalos, Angel Martínez y todos los hombres y mujeres que compartieron sus propósitos, porque las órdenes del presidente de la República, que andaba huyendo, no se acataron casi nunca.

Por eso entiendo que usted rechazara los cantos de sirena que le presentaron, para que usted se sublevara, colegas suyos como González Ortega, cuando quiso desconocer a Juárez, que en situación de emergencia, con Maximiliano entronizado, recurrió a las facultades extraordinarias presidenciales para prorrogar su mandato; o a Porfirio Díaz, en su primera intentona de La Noria; o a su amigo el héroe Eulogio Parra en el occidente en los primeros años de la República Restaurada.

Por eso, también, usted apoyó a Juárez, que todavía no era su compadre, en el asunto de la convocatoria al plebiscito en 1867. (4)

Pero además de ese hecho material —el que consiste en que su propia fuerza creció al amparo del gobierno federal y no de un poder local— también está la convicción que usted asumió acerca de que el respeto al gobierno republicano y a la Constitución que lo legalizaba era el camino para defender al país.

Donde mejor quedó plasmada esa convicción fue en las páginas de su periódico *El 5 de mayo*, y quedo impuesta de que esa publicación requiere de un estudio aparte, porque muestra bien clarito la ideología de un grupo de liberales, usted y sus compañeros, no muy conocido por nosotros en la actualidad. (5)

Sus planteamientos acerca de Estados Unidos, autores de la guerra en la que se quedaron con la mitad de México, experiencia muy cercana en el tiempo a usted, muestran el desarrollo de estas convicciones: era posible la construcción de una nación por los mexicanos mismos, sin tutelas, a pesar de la vecindad que en muchos momentos ha sido amenazante para la soberanía.

Queda más claro todavía al ver su actitud durante la operación en que usted recuperó Mazatlán de los franceses, con un vapor americano surto en la bahía como testigo: que vieran los vecinos la decisión de los mexicanos de tomar las

riendas del gobierno de su tierra. (6)

El tema de la relación de los republicanos mexicanos con Estados Unidos es uno de los que todavía tienen tela de dónde cortar para ser estudiados. Por eso me interesó mucho la existencia de la brigada americana dentro del Ejército de Occidente. Es cierto que hubo otros estadounidenses combatiendo en otros cuerpitos de las fuerzas militares republicanas, pero falta precisar bajo qué condiciones lo hicieron, con qué contratos, con qué reservas, a cambio de qué. Es otro de los temas que quedan pendientes, anotado en la agenda de asuntos por estudiar. Por eso también es interesante que usted se hubiera casado precisamente con una joven estadounidense. Supongo que lo decisivo no fue la nacionalidad o el origen de ella, pero queda claro que usted no le tenía prejuicios.

Haciendo una comparación acerca de la unidad nacional en su tiempo y en el actual, se destaca la diferencia del papel que juega el gobierno central. En su siglo era indispensable el fortalecimiento de éste, luego de décadas de asonadas y golpes de Estado al mayoro. Ahora, el centralismo parece ser una de las causas de muchos de nuestros problemas sociales, económicos, ecológicos y de muchas otras especies.

Pero en ambas épocas, me parece, las cuestiones locales no pueden ignorarse o sustituirse con un análisis general, global, de la historia del país. Lo que va ocurriendo en los pueblos, el campo, las provincias y la capital, tiene su importancia particular, nunca desdeñable.

En el interés local, con su influencia en lo nacional, está el gran enfrentamiento que mantuvieron usted y Lozada, o mejor dicho, las dos concepciones de desarrollo social que cada uno representaba.

Para casi todos los dirigentes políticos que fueron sus contemporáneos, y usted incluido, Lozada representaba el atraso. No veían ustedes la importancia de la cultura indígena para sumarla a la construcción de la nación. Ni siquiera le parecía cultura. Lo mismo le sucedió a Porfirio Díaz, que en despojar tierras indígenas fue más lejos que todos los regímenes que se apoyaban en las ideas de la Reforma. (7)

En lo que sí tenían razón es en que un modelo de país republicano, democrático, requiere de un cierto nivel cultural homogéneo extendido entre la población, que a estas alturas del milenio todavía no logramos.

Antes de pasar a despedirme, nadamás me queda comentarle que tuve un gran gusto en trabajar varios de los últimos meses en la elaboración de este estudio. Salude, por favor, de mi parte, a Juan Bautista y a don Urbano. Le mando un gran abrazo.

Clara Guadalupe García.- México, Distrito Federal, verano de 1993.

NOTAS DE CONCLUSIONES

1 Daniel Cosío Villegas, coord., *Historia Moderna de México, la República Restaurada, vida política*, 1956, *passim*.

2 Sobre la polémica entre monarquistas y republicanos, sigue siendo vigente el análisis del maestro Edmundo O'Gorman, *La supervivencia política novohispana, reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, 1986, para quien el fusilamiento de Maximiliano fue un acto que significó muy claramente el fin de las aspiraciones monárquicas de los descreídos conservadores, que no sentían a los mexicanos capaces, ellos mismos incluidos, de darse un gobierno propio. Están también los estudios de Hale, *La transformación del liberalismo en México*, 1991, sobre la época de Mora y sobre el liberalismo de fines del siglo XIX.

3 Esta postura de Lozada está muy clara en "Acta de neutralidad", reproducida íntegra en la nota 15 del capítulo III de esta investigación.

4 Daniel Cosío Villegas, *Op. Cit.*, pp. 141-172.

5 *El 5 de Mayo*, semanario, Culiacán, de 1865 a 1866.

6 Vigil e Hijar y Haro, *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, 1874, pp. 420 y sig.

7 *Idem*, pp. 607-609.

VII

FUENTES PARA EL ESTUDIO DE CORONA

Las fuentes utilizadas en el presente trabajo fueron de diversos tipos. Fue posible emplear fuentes primarias provenientes del Archivo General de la Nación (AGN), del Archivo Histórico de Jalisco (AHJ), de la Secretaría de la Defensa Nacional (SDN), en la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) y en el Archivo Juárez, en la versión compilada por Jorge Tamayo. Las fuentes indirectas fueron múltiples y entre ellas se cuentan periódicos de la época, varios libros de Historia y también novelas, especialmente algunas escritas en la época que se analiza. Para profundizar en algunos problemas historiográficos se recurrió a varios estudios, como los de Hale (1991), Guerra (1988), O'Gorman (1986), Cosío Villegas (1955) y Luis González y González (1988).

En el Archivo Histórico de la SDN, el expediente del general de División Ramón Corona Madrigal fue un excelente documento para ubicar cronológicamente su participación como soldado y su trayectoria dentro del liberalismo.

La hoja de servicios de Corona, junto con los partes militares incluidos en el archivo de operaciones bélicas, en los años respectivos a que se refiere este estudio, destaca sus triunfos y minimiza las derrotas, o las pondera como inevitables. Hecha esta salvedad, estos documentos fueron una de las bases para iniciar el trabajo de investigación propuesto, luego de hacer una crítica a la visión de Corona de sí mismo, contrastando estos datos y apreciaciones con otros documentos, como el periódico *El Imperio* que difundió la versión contraria. Este expediente contiene además documentos del Registro Civil y cartas de Corona a sus superiores y de éstos al militar.

Otro documento de primera mano consultado fue el Expediente sobre Ramón Corona, ministro plenipotenciario, en el Archivo Histórico de la SRE. Se trata de una serie de documentos oficiales, empezando por el nombramiento que el presidente Sebastián Lerdo de Tejada hizo para enviar como diplomático al militar jalisciense a la representación de Madrid (1874) y la aprobación por el Senado de dicho nombramiento. Luego siguen muchas cartas enviadas por Corona a diversos funcionarios durante los once años que permaneció como ministro en Europa, de España y Portugal, dirigidas sobre todo a los diversos titulares de la cancillería. Entre estas cartas destacan las que se refieren al incidente de la descortesía de la reina Cristina, que durante una recepción se negó a saludarlo, aparentemente debido a que ella era pariente de Maximiliano. No obstante, en las mismas cartas se señala que en otras ceremonias anteriores, siendo ya Corona un diplomático reconocido en España, la reina no había tenido ninguna objeción en cumplir las normas del protocolo de la Corte y las buenas costumbres elementales. Por ello puede deducirse que hubo algún incidente que causó el cambio de actitud de la soberana. En esas cartas, Corona también informa a sus superiores acerca de su trabajo diplomático y manifiesta sus opiniones sobre el acontecer de México y su preocupación personal por algunos cambios, como la llegada al poder de Porfirio Díaz.

Durante los años en que Corona fue diplomático, el único texto que publicó él mismo como autor es el de sus *Consideraciones sobre el comercio entre España y México*, que escribió durante su estancia en aquel país y muestra su visión acerca de lo que es el progreso, que luego pondría en práctica durante su gobierno en Jalisco, y su interés por mejorar la relación dispar de intercambio mercantil, desfavorable para México.

Otros documentos básicos son los recopilados por Jean Meyer en su obra *La tierra de Lozada* (1989), especialmente los que muestran la trayectoria del cacique nayaritaq y el enfrentamiento con Corona, desde los años 1860 hasta la muerte del primero en 1873. Son muy importantes, porque en obras históricas anteriores no habían sido considerados y tal vez ni siquiera conocidos. En esa recopilación han documentos que muestran el esfuerzo de los pueblos indios porque el gobierno liberal reconociera sus derechos agrarios, proclamas de cuando se hartaron de la falta de resultados y cartas de Lozada a diversas personalidades. Es importante señalar, sin embargo, que al recurrir a buscar algunos de estos documentos en la referencia que cita Meyer, como el AHJ y el Archivo Histórico del Ayuntamiento de Guadalajara, no fue posible localizarlos. Simplemente no estaban físicamente, aunque sí estaban catalogados. Parece que no es raro el saqueo de archivos históricos. Por ello se utilizó directamente el texto de Meyer, que ante la ausencia en los archivos queda realizado en su valor.

Del archivo de Benito Juárez, en la edición de 1962 a cargo de Jorge L. Tamayo, se utilizaron varios de los tomos, especialmente de cartas, no sólo a Corona o de este general al presidente, sino también a otros de sus correspondientes, como su yerno Pedro Santacilia, Margarita Maza y Matías Romero, entre otros. Estos documentos del Archivo Juárez fueron muy importantes para ubicar varios de los problemas que orientan este trabajo, como la relación de los republicanos con Estados Unidos, las divergencias al interior de esta corriente y la cuestión de las tierras de los pueblos indios.

Sin embargo, la selección realizada por Jorge L. Tamayo tuvo una limitación para esta investigación específica: por algún interés particular del recopilador, dió preferencia en muchas ocasiones a los documentos que se refieren a Chihuahua y al norte del país en general, por un lado, y a Oaxaca por otro. Aunque no está ausente en su visión el Occidente, hubo documentos, como las cartas entre Juárez y Corona sobre el golpe de Estado contra el gobernador García Morales, en 1864, que no fueron publicados por Tamayo, aunque sí están citados en otros textos, como el libro de Híjar y Vigil.

Entre los testimonios de algunos hechos de la época se utilizaron varios de Ignacio Manuel Altamirano, presente junto con Corona en el sitio de Querétaro, y que casualmente coincidió con Sepúlveda, tesorero de las fuerzas de Corona, cuando Altamirano y Sepúlveda fueron, por separado, apresados por los franceses en aguas del Pacífico.

Como puntos de vista de extranjeros, destacan los testimonios de varios viaje-

ros, como el coronel americano Albert Evans, quien acompañó en un viaje por toda la República Mexicana al ex secretario de Estado norteamericano William Henry Seward, inmediatamente después de que fue restaurada la República en 1867. El viaje empezó en San Francisco, llegando a Manzanillo, tocando Guadaluajara, la ciudad de México y otras hasta llegar a Yucatán. Evans es muy puntilloso en sus descripciones, y no se limita para opinar en el texto dónde se podrían hacer algunas inversiones redituables, como por ejemplo en ferrocarriles, lo que parece ser el propósito del viaje. Por todos los detalles que aporta, fue un texto muy útil para poder describir algunos paisajes, puertos, caminos, animales, alimentos y costumbres.

También se consultó el libro de viaje de la condesa Paula Kollnitz, *The Court of Mexico*, que ofrece un punto de vista imperialista muy particular acerca de nuestro país, y en especial de las mexicanas, a las que critica la que fuera dama de honor de la emperatriz Carlota.

En la elaboración del relato mismo se tomaron como fuentes fundamentales dos libros, uno editado en la época de Corona: el *Ensayo Histórico del Ejército de occidente*, de Vigil e Híjar y Haro, que vio la luz en 1874, y que por ello se refiere hasta la derrota de Lozada. En ese texto es evidente que Corona aportó datos y documentos, ya que el voluminoso libro (644 páginas en letra de nueve puntos) incluye muchísimos detalles de primera mano, que sólo un protagonista de todos ellos podía conocer. Desde luego es un documento que ofrece una imagen muy favorable de Ramón Corona, aunque se extiende también en el relato de las derrotas y descalabros que no pocas veces vivió. Un ejemplo de la parcialidad de este libro puede encontrarse en el episodio en que Lozada rompe con los Tratados de Pochotitlán (1864). Se reproduce en ese texto únicamente la parte en que el cacique cora declara "insubsistentes" dichos acuerdos, y evita mencionar toda la argumentación de por qué toma esa medida, que centralmente era el incumplimiento de lo pactado por el gobernador de Jalisco Pedro Ogazón.

El segundo libro importante es el de Luis Pérez Verdía, la *Historia particular del Estado de Jalisco*, publicado en 1902, que no se queda en los señalamientos generales de "historia nacional" de otros textos historiográficos, y aporta algunas anécdotas que el autor refiere que el propio Corona le comentó. Pérez Verdía fue cercano colaborador de Corona durante el gobierno de éste en Jalisco.

Estos dos textos, cuyos datos se sometieron a una crítica de contrastación con las demás fuentes citadas, fueron el hilo conductor del relato, especialmente por su riqueza en detalles particulares. Sin embargo las demás fuentes están presentes en el proceso de la elaboración del marco en que se realizó el trabajo.

Hay además un grupo de fuentes apologéticas de este personaje. En primer lugar hay que citar el *Homenaje al general Ramón Corona*, que es una biografía publicada por el gobierno de Jalisco, basada en un manuscrito atribuido por el doctor José María Murriá, autor de la presentación de esa edición, a Híjar y Haro, que resume muy bien la cronología de Corona y agrega un esquema de los

sucesos posteriores a la fecha en que se queda el otro texto de Híjar.

También están las entrevistas sostenidas con dos de los bisnietos del general, el señor José Ramón Corona Ojeda y la señora Esperanza López Negrete Corona, el 22 de agosto y el 31 de agosto de 1992, respectivamente. Admiradores de su ascendiente, estos informantes brindaron una visión que privilegia aspectos positivos del militar.

Un marco general para el estudio de la época lo aportó fundamentalmente el estudio que coordinó don Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México* (1955), especialmente en sus tres tomos que se refieren a la República Restaurada. En esta obra queda clara la continuidad del proyecto liberal republicano, a pesar de la muerte de Juárez. Incluye un breve estudio sobre Lozada en el capítulo "El subsuelo indígena", escrito por el maestro Luis González y González, aunque esta figura queda borrosa en su importancia, no así Corona, que a lo largo del texto aparece en varias ocasiones, especialmente en los primeros años de esa etapa.

Los periódicos de la época fueron la base para la elaboración del último capítulo de la novela, el del asesinato del general, y para la recreación del ambiente de la época, como el lenguaje, las ropas, los vehículos utilizados, los objetos de diversión, los temas que interesaban. Hay que distinguir, sin embargo, las tendencias políticas de las diversas publicaciones. Por supuesto, *El Hijo del Ahuizote* y *Juan Panadero*, como publicaciones antiperfiristas, atribuyen a Díaz la autoría de la muerte del gobernador de Jalisco. *El Imparcial* y *El Siglo XIX*, reproducen las versiones oficiales de que el asesino fue un loco que actuó por su cuenta.

En particular, el periódico *El cinco de mayo*, ya citado varias veces a lo largo de este trabajo, fue importante para determinar las ideas de Corona y sus partidarios acerca de Estados Unidos y el imperio.

Por el contrario *El Imperio* y *El Diario del Imperio*, publicados en Guadalajara y en la Ciudad de México, respectivamente, ofrecen la visión de los imperialistas. Consultados particularmente en referencia a la caída del gobierno de Maximiliano, es notable su intento por ocultar sus derrotas y minimizar los avances de las fuerzas republicanas. Asimismo, es de destacarse la concepción que tenían y difundían acerca de los juaristas, a quienes calificaban, por lo menos, de bandoleros.

Para la cuestión del ambiente de la época, un acercamiento al lenguaje y descripciones varias, se recurrió a varias de las novelas escritas en esos años, así como a cuentos de autores jaliscienses y relatos.

Habrà que destacar entre esta última categoría al jalisciense Victoriano Salado Alvarez, con sus *Episodios Nacionales*, que dedica una parte de su tomo VI precisamente a Corona, que coincide con muchos otros documentos, y a su riquísimo *Tiempo Viejo*, donde detalla tradiciones que conoció en su infancia.

Al recurrir a otras novelas de la época, como *Clemencia* o *Los bandidos de Río Frío*, se hizo una valoración crítica, tomando en cuenta un estudio elaborado por don Mariano Azuela, a quien le parece que el lenguaje utilizado es romántico y no apegado a la realidad, por ello se tomaron con reservas los ejemplos de diálogos que ofrecían estas obras, sin desprestigiar las descripciones de ciudades, como la de Guadalajara, bellamente elaborada por Altamirano, ya que su novela mencionada en este párrafo, transcurre, en parte, precisamente en la capital de Jalisco, en la época de que se trata el presente estudio.

VIII CRONOLOGIA

1837

El 18 de octubre, en el rancho de Puroguia, en el cuarto cantón del estado de Jalisco, nace Ramón Corona Madrigal.

Pasa sus primeros años en el pueblo de Tuxcueca, en la rivera del Lago de Chapala. Desde los 14 años, trabaja como meritorio en una tienda de su tío Isidro Corona, en Tepic.

1856

El ayuntamiento de los "changos" (Castaños, Fariás, Cueto, Corona) pide el destierro de los señores Eustaqui Barron y Guillermo Forbes. Los "macuaces" (Rivas, Vargas, Sanromán) protestan que los que habían pedido el destierro no eran los principales vecinos de Tepic. Degollado, como gobernador, decretó el destierro.

25 de junio. Ley Lerdo: la desamortización de los bienes de la Iglesia, de los ayuntamientos y de las comunidades provoca levantamientos y disturbios, principalmente en Jalisco y Michoacán.

Julio. Lozada, con sus seguidores de San Luis, Jomulco, Tequepexcan y Santa María del Oro asaltaron las piezas de artillería que venían de Tepic en el Cebohuco.

El presidente Comonfort envía una misión a investigar inconformidades de algunos vecinos de Jalisco, que se quejan de que "no se pueden vivir con persecución". Degollado enfrenta un proceso federal ante el Gran Jurado de la Cámara de Diputados, armado ante la presión de Inglaterra, que protesta por el trato a Barron. El comerciante y cónsul inglés regresa a Tepic.

El señor Jesús Gómez Cuervo encarga a Ramón Corona de la tienda de raya del Mineral de Motaje, en el cantón de Tepic. Constantemente viaja a Acapontea, donde se relaciona con dirigentes del partido liberal.

1857

El gobierno federal dispone que se verifique el remate de todas las fincas de corporaciones eclesiásticas ubicadas en los estados y territorios en los que aún no se ha llevado a cabo la desamortización.

Se promulga la nueva Constitución política. Las autoridades eclesiásticas de la ciudad de México se oponen a dicha promulgación.

Se inaugura el ferrocarril México-Villa de Guadalupe.

Se concede privilegio a la compañía de la Lousiana de Tehuantepec para abrir la comunicación interoceánica por el istmo.

Félix María Zuloaga se pronuncia contra la Constitución, convoca a un nuevo congreso mediante el Plan de Tacubaya. El plan es secundado por Comonfort, por la guarnición de la ciudad de México y algunos estados.

En septiembre, la hacienda de Mojarras (hoy municipio de Santa María del Oro), es asaltada por Manuel Lozada, quien reparte los bienes muebles e inmuebles entre sus acompañantes.

En el mismo mes, Manuel Lozada, con un contingente de 90 hombres, ataca la hacienda de Puga (hoy francisco I. Madero), al grito de "Viva la religión".

El general Juan N. Rocha, jefe de la brigada de operaciones militares en Tepic, escribe al gobernador de Jalisco para manifestarle que la población de San Luis y Pochotitán "se componía en su totalidad de bandidos que asolaban el cantón, sembrando la muerte por todos lados, por lo que pedía al Congreso de Jalisco decretara su extinción"

1858

Zuloaga es electo presidente interino por la Junta de Representantes de los Departamentos.

Benito Juárez, en su carácter de presidente de la Suprema Corte de Justicia, asume la presidencia, invocando a la Constitución y se instala en Guanajuato.

Inicio de la Guerra de Reforma.

El gobierno de Juárez se traslada a Guadalajara. De ahí, pasa a Manzanillo, Panamá, La Habana y Nueva Orleans, para entrar de nuevo a territorio nacional por Veracruz.

Tratos norteamericanos con el gobierno conservador de Zuloaga para obtener derechos de tránsito a través del istmo de Tehuantepec.

Santos Degollado es nombrado jefe de las fuerzas del norte y occidente por el gobierno liberal de Juárez, quien declara "irredimibles los bienes de manos muertas".

Se proclama en Ayotla, Veracruz, el Plan de Navidad, en el que se desconoce a Zuloaga y se apoya a Miguel Miramón como presidente.

El presidente estadounidense Buchanan ofrece reconocer al gobierno de Juárez, a cambio de obtener Baja California y el derecho de tránsito en el istmo de Tehuantepec.

En noviembre, el joven Ramón Corona se levanta en armas en defensa del mineral de Motaje (hoy municipio de Acajoneta), cuando los liberales toman Matlán.

Miramón retoma Guadalajara.

1859

Conforme al Plan de Navidad, Miramón es designado presidente, posteriormente renuncia y Zuloaga ocupa el cargo. Miramón vuelve a tomar la presidencia.

El gobierno estadounidense reconoce la administración de Juárez.

Promulgación de nuevas Leyes de Reforma basadas en la separación entre Iglesia y Estado; nacionalización de los bienes eclesiásticos; instauración del matrimonio civil y secularización de los cementerios.

Retiro de la representación de México en la Santa Sede.

Se firma en Veracruz el Tratado McLane-Ocampo, por el que el gobierno liberal concedía a los norteamericanos el derecho de libre tránsito por el istmo de Tehuantepec. No es ratificado por el poder legislativo estadounidense y queda sin efecto.

Se firma en París el Tratado Mon-Almonte por el que el gobierno conservador obtiene el reconocimiento de España.

Ramón Corona ataca Acazoneta y Lozada se da cuenta de su fuerza y valor. Bonifacio Peña y Corona enfilan hacia Santiago Ixcuintla y Tepic.

En El Espino, Lozada sorprende a Peña, quien lo derrota, pero muere. Corona toma Tepic.

En junio, Lozada asalta dos veces Tepic. Las dos veces fue rechazado, pero la salida de los liberales es muy costosa y el ejército conservador de Leonardo Márquez entra en la ciudad y embarca 600 mil pesos de dos conductas de Guanajuato y México en la fragata inglesa Calypso.

Corona y E. Coronan toman Tepic. Fusilan a dos jefes de "los bandidos de Alicia". Lozada reúne a los dispersos y corta las comunicaciones entre Tepic y Guadalajara.

Lozada reconquista la ciudad de Tepic junto con Fernando García de la Cadena. Las bajas liberales fueron numerosas y Ramón Corona está entre los oficiales presos y liberados por el jefe nayarita.

1860

Juan N. Almonte, enviado extraordinario del gobierno conservador es recibido como ministro de la República mexicana por Isabel II, reina de España.

Al occidente llega Antonio Rojas, "el hachero", quien al frente de mil chinacos crea una fama de ferroz combatiente liberal.

Lozada ataca Escuinapa y El Rosario. Los liberales se retiran hacia Mazatlán. Lozada regresa a Tepic.

En San Antonio, Lozada derrota al coronel liberal Manuel Márquez, pero luego Antonio Rojas lo sorprende en Barranca Blanca. El coronel Partida hiere seriamente con su lanza al jefe cora. Cambre atribuye la participación en el duelo a Rojas.

Lozada derrota al batallón "Pueblos unidos" en el río San Pedro, cerca de Santiago Ixcuintla.

Derrota decisiva de Miramón en Silao.

Miramón levanta el sitio impuesto a la ciudad de Veracruz, donde se encontraba instalado el gobierno republicano.

Lozada publica su primer manifiesto en el pueblo de San Luis. El documento, en su inicio dice: "Los pueblos del Estado de Nayarit, a la raza indígena y demás individuos que constituyen la clase menesterosa del pueblo mexicano".

Batalla de Calpulalpan; victoria liberal.

Triunfos conservadores en Tuzamal, San Gaspar, Guadalajara, Tlalpan, Cocula, Querétaro, Toluca.

Victorias liberales en Zacatecas, Santa Rita, Celaya, Guanajuato, Toluca, Pinos, Cutzamala, Querétaro, San Luis, Aguascalientes, Morelia, Tepatitán, Guadalajara.

Ogazón y Corona ocupan Ixtlán.

González Ortega, al mando del ejército liberal, entra a la capital.

1861

Entrada triunfal del ejército liberal a la ciudad de México.

Destierro de eclesiásticos y reacción armada de los conservadores.

Francisco Zarco, ministro de Relaciones de Juárez, comunica a Juan N. Almonte el desconocimiento de todos los actos celebrados por él con España.

Lozada se somete al gobierno constitucional, pero inmediatamente después ocupa Tepic, aunque luego lo abandona y se interna en la sierra.

El gobernador del estado de Jalisco, Pedro Ogazón, condena a muerte a todos los levantados en armas en el séptimo cantón de Tepic. Además, ordena extinguir los pueblos de San Luis de Lozada, Tequepexpan y Pochotitán. Se inicia

una intensa campaña militar para dar fin a la rebeldía de Lozada y sus seguidores. Participan Ramón Corona, Antonio Rojas y Anacleto Herrera y Cairo.

Ogazón publica un decreto por el cual se reglamenta la entrega de los bienes de las cofradías religiosas en favor de las comunidades indígenas de Tepic.

Ogazón autoriza al norteamericano J. J. Millen el establecimiento de una colonia en la sierra de Alica, en el corazón mismo de los pueblos indígenas de Tepic.

Continúan las disposiciones liberales contra el poder clerical: secularización de los hospitales y establecimientos de beneficencia.

Conspiraciones en la capital y ciudades principales con el objeto de pronunciarse en favor del partido conservador.

Las poblaciones fronterizas de Chihuahua, Durango, Zacatecas y Sonora son amenazadas por las incursiones de indios salvajes.

Dubois de Saligny presenta credenciales como ministro de Francia al gobierno de Juárez.

Ante la inseguridad en los caminos, el presidente dispone una serie de medidas para ofrecer seguridad a los viajeros.

Ignacio Zaragoza es nombrado ministro de Guerra.

Antonio Escandón recibe una concesión para la construcción del ferrocarril a Veracruz.

El gobierno liberal expide un decreto por el que se considera fuera de la ley a los jefes conservadores.

Primeras gestiones de José Manuel Hidalgo, Almonte y José María Gutiérrez de Estrada para establecer la monarquía en México, con Maximiliano de Habsburgo como cabeza de ellas.

Juárez publica una ley que deroga ciertas estipulaciones del decreto de suspensión de pagos y que prevé la inmediata reanudación de los pagos por convenios y sobre la deuda inglesa.

La guerrilla conservadora del estado de México mata a Melchor Ocampo, posiblemente a Santos Degollado y ciertamente a Leandro Valle.

Juárez decide suspender los pagos, durante dos años sobre adeudos extranjeros y nacionales. Después de esta disposición, Francia, Inglaterra y España rompen relaciones, firman la Convención de Londres y constituyen la Alianza Tripartita para exigir el pago de los compromisos con ellas.

La ley de amnistía decretada por Juárez exceptúa a Zuloaga, Márquez y otros jefes conservadores.

1862

Llegan a Veracruz las fuerzas francesas y británicas.

Se firma el convenio de La Soledad entre México y España, Francia e Inglaterra, por el que se llega a un acuerdo sobre el pago de la deuda exterior y se declara que México no necesita la ingerencia de ninguna potencia exterior para consolidar la forma de gobierno.

Se ordena el traslado de las tropas francesas a Tehuacán y de las españolas e inglesas a Córdoba.

Desembarco en Veracruz del general francés Charles Latrille, conde de Lorenz, con fuerzas militares.

Ogazón suspende la campaña militar en Alica y pacta con Lozada los Tratados de Pochotitán, mediante el que las fuerzas de Lozada quedan disueltas y a disposición del supremo gobierno, el que "cuidará que el nombramiento de autoridades del cantón recaiga en personas que no hayan tenido participio directo" en los recientes conflictos y, además, "el gobierno toma por su cuenta la defensa de los indígenas en las cuestiones de terrenos con las haciendas colindantes".

Ultima conferencia de Orizaba y disolución de la alianza Tripartita.

Los representantes franceses notifican a la República mexicana el inicio de las hostilidades.

Juárez declara el estado de sitio en las poblaciones ocupadas por los franceses y declara traidores a quienes permanezcan en ellas.

Primer incidente bélico entre franceses y mexicanos en Fortín.

Juárez denuncia ante la nación el rompimiento de los Tratados de la Soledad y declara que a la agresión francesa, los mexicanos responderán con la fuerza.

Llamamiento de voluntarios pidiéndose a los gobernadores estatales el envío de tropas.

Los franceses avanzan hacia el interior del país.

Inesperada —para ellos— derrota el 5 de mayo en Puebla.

Ramón Corona, regresando de Guadalajara, cae en una emboscada lozadeña en el volcán del Ceboruco, cerca de Ahuacatlán. Escapa de milagro, con una leve herida en la cabeza.

Lozada declara "insubsistente" el tratado de Pochotitán y afirma que el territorio de Tepic no reconoce otro jefe político que el que nombre el mismo Lozada.

Lozada toma la plaza de Tepic y abusa cruelmente de su triunfo, fusilando a

los oficiales de la sección de Tepic, aunque respeta a los sinaloenses. Controla todo el cantón, menos Santiago Ixcuintla, defendido por Corona.

Corona viaja a Mazatlán a conseguir ayuda del gobernador Plácido Vega.

Corona hace tres intentos por recuperar Tepic. Obtiene un breve y costoso triunfo, que Vega reprueba.

Lozada cerca a Santiago Ixcuintla, aprovechando las desavenencias entre Vega y Corona y la falta de pertrechos de que padecen las fuerzas de éste.

Manuel Doblado, gobernador de Jalisco, escribe a Juárez que Corona "es el único dique de contención a Lozada y en aquel importante encargo no hay que remplazarlo".

Llega a México el nuevo comandante del cuerpo expedicionario francés, Federico Ellie Forey, con dos divisiones de infantería.

Muere en Puebla, de tifo, el general Ignacio Zaragoza; lo sucede en el mando el general Jesús González Ortega.

1863

Lozada derrota a la brigada de Tepic en las lomas de Ixcuintla. Su tropa saquea Santiago y se lleva a San Luis el crucifijo de la parroquia. Luego toma Acaponeta.

Corona entra a Acaponeta por sorpresa.

Muy desgastada, Corona deja lo que queda de su brigada de Tepic y va a Guadalajara. Hace campaña en el sur de Jalisco bajo las órdenes de Arteaga y Uraga. Luego pasa a San Luis Potosí a entrevistarse con Juárez. Regresa a Guadalajara, Manzanillo y Mazatlán.

Se establece el sitio francés sobre Puebla.

El Congreso concede a Juárez facultades extraordinarias por todo el tiempo que dure la ocupación francesa, tras el asedio y caída de la ciudad de México.

Juárez marcha con su gabinete rumbo al norte del país.

En el occidente, los liberales ocupan únicamente Escuinapa, Acaponeta, Tuxpan y Mexcaltitán.

Corona viaja a Durango a pedir ayuda al gobernador Patoni y también a Zacatecas, con González Ortega.

Bazaine ocupa Guanajuato y marcha sobre Guadalajara.

1864

El 6 de enero los franceses entran a Guadalajara.

Corona hace campaña en el sur de Jalisco con Arteaga y Uraga.

Los pueblos de Nayarit y los auxiliares del Ejército reconocen al imperio.

El gobierno de Juárez se establece en Saltillo.

Decreto por el que se declara traidor al gobernador de Nuevo León, Vidaurri, por no prestar ayuda en un momento tan crítico para la nación.

Maximiliano recibe en Bruselas las actas en que, según los partidarios del imperio, la nación mexicana lo postula como emperador.

Corona se separa de Uraga, quien ordena a Rojas que lo fusile. La orden no se cumple.

La Cámara de Representantes estadounidense resuelve oponerse al reconocimiento de la monarquía en México.

Maximiliano acepta la corona de México. Firma los tratados de Miramar.

El ejército francés continúa avanzando hacia el norte.

Carlota y Maximiliano llegan a Veracruz.

Juárez se traslada a Monterrey.

Carlota y Maximiliano llegan a la ciudad de México. Maximiliano emprende una gira por varios estados del interior del país. En Dolores, Guanajuato, vitorrea a Hidalgo, con gran escándalo de los conservadores del país.

Corona ocupa el pueblo de Huajicori. En octubre participa en el golpe de Estado contra el gobernador de Sinaloa.

Juárez se traslada a Durango y luego a Chihuahua.

Lozada acepta participar en la toma de Mazatlán y obtiene el compromiso de que no habrá fuerzas francesas dentro del territorio del cantón de Tepic.

Corona y el gobernador Antonio Rosales acuerdan la evacuación del puerto y establecen el sistema de guerrillas.

Antonio Rosales logra un sonado triunfo sobre los franceses en San Pedro, Sinaloa, en medio de un mar de derrotas.

1865

Otro triunfo liberal es el de Corona, en el pueblo de Veranos.

El imperio desarrolla una política económica que lo lleva a la ruptura con la iglesia. Clausura la Universidad.

Juárez establece su gobierno en Paso del Norte.

Tras grandes esfuerzos, Bazaine ocupa Oaxaca. La tropa liberal se incorpora a las fuerzas guerrilleras que hostigan a los franceses entre Veracruz y Puebla.

Maximiliano trata de estrechar vínculos de amistad con Lozada y declara establecido el departamento de Nayarit.

Correrías de las tropas francesas por Sinaloa y Jalisco. Incendios y devastación.

Sale de Mazatlán una columna franco-mexicana. Los republicanos la paran en El Presidio. Lozada se detiene en El Rosario con 2 mil hombres.

Mariano Escobedo ocupa un punto denominado La Angostura, en donde se libra un combate que es ganado por los liberales.

Maximiliano decreta la pena de muerte para los republicanos que sean detenidos armados.

Corona se retira sobre Culiacán.

Juárez amplía su periodo presidencial. El ministro de Justicia, González Ortega, en desacuerdo con esta decisión, reclama para sí la presidencia.

En octubre, Corona reanuda la campaña ofensiva. Ataca El Rosario, toma Acajoneta y Huajicori.

Los franceses no atacan a Corona, a pesar de tener casi 3 mil soldados. Aparentemente creían que Corona tenía 4 mil hombres bajo las armas, cuando sólo tenía mil 500.

1866

Napoleón comunica a Maximiliano la necesidad de fijar un término a la ocupación francesa y lo fija entre marzo y noviembre.

Los mexicanos obtienen avances en el terreno militar: Díaz recupera Oaxaca.

Juárez determina la creación del Ejército de Occidente, bajo el mando de Corona.

Carlota viaja a Veracruz y ahí se embarca a Europa, con el propósito de hacer cambiar el parecer de Napoleón.

Maximiliano decide apoyarse en los conservadores y reorganizar su ejército. Se entrevista con Márquez y Miramón en Orizaba.

En abril, Corona es derrotado por Lozada en Concordia. Ante la sorpresa general, Lozada, en lugar de unirse a los franceses en Mazatlán para acabar con su rival, se retira hacia Tepic.

Lozada hace una "formal renuncia" a sus cargos públicos, para "poder dedicarse a sus negocios particulares y atender su quebrantada salud". Aparentemente padece tuberculosis. Maximiliano no acepta la renuncia, pero Lozada se retira a la sierra.

Lozada proclama la "neutralidad" del cantón de Tepic.

En octubre, Corona manda una columna hacia Jalisco, al mando de Eulogio Parra, como una avanzada para la ofensiva sobre Guadalajara. El general del Ejército de Occidente calcula o sabe que la derrota del imperio es inminente.

Los franceses evacúan Mazatlán, Durango y Zacatecas.

Corona recupera Mazatlán.

El 21 de diciembre, los republicanos entran a Guadalajara.

1867

Corona pasa por las orillas de Tepic hacia Guadalajara, sin ningún incidente. Pasa a Guadalajara y toma Colima.

En marzo, principia el sitio de Querétaro, con la participación de Corona.

Porfirio Díaz avanza hacia México.

Díaz toma Puebla.

Juárez se traslada a San Luis Potosí, esperando que sus ejércitos recuperen el control del centro del país para regresar a México.

En mayo, la plaza de Querétaro se rinde.

Díaz, reforzado por Corona, pone sitio a la ciudad de México.

En julio, Lozada reconoce al supremo gobierno de la República.

Elecciones presidenciales. Se postulan Juárez y Díaz. Triunfo del primero. Sebastián Lerdo es presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Corona presenta a Juárez su proyecto de campaña en contra de Lozada. Juárez contesta que Lozada acepta someterse. Además, Juárez declara distrito militar, dependiente del gobierno federal, al cantón de Tepic.

1868

Levantamiento en Sinaloa contra el gobernador Domingo Rubí.

Corona va con su división a pacificar Sinaloa, pero da la vuelta por Durango. No quiere pasar por Tepic por "la profunda repugnancia de la División" para atravesar el teatro de tantos combates. No olvida "resentimientos y profundas odiosidades arraigadas de tanto tiempo".

El gobierno federal impone una amplia política de amnistía a los conservadores.

Con capital estadounidense se funda la primera compañía de petróleo en México: la Compañía Explotadora del Golfo Mexicano La Constancia, en Papantla, Veracruz.

Julio López Chávez encabeza el primer movimiento campesino de contenido socialista.

1869

Crisis política en Jalisco y levantamientos y disturbios en el resto del país.

Año de activismo agrario de Lozada. Organiza el Comité de estudios y deslinde de tierras, bajo la responsabilidad de Domingo Nava.

1870

Permanente conflicto entre el Ejecutivo y el Legislativo en Jalisco.

Plácido Vega solicita asilo político en el distrito militar de Tepic. Se adhiere al acta proclamada en Zacatecas por el general Trinidad García de la Cadena, desconociendo al gobierno de Juárez.

Ampliación del servicio telegráfico en todo el país. Se concluye el ferrocarril México-Veracruz.

1871

Ignacio Luis Vallarta asume la gubernatura de Jalisco.

Juárez es reelecto presidente.

Díaz se levanta en armas. La rebelión de La Noria durará hasta abril de 1872.

1872

Díaz intenta atraer hacia su movimiento a Lozada.

Porfirio Díaz se encuentra en la población de Santiago Ixcuintla, en la casa del jefe lozadista Agatón Martínez, cuando recibe la noticia de que el presidente Juárez había muerto el 18 de julio.

Sebastián Lerdo asume la Presidencia interina.

Lozada pierde un ojo, pescando con dinamita.

Se inaugura el telégrafo México-Guadalajara-San Blas.

Los jefes lozadeños se dividen.

El Congreso de Jalisco, en sesión secreta, acuerda pedir por telégrafo al Congreso de la Unión que "mande hacer la campaña de Tepic y restablecer el orden constitucional".

1873

Lozada da a conocer su Plan Libertador, proclamado por los pueblos unidos de Nayarit. Declara la guerra a Lerdo y se dice defensor de la religión católica. Avanza personalmente sobre Guadalajara y envía otras dos columnas de combate a Sinaloa y Zacatecas.

El 24 de enero, Lozada toma Tequila.

En Sinaloa y Zacatecas, el ejército federal rechaza a los lozadeños.

El 28 de enero, Ramón Corona, en el rancho de la Mojonera, a 20 kilómetros al noroeste de Guadalajara, con 2 mil 241 soldados detiene a los 6 mil hombres de Lozada, quienes se retiran en desorden.

De febrero a mayo, amplía campaña militar contra Lozada, con fuerzas federales al mando de Corona. Se rinden los principales jefes lozadeños.

Lozada sigue de guerrillero hasta el 14 de julio, en que es capturado por uno de sus antiguos lugartenientes. Es conducido a Tepic y fusilado, como reo culpable de plagios.

1874

En marzo, Corona es enviado a Europa como ministro plenipotenciario de México en España. En ese cargo permanecerá durante once años.

1875

Intento reeleccionista de Lerdo de Tejada.

Rebelión campesina de los indios yaquis comandados por Cajeme.

Los generales Francisco Tolentino y José María Alfaro logran establecer una tregua de paz en el distrito militar de Tepic, al firmar un tratado con el ex jefe lozadeño Juan Lerma. En ese convenio se plantea la revisión de las demandas de tierra de los indios y la tolerancia religiosa.

1876

Porfirio Díaz lanza el plan de Tuxtepec y enarbola el principio de no reelección.

Levantamiento de José María Iglesias, contrario a la reelección de Lerdo, quien es derrotado en Tlaxcala y abandona el país.

Iglesias también es derrotado.

Díaz entra triunfante a la ciudad de México.

1877

Díaz ofrece que a su triunfo cumplirá las demandas de los campesinos que apoyen su plan. Se declara presidente provisional y más tarde presidente electo.

Varios ex lozadeños firman un pacto de adhesión al Plan de Tuxtepec.

1878

Después de amplias negociaciones, Estados Unidos reconoce al gobierno de Díaz.

1879

Se celebra el Congreso de los pueblos indígenas de la República. Se producen varios movimientos que revelan el descontento de los campesinos.

1880

Candidatura de Manuel González a la Presidencia

Se declara presidente electo.

El general estadounidense Ulises Grant viaja a México y declara que su país ha abandonado el deseo de anexionarse México.

Comienza a reforzarse el anarquismo con la llegada de italianos y catalanes de esa ideología.

1881

Amplias inversiones estadounidenses en las compañías ferroviarias en México. También en minería.

Porfirio Díaz es electo gobernador de Oaxaca.

1883

El gobierno mexicano niega a Estados Unidos el permiso para crear en Bahía de Magdalena una estación carbonera que aprovisione a su escuadra del Pacífico.

Se promulga la Ley de colonización y deslinde de terrenos baldíos, por la que se crean las compañías deslindadoras. Se intensifica el despojo a comunidades indígenas.

1884

Porfirio Díaz es electo presidente constitucional.

1885

Corona regresa a México el 9 de abril. La prensa y dirigentes políticos y comerciantes jaliscienses lo promueven como candidato a la gubernatura de su estado. Corona sólo acepta la designación hasta que otro precandidato, Pedro A. Galván—quien ya había sido respaldado por el presidente Díaz—, se retira de la contienda y apoya él mismo al militar y ex diplomático.

Díaz declara al respecto que era respetuoso de la voluntad de los jaliscienses, que no se mezclaría en la cuestión electoral y que como Corona era tan ameritado y popular, nada podía negarle.

1887

Corona asume la gubernatura el 1 de marzo.

En abril es fusilado en Sonora José María Leyva, Cajeme, quien encabezaba el movimiento de los yaquis.

1888

Reforma a la Constitución de 1857 en el sentido de que se permita la reelección de Díaz.

Díaz es reelecto por segunda vez.

El 15 de mayo llega a Guadalajara el primer convoy de la capital del país a Jalisco.

1889

Corona es asesinado el 10 de noviembre, por Primitivo Ron, ex gendarme.

IX

BIBLIOGRAFIA

Libros y revistas

Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras Completas, tomo II, Obras históricas*, México, SEP, 1986, 354 pp.

—, *Idem, tomo III, novelas y cuentos*, México, SEP, 1986, 311 pp.

—, *Idem, tomo VII, Crónicas*, edición, prólogo y notas de Carlos Monsivais, México, SEP, 1987, 529 pp.

Azuela, Mariano, *Los quince años de Doloritos*, FCE, México 1976, 2a. ed. (Obras completas, Tomo III). pp. 364-408.

Basave Agustín, "Artes populares jaliscienses", en *Historia Mexicana*, núm 9, Colmex, México, julio-agosto 1953, pp. 84-85.

Benítez, Fernando, *Los indios de México*, Ed. Era, México, 1989, 4a. reimpre-
sión, t. III.

Bosh García Carlos, *Hispanoamérica, el siglo de la dispersión*, IIH-UNAM, Mé-
xico, 1989.

Cambre, Manuel, *La guerra de tres años en el Estado de Jalisco*. Guadalajara,
UAG, 1982, reimprección.

Carr, Edward, *¿Qué es la Historia?*, tras. de Joaquín Romero Maura, México,
ed. Artemisa, 218 pp. (Obras maestras del pensamiento contemporáneo).

Corona Ramón, *Consideraciones sobre el comercio entre España y México*, estu-
dio preliminar de José María Murá, Guadalajara, Cámara Nacional de Comer-
cio, 1978, 95 pp.

Cosío Villegas et al., *Historia moderna de México. La República Restaurada*, 5a. ed. 3 vol., México, Colmex, 1985, Ilustraciones.

De León Toral, general Brigadier, *El Ejército Mexicano*, México, SDN, 1979, 645 pp.

Eco Umberto, *Cómo se hace una tesis, técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, trad. de ed. Gedisa, Barcelona, 14a. reimpresión, Ed. Gedisa, 1991, 267 pp.

Escalante Gonzalbo Fernando, *Ciudadanos Imaginarios*, El Colegio de México, México, 1992, 308 pp.

Evans Albert, *Our Sister Republic, a gala trip through tropical Mexico*, Columbian book Co., San Francisco, 1870, 518 pp.

Flores Flores Ernesto, compilador, *Antología del cuento jalisciense*, tomo I, Ediciones Guadalajara 450 años, Guadalajara, 1991, 299 pp.

García Perez Helia, recopiladora, *Leyendas, tradiciones y personajes de Guadalajara*, Ediciones Guadalajara 450 años, Guadalajara, 1991, 306 pp.

Garza Gómez Pedro Humberto, *La batalla de la Coronilla*, Guadalajara, Gobierno del estado de Jalisco, 1984, 33 pp.

González Casillas Magdalena, *Historia de la literatura jalisciense en el siglo XIX*, Gobierno de Jalisco, Unidad Editorial, Guadalajara, 1987, 379 pp. (Colección letras, serie narrativa, núm. 10).

González Obregón Luis et al., *Liberales Ilustres de la Reforma y la Intervención*, México, Imprenta del Hijo del ahuízote, México, 1890.

González y González Luis, *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1988, 268 pp.

Godoy Bernabé, "La batalla de la Mojonera", en Arturo Arnaiz y Freg et al., *Historia Mexicana*, México, Vol. III, julio 1953-junio 1954, El Colegio de México: pp. 562-591.

Guerra, Francois Xavier, *México, del antiguo régimen a la revolución*, 2 Vol., prefacio de Francois Chevalier, trad. edit., México, FCE, 1988, 453 pp y 547 pp.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, México, ed. Vuelta, 1991, 453 pp. (La reflexión).

Halperin Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, México, 1989.

Hijar y Haro Juan B. y José María Vigil, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, presentación y ensayo histórico de José María Muría, 2a. ed., Guadalajara, corresponsalia de Guadalajara del Seminario de cultura mexicana, 1970, 644 pp. (1a. ed. Ignacio Cumplido, 1874).

Hijar y Juaro Juan Baustista, *Homenaje a Corona*, presentación de José María Muría, Guadalajara, Gob. del Edo. de Jalisco, 1969, 196 pp.

Hobsbawm, Erick, "El renacimiento de la historia narrativa. Algunos comentarios", en *Historias*, núm. 14, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, México, julio-septiembre de 1986, pp. 9-13.

Iguiniz Juan B., colector y anotador, *Guadalajara a través de los tiempos, relatos y descripciones de viajeros y escritores*, tomo II, Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara, 1989, 290 pp.

Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia*, selección y notas de Jorge L. Tamayo, tomos 10, 11, 14 y 15, SPN, México, 1962.

Kollonitz, Paula, *The Court of Mexico*, 4a. ed. Orley and Co., Londres, 1968, 303 pp.

Le Goff, Jacques y Pierre Nora, *Hacer la Historia*, 3 volúmenes, Ed. Laia, Barcelona, 1985.

Le Goff Jacques, *Pensar la Historia*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993.

Le Goff, Jacques y Roger Chartier, *La Nueva Historia*, Ediciones Mensajero, Bilbao, España, 1990, pp. 11-17. (Las enciclopedias del saber moderno).

Long Janet, "La comida como catalizador en Los bandidos de Río Frio", en *Históricas*, Boletín del IIH-UNAM, núm. 29, México, mayo-agosto 1990, pp. 21-30.

López González Pedro, *Mosaicos históricos de la ciudad de Tepic*, Bancomer, centro regional de Tepic, Nayarit, 1979.

López González Pedro, *Recorrido por la historia de Nayarit*, Instituto Nacional para la Educación de los adultos, Tepic, 1986, 226 pp.

Lukacs George, *La novela histórica*, México, Ed. Grijalvo, 1976, 408 pp. (Obras completas, vol. 9)

Menéndez Miguel Angel, *Nayar*, Editorial Zamná, Mexico, 1940, 278 pp.

Meyer Jean, *Esperando a Lozada*, editorial hexágono, Guadalajara, 1989, 285 pp.

Meyer Jean, *La tierra de Manuel Lozada*, Universidad de Guadalajara-Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, México, 1989, 402 pp. (colección de documentos para la historia de Nayarit, t. IV).

Muriá José María et al., *Aporte diplomático de Jalisco: Cañedo, Corona y Vadillo*, México, SRE, 1988, 273 pp. (Archivo histórico diplomático mexicano, cuarta época, núm. 32).

Muriá José María, *Breve Historia de Jalisco*, prólogo de Miguel León Portilla, SEP-Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1988, 574 pp. (Colección La feria).

Muriá José María, compilador, *Lecturas históricas de Jalisco, después de la Independencia*, tomo II, Gobierno de Jalisco, Unidad Editorial, México, 1981, 425 pp.

Muriá José María y Pedro López González, compiladores, *Nayarit, del séptimo cantón al Estado libre y soberano*, IIH José María Luis Mora- Universidad de Guadalajara, México, 1990, 2 tomos.

Muriá José María, *El territorio de Jalisco*, editorial hexágono, Guadalajara, 1991, 125 pp.

O'Gorman Edmundo, *La supervivencia política novohispana*, UIA, México, 1986, 94 pp.

Pardinas Felipe, *Metodología y técnicas de investigación en Ciencias Sociales*, 31a. edición, México, Siglo XXI ed. 1989, 242 pp.

Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frio*, Edición y prólogo de Antonio Castro, Ed. Porrúa, México, 1960, 15a. edición. (Colección Sepan Cuántos).

Paz, Ireneo, *Manuel Lozada*, México, s.p.i.

Pereyra Carlos, *El sujeto de la historia*, México, Alianza Editorial, 1985, 192 pp.

Pereyra Carlos et al, *Historia ¿para qué?*, 10a. ed., México, Siglo XXI Ed. 1988, 245 pp.

Pérez Moreno José, *Ramón Corona*, Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara, 1967, 85 pp.

Pérez Verdía Luis, *Historia particular del estado de Jalisco*, Guadalajara, 1911, vol III, 566 pp.

Powell G. T. *El liberalismo y el Campesinado en el Centro de México*, México, SEP, 1974, 191 pp. (SEP 70s, núm. 122).

Prieto Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, prol. de Horacio Labastida, México, Ed. Porrúa, 1985, 359 pp. (Colección Sepan Cuántos).

Pruneda Pedro, *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, Madrid, Ed. Elizalde y Compañía, 1867, 30 láminas litografiadas.

Ramírez Ignacio, *Cartas del Nigromante a Fidel*, México, Ed. Vergara, 1944, 41 pp.

Revueltas Eugenia, "La nueva novela histórica", en *Revista de la Universidad*, México, UNAM, núm. 496, mayo de 1992, pp. 43-48.

Royes Alfonso, *El destiende*, México, FCE, 1963, pp. 17-284. (Obras Completas, t. XV).

Riva Palacio Vicente et al., *México a través de los siglos, Tomo V, La Reforma*, 14a. ed. México, Ed. Cumbre, 1977, 883 pp.

Riva Palacio, Vicente, *Calvario y tabor*, Ed. Porrúa, México 1985 (1a. ed. 1868), 284 pp. (Col. "Sepan Cuántos", núm. 476).

Rivera Luis M., *El Teatro Degollado, noticias históricas sobre su fundación, construcción y estreno*, Imprenta y encuadernación de Jose Cabrera, Guadalajara, 1916, 20 pp.

Rocha Sóstenes, *Los principales episodios del Sitio de Querétaro*, introducción y notas de Vito Alessio Robles, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección de Archivo Militar, 1946, 107 pp. (Archivo Histórico Militar Mexicano, núm. 3)

Roeder Ralph, *Juárez y su tiempo*, México, FCE, 1972, 1092 pp.

Salado Alvarez Victoriano, *Episodios Nacionales Mexicanos*, VII tomos; México, FCE, ed. facsimilar, 1986. (1a. Ed. J. Ballezá, 1902).

Salado Alvarez Victoriano, *Tiempo viejo, Edición y distribución iberoamericana de publicaciones S. A., Mexico, 1946, 402 pp.*

Stone Lawrence, "El renacimiento de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia", en *Pasado y Presente*, FCE, México, 1986, pp. 77-109.

Tena Ramírez Felipe, *Leyes Fundamentales de México, 1808-1883*, México, Ed. Porrúa, s.f.

Torrea Juan Manuel, *El general de División Ramón Corona*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1944, 117 pp.

Trejo Zaragoza Oscar, compilador, *Florilegio jalisciense*, Editorial Agata, reim-
presión, Guadalajara, 1918, 214 pp.

Trevor Roper H. R., "Historia e imaginación", *Vuelta*, núm 114, México, Mayo
de 1986, pp. 10-17.

Vázquez Josefina Zoraida, "El uso de las novelas en la Historia", en Victoria
Lerner Sigal, compiladora, *La Enseñanza de Clío*, UNAM-Instituto de Investiga-
ciones Dr. José María Luis Mora, México, 1989, pp. 269-280.

Vera Ramón, "La irreductible nación huichola", en *Ojarasca*, revista mensual,
núm. 12, México, sept. de 1992, pp. 46-51.

Vilar Pierre, *Historia de España*, trad. de Manuel Tuñón de Lara, Paris, Li-
brairie Espagnole, 173 pp.

White, Hayden, *El Contenido de la forma, narrativa, discurso y representación
histórica*, Barcelona, Ed. Paidós, 1992.

+++++

Periódicos de la época

El cinco de mayo, "periódico del Estado de Sinaloa, consagrado al sostenimien-
to de la independencia e Instituciones de la República". Culiacán, de febrero de
1866 a enero de 1867.

Las clases productoras, "periódico semanal, órgano de la sociedad matriz de es-
te nombre, exclusivamente dedicado a defender los intereses de la agricultura,
la minería, el comercio, las ciencias prácticas y la instrucción", Guadalajara,
abril-mayo de 1885.

La Chispa, "periódico independiente, político, literario y de avisos; dos por se-
mana", Guadalajara, 1868.

Diario del Imperio, México, 1866.

El hijo del ahvizote, "semanario feroz, aunque de nobles instintos, político y sin subvención, matrero y calavera (no tiene madre)", México 1866 y 1889.

El Imperio, "periódico oficial del Departamento de Jalisco", Guadalajara, 1864 y 1865,

Juan Panadero, "periódico bisemanal, político, burlón y de actualidad. Se expende en la calle", Guadalajara, 1872 y 1879.

Juan sin miedo, "periódico desalmado, hablador y lego. Para todo lo que no sea surar la parana a los infractores de la ley", Guadalajara, 1877.

El monitor republicano, México, noviembre-diciembre 1889.

La Patria, México, noviembre-diciembre 1889.

El Universal, México, noviembre-diciembre 1889.

Índice de ilustraciones

La zona en que anduvo Corona (croquis de la autora)	7
El dominio de Lozada (Meyer, en <i>La tierra de Lozada</i>)	12
Tuxcueca, la tierra de Corona (Meyer, en <i>Esperando a Lozada</i>)	14
General Bibiano Dávalos (Vigil e Híjar, en <i>Ensayo Histórico del Ejército de Occidente</i>)	63
General Anacleto Correa (Vigil e Híjar)	76
José López de Uraga (Pruneda, en <i>Historia de la guerra de México</i>)	89
Antonio Rojas, "el hachero" (Archivo Condumex)	102
General Antonio Rosales (Vigil e Híjar)	114
Juan B. Sepúlveda, secretario del cuartel general (Vigil e Híjar)	124
Mazatlán (croquis de la autora)	136
Guadalajara, vista de las alturas de San Pedro (Pruneda)	138
Corona, flanqueado por Altamirano y Riva Palacio. De pie, Felipe Berriozábal y un desconocido (Archivo Condumex)	151
Vista General de Querétaro (Pruneda)	153

General Mariano Escobedo (Archivo Condumex)	160
Plaza de armas de México (Pruneda)	162
Operaciones militares de 1873 (Meyer, en <i>La tierra de Lozada</i>)	172
Don Manuel Lozada (Vigil e Híjar)	174
Ramón Corona (Archivo Condumex)	190